el yeti

Todo cuanto se sabe, en el campo de la leyenda y de la realidad, sobre el Abominable Hombre de las Nieves.

odette tchernine

VLADIMIR BURDMAN

SCHWARZ

EL YETI

ODETTE TCHERNINE

En esta documentada obra encontrará el lector todo cuanto se ha dicho sobre el Yeti, o sea, el llamado Abominable Hombre de las Nieves, noticias sobre el cual han alimentado las páginas de los periódicos infinidad de veces en los últimos años.

Aunque todavía no se ha dicho la última palabra sobre ese ser, misterioso, a quien algunos consideran un superhombre, y otros, un monstruo prehistórico, el interés del tema y su calidad literaria nos permiten saborear íntegramente uno de los más grandes enigmas de nuestro tiempo.

La existencia de ese Abominable Hombre de las Nieves, ubicado en el Himalaya y en otros puntos casi inaccesibles de la tierra, adquiere ya en el ánimo de la gente categoría de mito, pero un mito que puede alcanzar en cualquier momento un estado real.

Todas las investigaciones, viajes y estudios sobre el Yeti se hallan plasmados de forma exhaustiva en este libro de Odette Tchernine, el más completo que sobre este tema ha aparecido hasta la fecha.

La Colección «Todo para muchos» pretende abarcar la variadísima serie de temas que pueden interesar al público culto. Para orientación del lector, en la parte inferior del lomo se diferenciarán los distintos temas por medio de los siguientes colores:

BLANCO:	Novela, narración.	AZUL:	Testimonio, política, reportaje.
ROJO:	Historia, biografía.	VIOLETA:	Religión, filosofía, ensayo.
AMARILLO:	Literatura negra y policiaca.	VERDE:	Clásicos, poesía, teatro.

ODETTE TCHERNINE

EL YETI

EDITORIAL MATEU
BARCELONA

Título original:
THE SNOWMAN AND COMPANY

Traducción de
F. J. MARIÑAS

Portada
ACOSTA MORO

DEPOSITO LEGAL B. 25.083 - 1962
N.° REGISTRO: 3.093 - 62

© 1962 by EDITORIAL MATEU, Barcelona

Printed in Spain — Impreso en España

Gráficas Zeus - Travesera de Las Corts, 273 - Barcelona.

PRÓLOGO

Todo misterio ejerce sobre la mayoría de la gente una atracción irresistible. Los antiguos solían disfrutar de misterios en abundancia, y aun cuando no encontrasen al misterio una explicación plausible, no por eso se extrañaban. Pero en esta edad prosaica, en que parece que poco queda ya por descubrir en este mundo — con excepción de los dominios de los espacios cósmicos, más allá de la imaginación de las personas corrientes —, seguimos no obstante escudriñando en todo aquello que desafía una explicación racional.

Tan grande es el deseo popular de creer en lo increíble que existe una general tendencia a prestar fe a las historias más inverosímiles, aunque estén fundamentadas en sutiles indicios, y, aceptadas como ciertas, rápidamente se propagan y difunden.

Una demostración de esto que decimos la constituyen los famosos «engaños» ocurridos en años recientes, muchos de los cuales todavía no han sido desmentidos a pesar de su irrealidad.

No es buena cosa que el hombre pierda el

sentido crítico o discernimiento y se convierta en una persona crédula en demasía. Por el contrario, existen personas que de un modo sistemático rechazan todo aquello que está más allá de su comprensión — como sucede, por ejemplo, en lo relacionado con los zahoríes y localizadores de corrientes subterráneas —. Una mente abierta es más importante que un escepticismo a ultranza.

Actualmente debe admitirse que el Abominable Hombre de las Nieves puede parangonarse con el famoso monstruo marino del Loch Ness, lago de Escocia, o con los platillos volantes.

Personalmente creemos que en las estribaciones montañosas más o menos elevadas de Asia Central existe un gran ser antropoide de una forma desconocida todavía para la ciencia.

Anteriormente al año 1951, al igual que otros viajeros, habíamos visto inexplicables rastros en las nieves del Himalaya y del Karakorum y oído innumerables historias de los Yeti, que nuestros amigos los sherpas (1) nos referían, y sin embargo nos sentíamos inclinados a considerar tan extraña criatura como un producto de la fantasía.

Pero los rastros que, junto con Michael Ward y Sen Tensing, encontramos en la base de Menlung, en nuestra expedición al monte Everest, en los que las huellas eran tan recientes y frescas que claramente mostraban líneas y contornos de

(1) Sherpas: montañeses de raza tibetana del Nepal oriental. — *(N. del T.)*

un pie descalzo, nos hicieron dejar de ser tan escépticos.

Era indudable que una gran criatura había pasado por aquellos lugares poco tiempo antes, y que, a juzgar por las huellas, no se trataba de ningún ser humano, ni de un oso, ni tampoco de un individuo de alguna de las especies de monos por allí existentes. Sin embargo nos asaltaba la duda de si aquella extraña criatura era capaz de subsistir en aquellas regiones inhóspitas y heladas tierras. Encontrábamos posible que, de tratarse de un animal carnívoro, se alimentara de los variados tipos de roedores que habitan en las partes montañosas cubiertas de hierba, que se elevan a altitudes de cinco o seis mil metros, o bien de corderos y cabras salvajes — por ejemplo, el *bhurral* y el *ibex* —, que en el verano pastan en grandes rebaños lejos de las nevadas cumbres.

También sugerimos que pudiera tratarse de un ser de costumbres nocturnas, lo cual justificaría el hecho de que nunca hubiese sido visto de día por los habitantes de la región.

Sin duda llegará un día en que este misterio será resuelto. Por nuestra parte siempre que consideramos la cuestión nos hallamos influidos por confusos sentimientos, como nos sucede cuando proyectamos una esporádica escalada a las cimas del monte Everest.

ERIC SHIPTON.

PREFACIO

El Abominable Hombre de las Nieves es conocido con diversos nombres en toda la extensión del Himalaya, así como en algunas regiones de Mogolia y del Tibet. Este identificable ser es descrito como parecido al mono y con ciertos atributos del oso. Aunque existe unanimidad en afirmar su existencia, se discrepa enormemente al señalar su localización.

Nosotros no podemos alegar habernos encontrado de modo físico y directo ante este misterio de las tierras montañosas, pero sí hemos tenido contacto con personas serias que nos han suministrado informes de primera mano, y por ello nos consideramos autorizados para hablar de esta cuestión.

Por lo demás, durante estos últimos años nos hemos dedicado a una intensa investigación, pues es para nosotros una obsesionante necesidad intentar esclarecer, entre la serie de hipótesis más o menos confusas y complicadas, lo que realmente hay de verídico en la existencia del Abominable Hombre de las Nieves, expurgando entre todo

lo manifestado por profesionales y aficionados.

Estas teorías o hipótesis han hecho creer a mucha gente que el Abominable Hombre de las Nieves no es más que una nueva especie de simio, de oso, de leopardo, de mono de cola larga, e incluso un aborigen humano, y esta creencia se ha mantenido a causa de una asociación entre las variadas huellas encontradas, las falaces visiones y las voces o sonidos oídos en unas legendarias apariciones.

Este libro no está dedicado a los científicos: no ha sido éste nuestro propósito. Va dirigido a lectores inteligentes, pero sin una previa preparación; personas que tanto abundan en todos los sectores de la vida humana y para las cuales todo lo referente al misterio sobre la existencia del Abominable Hombre de las Nieves resulta de gran interés.

Creemos que si algún científico lee nuestro libro estará de acuerdo con algunas ideas que aquí se exponen. También sabemos que habrá algunos especialistas en las ramas de biología, antropología y zoología que opinarán que esta cuestión tiene un carácter puramente científico, que la hace inadecuada para un público en general incapacitado. Aunque respetamos tal opinión, entendemos que adolece de gran estrechez de miras y es muy poco progresiva.

Los disparates que se han difundido en relación con el Abominable Hombre de las Nieves han contribuido a crear los prejuicios surgidos

entre los especialistas, a quienes no agrada que un tema tan serio sea rebajado al nivel de una comedia divertida o convertido en una novela de terror. Esta cuestión, desde luego, no es para ser tratada humorísticamente. Y si se han lanzado chistes y bromas al hablar del Hombre de las Nieves, se debe a que los datos conocidos no están claramente definidos y a que, en general, la masa del público sólo acepta la existencia del Hombre de las Nieves como una fábula o una ficción.

Este libro no sigue un orden cronológico: es un conjunto de experiencias convenientemente seleccionadas y distribuidas; una colección de opiniones y leyendas, y algunos trabajos con indicios y pruebas, que, a pesar de contener importantes informaciones, nunca habían sido considerados anteriormente.

Algunos de los datos sobre este tema han sido adquiridos directamente; pero no de una manera continua, sino de un modo esporádico y en el curso de varios años. Sin embargo el enlace o asociación entre todas las historias, opiniones y entrevistas efectuadas permanece intacto, aunque de modo deliberado incluyamos ciertas anomalías y absurdos que parecen no encajar en la cuestión. A nuestro parecer, la inclusión de estos dislates sirve para hacer resaltar la absurdidad de las fábulas puestas en circulación, que no deben ser tomadas en serio.

Quizá se nos critique el haber hecho uso, jun-

to a datos auténticos, de otros procedentes de fuentes no muy dignas de crédito; pero creemos que este sistema es análogo al empleado en los juicios legales de los tribunales de justicia, en que actúan testigos de cargo y de descargo. Debe oírse todo lo que se relacione con la cuestión, examinarlo todo, cernerlo, y dar a lo escuchado o leído su propio valor. Los testimonios con declaraciones dudosas pueden ser de importancia tanto para la acusación como para la defensa.

La razón de incluir tan amplia serie de falsedades sin fundamento que se han propalado por escrito y verbalmente en relación con el Abominable Hombre de las Nieves es precisamente nuestro deseo de evitar que sigan repitiéndose y circulando tan disparatadas historias. Estas historias falsas impiden que se progrese en el esclarecimiento del problema; pero creemos conveniente exponer tales infundios en este libro, a la par que datos auténticos, porque creemos que ello puede ayudar a separar lo falso de lo real. Por esta razón no nos hemos recatado de presentar a nuestros lectores, de un modo extensivo, lo relativo a mitos locales e historias tradicionales, aunque situándolo en el lugar correspondiente de este estudio.

Como la ciencia, de un modo incesante, va disponiendo cada vez de mejores medios de investigación, quizá pronto se encuentre una solución al problema del Hombre de las Nieves, que actualmente sigue siendo un misterio. Nuestros

esfuerzos tienden a facilitar el hallazgo de esta solución.

Finalmente debemos declarar que el hecho de transcribir en este libro opiniones de otras personas no significa que estemos de acuerdo con ellas, aunque sí nos complacemos en expresar nuestro profundo agradecimiento a todos los autores que con sus trabajos han contribuido a la redacción de esta obra.

I

FUNDAMENTO ZOOLÓGICO

El mito puede estar basado en un hecho conocido, de origen remoto, que ha sido puesto en circulación como si fuese una probada realidad. El mito tiene un desarrollo semejante al de una vieja rama, que representa la verdad, de la cual surgen de modo gradual diversas ramificaciones, que constituyen las fantasías que adornan un hecho auténtico. Cuanto más remoto y más extraño es el asunto del mito en cuestión, mayores oportunidades se presentan para la fantasía.

El Abominable Hombre de las Nieves o Yeti es quizás un asunto de naturaleza mítica.

Nuestra teoría supone que el Yeti cuenta con varios siglos de existencia, aunque se trata de un ser extremadamente raro. Posiblemente es el mayor antropoide existente sobre la tierra, el más vigoroso y el mejor equipado para poder vivir en las condiciones más rigurosas, sin comparación con la mayoría de los animales.

Es posible que posea una mayor inteligencia y que se halle más cerca de la mentalidad infra-

humana que los antropoides más elevados en la escala zoológica. Sus apariciones son esporádicas, debido a que es una especie que tal vez habite en el interior de los vastos e impenetrables bosques de rododendros del Himalaya, o bien cobijada en gargantas rocosas e inaccesibles o en cuevas inexploradas. Sólo se aventura a moverse en la zona nevada o por los abiertos declives cuando trata de encontrar un nuevo cubil, y en estas rarísimas excursiones es cuando deja bien marcadas sus huellas en la nieve, o las imprime igualmente en las bajas planicies recién aradas. Pronto, sin embargo, vuelve a desaparecer en las anfractuosidades rocosas o en la espesura de las vegetaciones de los bajos glaciares.

Al parecer, el Yeti del Himalaya debe de ser carnívoro, aunque no cabe duda de que come también los brotes de los rododendros y otras plantas o raíces, que arranca en su ascensión por la montaña.

Sobre su inteligencia ningún aserto categórico puede hacerse, a pesar de las historias puestas en circulación por los sherpas y por otras comunidades de la jungla y la montaña, así como por los monjes de los monasterios de Nepal, el Tibet y otras regiones montañosas.

En cuanto a las anécdotas que se conocen, aunque a veces son presentadas con ciertos visos de verosimilitud, es muy dudosa su certidumbre: más bien se tratan de creencias de un pueblo

muy dado a la superstición. El hombre enigma es designado con una variedad de nombres: Yeti, Kangmi, Raksha, Banmanche, Van-Manas y otros muchos más.

La ciencia moderna sólo podrá formar una opinión después de laboriosas pruebas de laboratorio, tras actuar en el propio campo de acción del enigma y lograr capturar, vivo y sin daño, al Hombre de las Nieves y mantenerle durante algún tiempo en observación antes de dejarle de nuevo en libertad.

Es dudoso que el Yeti ataque sin ser previamente provocado. No obstante, creemos prudente evitar un encuentro cara a cara si no se cuenta con la debida protección.

Para muchas personas el descubrimiento de la verdad respecto al Hombre de las Nieves significa la simple satisfacción de una curiosidad. Para otras tal aclaración representa un mayor progreso en el estudio de la evolución en sí misma, un nuevo factor comprobatorio dentro de la zoología, posiblemente bordeando ya la antropología.

Al mismo tiempo la solución del problema sería la desintegración total de una superstición con antigüedad de siglos, y los bromistas tendrían que reemplazar el blanco de sus chanzas, que se han convertido en una monótona repetición poco divertida.

La validez de ciertas teorías surgirá sin duda después de la lectura de los siguientes capítulos,

que hemos procurado que sean tan fluidos como las teorías a que dan lugar.

En la tierra no todo ha sido ya descubierto. Solamente hace un siglo, en 1846, el gorila era considerado como una bestia legendaria. No existe, por tanto, ninguna razón especial para que en un plazo quizá corto no sea probada la existencia del Abominable Hombre de las Nieves y se convierta en un ser con naturaleza real.

Referencias directas o indirectas sobre el Hombre de las Nieves habían aparecido ya en documentos mucho tiempo antes que este ser tomase estado oficial en 1921, año de la primera expedición encaminada a explorar los accesos al monte Everest. Diversas informaciones y leyendas se difundieron de un modo esporádico, motivadas por observaciones casuales en cartas y en entrevistas personales.

De tiempo en tiempo, sherpas y otras comunidades montañeras han estimulado el interés de los viajeros hablándoles del Hombre de las Nieves y propalando múltiples historias enigmáticas, fascinadoras, pero frecuentemente inverosímiles.

En su mayoría tales rumores no merecen ser tomados en consideración, ya que, en una elevada proporción, los habitantes de aquellas regiones, al propagar tales rumores, añaden que ellos «dicen lo que les han contado», lo cual es análogo a lo que sucede en cualquier país cuando se trata de difundir una habladuría o un chisme, y más

bien en este caso se trata de mostrarse amable con el visitante.

A la dificultad de separar las habladurías de los hechos reales hay que añadir el sentido del humor de los europeos, las controversias y el poco aprovechamiento de informaciones que deberían ser examinadas con más detenimiento. Todas estas causas son obstáculos que impiden la realización de un esfuerzo constante para resolver este misterio, o bien llegar a rechazarlo de plano.

Hace unos años el Hombre de las Nieves fue descrito en un periódico dominical inglés como «El temido Chemisette», por un corresponsal, un pretendido montañero. Era una simple referencia dada en un mensaje, y, naturalmente, podía muy bien ser un error en la transcripción del cable; pero sirvió para sugerir al director un título sensacional.

De la lectura de aquel artículo podía deducirse que acaso un inexperto escalador francés había sido objeto de murmuraciones por parte de los lugareños del Himalaya, o bien se trataba de una confusión originada por el fantástico relato de algún nativo que habría tenido una fugaz visión de un panda (1), los cuales presentan a veces pelajes a rayas blancas y negras semejantes a un camisolín o *chemisette*. Tales animales, sin embargo, no pertenecen a la región donde se supone

(1) Panda: mamífero úrsico, llamado también gato blanco. — *(N. del T.)*

existe el Abominable Hombre de las Nieves, pues suelen habitar en los bosques de bambúes de las regiones chinas.

A causa de un natural espíritu de prevención por parte de los especialistas, para no comprometer sus opiniones, con frecuencia se muestran muy circunspectos y sólo muy ligeramente estimulan a cualquier persona que emprenda una seria investigación. En una palabra: no sienten deseos de verse envueltos en algún absurdo postulado.

A las muchas razones existentes hay que añadir la carencia de una positiva evidencia o testimonio respecto a la existencia del Hombre de las Nieves, y los cuantiosos gastos que lleva aparejados una investigación a fondo efectuada por especialistas.

Las informaciones sobre el misterio oculto tras el impenetrable velo de los bosques y laberintos de rododendros y bajo las crestas nevadas han sido numerosas; pero en su mayor parte proceden de expediciones cuya misión primordial era la escalada, nunca de equipos dedicados exclusivamente a investigar sobre el Abominable Hombre de las Nieves.

Por unos momentos, con vistas al esclarecimiento del misterio, vamos a asomarnos al campo de la zoología.

En el Himalaya, desde Cachemira hasta la frontera china, con ramificaciones por el este hacia Malaca, existen varias especies de monos, en-

tre los cuales se encuentran los monos asiáticos. No parece posible que entre éstos existan grandes especies desconocidas que hayan podido originar la creencia errónea en la existencia del Hombre de las Nieves.

Los langures — monos de cola larga —, del género de los *Pithecus*, son los más corrientes. Se encuentran repartidos por toda la India, Birmania, Siam y la Península Malaya, pasando al grupo de islas orientales.

Algunos de estos langures crecen hasta adquirir gran tamaño, y a distancia, en regiones montañosas o espesuras de bosques, podrían ser confundidos con personas de baja estatura.

El mono chato del género de los *Rinopithecos* también ha sido presentado como una explicación de las visiones habidas del Hombre de las Nieves; pero este animal es bastante diferente de la descripción que del Yeti han dado personas dignas de crédito.

Entre los monos, la familia de los primates puede ser excluida. Son de mayor estatura que los monos corrientes, y se conocen las especies de los *Hylobatidae* y los *Simiidae*: en términos corrientes, los antropoides y los gibones. Los gibones están repartidos muy ampliamente por la región oriental, desde Bután, por Cachemira, hasta Malaca, y también en los archipiélagos orientales de la India. Son arborícolas, y tan caracterizados que es casi imposible confundirlos con otros seres.

No sucede lo mismo con los monos antropoides, pues algunos de sus atributos podrían haber ocasionado una confusión de identidad.

Existen tres especies: los *Simiinae*, el orangután; los *anthropopithecus*, el chimpancé, y los *gorilla*, el gorila.

Podemos desechar al chimpancé por demasiado pequeño para ser confundido con un ser tan grande y robusto como el supuesto Hombre de las Nieves.

El gorila también puede descartarse — aunque por su tamaño es comparable —; pero su identidad es inconfundible, tanto en la India como en el resto de Asia, pues, lo mismo que el chimpancé, procede de especies nativas de África Ecuatorial, donde unas cuantas razas de subespecies han sido encontradas. (A este respecto, en otro capítulo se relata un incidente relacionado con estas especies.)

Según los informes procedentes de regiones orientales, el único mono que por su tamaño podría parangonarse con el supuesto Hombre de las Nieves es el orangután. Sin embargo creemos dudosa su semejanza, ya que el orangután es principalmente un antropoide arborícola de Borneo y Sumatra. Su nombre malayo significa «hombre del bosque», de *orang*, hombre, y *utan*, bosque.

Sin embargo existen dos puntos de semejanza con la descripción conocida del Hombre de las Nieves. Primeramente, su pelaje atezado, pues

ésta es la coloración más distintiva del orangután, y su tamaño de acuerdo con las descripciones. En segundo lugar, y éste es un singular factor, los pies del orangután están retorcidos en el tobillo, posiblemente para facilitarle escalar los árboles, y solamente sus bordes exteriores pueden tocar normalmente el terreno cuando no se encuentra encaramado en un árbol. Las plantas miran hacia atrás, lo cual en ciertas circunstancias puede dar la impresión de que camina de espaldas.

Pues bien: en algunas leyendas que han llegado a nosotros, y en noticias procedentes de los sherpas, del Hombre de las Nieves se dice que posee unos pies vueltos hacia atrás cuando trepa o salta por la falda de las montañas. La explicación dada a esta peculiaridad física es que tal deformación de los pies le permite asirse mejor a las superficies en que se apoya.

Esta información, reiteradamente difundida por el Himalaya, ¿tendrá algún viso de verdad? ¿Se tratará de un recuerdo racial sobre un antropoide que haya existido en otro tiempo en el Himalaya, un animal semejante al orangután de los pies retorcidos? ¿Podría ser ésta una explicación para la leyenda sobre la existencia del Yeti con los pies vueltos? ¿No se tratará de un hecho olvidado durante siglos, del que sin embargo quede algún recuerdo que se ha ido transmitiendo de generación en generación?

Es interesante observar que algunos de los viajeros que han recorrido las regiones del Tibet,

Mogolia o China, al abordar el tema del Hombre de las Nieves describen al ser fabuloso como más parecido a un oso que a un antropoide.

De este modo hacen su aparición en el panorama del Abominable Hombre de las Nieves, además de los monos cuyas especies se han descrito, los osos, de cuyas categorías vamos a ocuparnos.

Rasgos característicos de la familia de los osos *(Ursidae)* son el escaso rabo y sus garras no retráctiles, a diferencia de lo que sucede con los felinos. Los osos están esparcidos en gran parte del hemisferio norte, incluyendo el Viejo Mundo. Se los ha encontrado al sur del archipiélago malayo, y también han aparecido en África: en diversos lugares de los montes Atlas, Marruecos y Argelia. También existen al sur de los Andes.

En Europa aparecen dos familias distintas de osos: el oso pardo, conocido por *Ursus arctos*, y el oso polar, o *Thalarctos maritimus*. El gran naturalista Linneo fue el que dio al oso pardo la denominación de *Ursus arctos* en el año 1758. También existen fuera del escenario europeo, ya que atravesando el continente los osos llegaron a Asia, y también se los ha encontrado en Gran Bretaña.

El oso kodiak es oficialmente conocido por *Ursus arctos middendorffi*, y con el oso de Alaska constituyen unas variedades de las especies europeas.

El oso pardo es un animal muy robusto y no más pequeño que el oso gris. Un oso pardo europeo adulto puede medir unos dos metros y medio desde los hombros a los talones. La tonalidad de la piel varía considerablemente.

El oso pardo del Himalaya es conocido con el nombre latino de *Ursus arctos isabellinus*, y difiere sólo ligeramente de las especies europeas. Generalmente es de menor tamaño, y más pálido el color de su piel.

Las pieles procedentes de Cachemira, donde se encuentran estos osos, son de gran tamaño. Algunas exceden incluso los dos metros y medio. Este oso del Himalaya es descrito algunas veces como un «oso nevado», quizá por lo extremadamente claro de su piel.

Existe una especie de oso pardo en Siria *(Ursus arctos syriacus)*, y el oso pardo de Kamchatka *(Ursus arctos collaris)*, ambos estrechamente relacionados con otras razas de osos. Hace algunos años se supo que estos osos eran muy comunes en las zonas boscosas del Cáucaso.

En los tiempos primitivos parece que el oso también se encontraba extendido por Gran Bretaña e Irlanda, y en Escocia abundaba en la época romana. Ejemplares de ellos se enviaban a Roma para sus circos.

El oso gris *(Ursus horribilis)* es una especie muy parecida al oso pardo del Viejo Mundo: la diferencia sólo estriba en la coloración. Los cráneos son semejantes, aunque el del oso gris es

más largo: sobrepasa a menudo los treinta y ocho centímetros. El cráneo mayor que se conoce de un oso pardo europeo mide treinta y siete centímetros.

En el continente americano también existe el oso pardo de Alaska, ya mencionado, uno de los mayores osos conocidos. Su cráneo alcanza a veces una longitud de cincuenta centímetros.

Los osos grises aparecen difundidos por el norte de América, desde Alaska a las Montañas Rocosas, y abundan mucho en algunas regiones. Se dice que esta clase de osos son los más carnívoros de todas las especies de osos: devoran ganado ovino, matan antas, e incluso se sabe que en regiones remotas han atacado a animales domésticos. Al parecer sólo atacan al hombre en defensa propia. Cuando no tienen a su disposición alimentos cárnicos comen insectos, frutas y vegetales.

Ha existido el oso de las cavernas *(Ursus spelaeus)*, pero su especie se ha extinguido. También se mencionan otras especies de tamaño enorme, pero sus vestigios demuestran que debieron de ser contemporáneas del hombre del Paleolítico. Tales restos han sido encontrados en Europa, los Balcanes y en el sur de Rusia.

Los osos negros *(Ursus americanus)* constituyen otra especie numerosa que se encuentra en algunas regiones norteamericanas y en Alaska. Aunque ligeramente más pequeños, tienen la piel más fina que sus primos los osos grises o pardos.

En esta categoría existen trece formas diferentes, y se extienden desde Alaska a la Columbia Británica y más al sur de las Montañas Rocosas. Viven de raíces y bayas, y, lo mismo que la mayoría de los miembros de la familia de los osos, son muy aficionados a la miel, que consiguen de las colmenas silvestres, que destrozan; al parecer son insensibles a las picaduras de las abejas. Se convierten en carnívoros cuando encuentran dificultades para obtener alimentos vegetales.

El oso «perezoso» *(Melursus ursinus)* se encuentra en diversas regiones de la India y al pie de las colinas del Himalaya, en los lugares de localización del Abominable Hombre de las Nieves. Este oso tiene un rabo de diez a trece centímetros de largo, lo que lo distingue de otras especies; posee un pelaje áspero y tupido y una larga lengua, muy útil para absorber la miel de los panales silvestres. Sus garras son largas y muy potentes. Es más pequeño que el oso negro del Himalaya: 1'70 metros aproximadamente. Se trata de una especie cada vez más rara, pero que debe ser tenida en cuenta, ya que al ser enigma, el pretenso Hombre de las Nieves, se le asigna una estatura más bien baja.

Varios viajeros del Himalaya deducen, por sus observaciones visuales, que el Hombre de las Nieves es un oso, y esta misma consecuencia fue sacada de las huellas; sin embargo, las descripciones que hacen de la tonalidad de su pelaje no

coinciden con la coloración de las diversas especies de osos que habitan en la región.

El oso negro es realmente negro, aunque a veces tiene una tonalidad que hace que se le considere como un oso rojo. Éste puede también ser una variante del oso pardo, porque algunas de estas especies tienen un tono tostado en la pigmentación de la piel.

También existe el llamado «gran oso amarillo», que debe considerarse una variante de la misma especie, y cuya tonalidad tiende al castañoamarillento.

El leopardo, como posible productor de las huellas descubiertas, ha sido desechado de modo rotundo.

De vez en cuando, además de en el Himalaya, en Mogolia e incluso en Norteamérica, aparecen vestigios considerados por algunos como nuevas pruebas de la existencia del Abominable Hombre de las Nieves, o por lo menos como indicadores de la existencia de algún ser vivo desconocido hasta la fecha. Estos vestigios suelen ser trozos de cueros cabelludos, pieles, pelos y otros residuos.

Los cueros cabelludos hallados se consideran como auténticos y característicos del Hombre de las Nieves, y son mostrados como tales en varios monasterios del Himalaya. Algunas pieles también se consideran como pertenecientes a tal ser enigmático, lo mismo que pelos procedentes de cueros cabelludos.

No haremos aquí más comentarios sobre tales restos, ya que nos proponemos tratar más ampliamente esta cuestión en los capítulos correspondientes.

Las investigaciones llevadas a cabo sobre el lugar para resolver el enigma del Abominable Hombre de las Nieves han constituido relativamente un fracaso. Una investigación seria fue la patrocinada en el año 1954 por el periódico inglés *Daily Mail*. Esta expedición tuvo como origen las opiniones expresadas por el montañero Tom Stobart, un experto fotógrafo y peliculero, y por las afirmaciones de Ralph Izzard, famoso corresponsal viajero del *Daily Mail* y autor de varios libros.

Izzard recogió sus experiencias de la expedición en una obra muy interesante y bien escrita titulada *The Abominable Snowman*. En ese libro se hace, de un modo completo y meticuloso, una lógica recopilación de datos y hechos que tuvieron lugar durante el reconocimiento llevado a cabo, avalorado todo ello con útiles documentos.

Sin embargo, a pesar del tiempo empleado y los valiosos datos recogidos por la expedición del *Daily Mail*, no puede afirmarse la real existencia del Hombre de las Nieves, no obstante los diversos indicios encontrados. Una investigación de varios meses no ha logrado resolver el misterio.

El libro de Izzard, sin embargo, es informati-

vo, muy detallado y de amena lectura, y debe ser considerado como una valiosa aportación sustancial para la investigación sobre la existencia del Yeti.

Además de la confusión de opiniones, informaciones y leyendas, amén de las correspondientes supersticiones populares, existe otro obstáculo grave para el total esclarecimiento de la verdad: el muy humano deseo de los nativos de halagar a los forasteros viajeros satisfaciendo su impaciencia de saber, y de alentarlos a llevar adelante sus investigaciones proporcionándoles unos datos no siempre de acuerdo con la realidad.

Los exploradores, fotógrafos y otros expertos de la caravana enviada por el *Daily Mail* no encontraron la figura central de sus pesquisas, y aunque les fueron mostrados algunos cueros cabelludos bien conservados, como pruebas de los merodeos del Yeti, ello no indica de un modo rotundo que el ser enigmático tenga una existencia real.

Sobre los cueros cabelludos podemos permitirnos una ligera digresión y contar un incidente relatado por Marco Pallis, que podría aplicarse a nuestro caso. Marco Pallis es un músico viajero, autor del libro *Peaks and Lamas*. Nos entrevistamos con Pallis cuando preparaba el material para su obra. Nos relató que un huevo de avestruz fue cierta vez presentado en un templo del Tibet como el huevo más grande jamás visto por allí. Los monjes, sin más aclaración, lo exhi-

bían en su museo con un rótulo que decía: «Huevo de dragón.» Esto demuestra que muchas curiosidades y reliquias llevan unas etiquetas no muy exactas, aunque hayan sido colocadas con la mayor buena fe; por esta razón hay que hilar muy delgado para separar lo auténtico de lo falso o erróneo.

El hecho de haber arraigado en el ámbito inglés la suposición de la existencia del Yeti nos recuerda el caso del famoso monstruo marino del Loch Ness, en Escocia, cuya existencia ha sido propalada como una atracción más para el turismo. Sin embargo en este caso, aun separando lo que puede haber de falso, de broma y de trucos engañadores, siempre queda un núcleo de hechos inexplicables, nebulosos y contradictorios.

Personas responsables, desprovistas de segundas intenciones y que viven desde hace largo tiempo en aquel lugar, han expresado su opinión de que existe sin duda alguna un anfibio sin catalogar y que de vez en cuando se presenta en el Loch Ness. ¿Existe en realidad algún pez monstruoso, de naturaleza enigmática, sumergido en aquellas profundas aguas? ¿O se trata simplemente de una mera ilusión, que desaparece como un claro de luna después de unas vacaciones escocesas? Muchas veces hemos rechazado tales excitantes relatos, por considerarlos disparatados. El hecho de que jamás nos hayamos encontrado frente a frente con el Yeti no obsta, sin embargo,

para que no podamos concederle una posibilidad de existencia real, tan dudosa si se quiere como la del monstruo del Loch Ness.

El celacanto fue considerado por muchos naturalistas como una especie extinta de un pez que ha existido, como sucedió con el *Dodo Mauritius*. Sin embargo un bonito ejemplar del «Viejo cuatro patas» fue recogido en la costa oriental de África, cerca de Madagascar, en 1952. Otro ejemplar apareció en los mismos lugares poco tiempo después y fue enviado a los ictiólogos en medio de una exaltada emoción.

Cuando hace años algunos comerciantes exploradores ingleses vinieron de África con la nueva de la existencia de seres humanos enanos, con una civilización de la Edad de Piedra, tales noticias fueron tomadas a chacota y como una fantasía para llamar la atención. Sin embargo se comprobó más tarde la existencia de tribus de pigmeos en Africa Ecuatorial.

II

HUELLAS A PARTIR DEL AÑO 1921

Las consecuencias sacadas de los casos del pez celacanto y de los pigmeos africanos, considerados en un principio como productos de una desatada fantasía, bien pueden aplicarse al enigmático Hombre de las Nieves. Éste puede ser una realidad, y no sería extraño que en bosques y espesas vegetaciones, bajo las crestas nevadas que todavía no han sido exploradas, se hallaran pruebas e indicios más contundentes en favor de su existencia.

Los rastros han sido hallados en altitudes de cinco mil quinientos metros, e incluso superiores. También se encontraron referencias aisladas a alturas tan bajas como los dos mil quinientos metros. Los indicios hallados a menos altitud deben acogerse con prevención.

El clima y la geografía han sido algunas de las causas que repetidamente han dificultado la identificación de las especies por parte de exploradores y viajeros.

Por todo el Himalaya, el Karakorum, Sikkim, Nepal, Tibet y el Estado de Bután nos encontra-

mos con relatos e historias de lo más variado, así como diferentes denominaciones, dimensiones y costumbres del ser enigmático. Sin embargo, en general, muchas de las características concuerdan aun en zonas muy separadas, si bien las secuencias ideológicas difieren, y con frecuencia en un grado rayano en lo extravagante.

Estas exageraciones en las descripciones, la gran variación de leyendas y tradiciones entre la gente montañera, así como su anormal temor ante los poderes sobrenaturales que atribuyen al monstruo, han hecho que el Yeti fuese definitivamente catalogado en la elástica categoría de lo desconocido.

La más clara y valiosa de las muchas huellas observadas sobre la nieve del Himalaya aparece en la fotografía obtenida por Eric Shipton en el glaciar Menlung, durante una expedición de reconocimiento del monte Everest en el año 1951. Eric Shipton iba en compañía de Michael Ward y de Sen Tensing. Las huellas tenían treinta y dos centímetros de largo y dieciséis y medio de ancho, e incluso alguna de ellas alcanzaba los diecinueve centímetros de anchura.

La claridad de la reproducción — en la que aparecen bien impresos el dedo grueso del pie, su contorno y los otros dedos, así como el paso de marcha regular sobre la nieve de varios seres, pues eran más de uno — contribuye a demostrar, a pesar de las controversias suscitadas, que las huellas no son de ningún oso ni leopardo, ni tam-

poco las de un mono langur. De este último animal haremos mención en capítulos posteriores.

Respecto a la suposición de que se trata de huellas de oso quizá pudiera caber alguna duda, pues las impresiones de las patas posteriores del oso son parecidas a las del hombre, aunque generalmente dejan la señal de sus garras. En cuanto a las impresiones de los dedos del oso son más simétricas y de menores dimensiones que las del Hombre de las Nieves. Sin embargo debe hacerse alguna concesión y tener en cuenta los efectos de la nieve fundida, que engrandece los contornos de las pisadas. Y en lo referente a las marcas de las garras cabe aducir que la nieve pudo haberlas borrado, creando de este modo unas huellas parecidas a las humanas. Michael Ward, que ha colaborado en la redacción del capítulo XI de este libro, se muestra reacio a aceptar que se trate de impresiones producidas por un oso.

Las fotografías de Shipton pueden adolecer del defecto de que las huellas aparezcan con alguna distorsión, ya que fueron obtenidas algún tiempo después de pasar el ser por aquel lugar; pero aun así son sin duda las fotografías más reveladoras entre las existentes.

Sean lo que sean, las huellas no tenían impresión de garras. Eric Shipton y el jefe de los sherpas de la expedición, Sen Tensing, calculan que las pisadas habían sido impresas unos veinticinco minutos antes de ser halladas. En sus escritos,

y más recientemente en sus charlas personales con nosotros, Eric Shipton declara que ellos siguieron las huellas hasta que las perdieron en la morrena a lo largo del glaciar. Manifiesta igualmente que Sen Tensing, una persona de toda confianza que ya le había acompañado en otra expedición anterior, le confió que dos años antes de aquel incidente había visto un Yeti.

El sherpa manifestó que había descubierto un ser con estatura humana que marchaba erecto; le cubría un pelaje rojizo, pero el rostro aparecía liso. Aquella criatura tenía el cráneo alargado y puntiagudo, también cubierto de pelos rojos muy crecidos.

Sir John Hunt, jefe de la afortunada expedición al Everest en 1953, también ha dado cuenta en sus escritos de cómo en 1937, cerca de Zemu La, descubrió dos series de huellas en un collado bajo el glaciar Zemu. Estaban claramente marcadas en la nieve. Su compañero, el sherpa Pasang, y él siguieron las huellas, que marcaban un camino de paso a través de un desprendimiento de hielo en las proximidades de una cresta y parecía como si descendiesen por un áspero glaciar del otro lado.

Por entonces sir John creyó que tales huellas de pisadas provenían de una expedición alemana que antes que ellos había pasado por aquellos lugares. Pasang se mostró muy nervioso cuando descubrieron aquellas huellas.

Algún tiempo después sir John se enteró de

que los alemanes no habían pasado por Zemu La, ni tampoco ninguna otra expedición en el transcurso de aquel año. Esto le indujo a creer que las huellas habían sido marcadas por un ser misterioso, lo que produjo gran temor al sherpa, ya que ninguna persona había pasado por el lugar en que se encontraron las huellas.

Sobre la naturaleza del Yeti existe gran diversidad de opiniones, manifestadas en el curso de los años. Muchos son los científicos que rechazan la suposición de una especie zoológica desconocida entre las existentes, y aseguran que las huellas objeto de controversia son de animales conocidos. Expertos, entre los que se encuentran montañeros como el fallecido F. S. Smythe, y hasta naturalistas y zoólogos, de acuerdo con la opinión sustentada por éste, creen que ya está clasificada toda la fauna bajo los términos de referencia de la zoología.

Hay también personas que rechazan la existencia del Hombre de las Nieves, que la consideran como una pura imaginación, y creen que actualmente ninguna especie puede permanecer sin descubrir en nuestro globo, ya que vivimos en un mundo en que las distancias se han acortado considerablemente, por lo que poco puede quedar ignorado.

Muchos expertos han expresado puntos de vista contradictorios, que han sido reunidos en el famoso «Apéndice B» de H. W. Tilman, añadido a su libro *Mount Everest, 1938*. Tilman, después

de considerar esos puntos de vista, llega a una conclusión asaz razonada que figura en el citado Apéndice, bajo el epígrafe «Antropología o zoología, con una referencia especial al Abominable Hombre de las Nieves».

Las opiniones de F. S. Smythe, que se derivan de experiencias muy extensas realizadas en el Himalaya, y que aparecen en el Apéndice citado, son recusadas por Tilman de forma muy ingeniosa. Por razones de asociación con ciertos incidentes reveladores, en otro capítulo haremos mención de las actividades de Smythe en relación con el Hombre de las Nieves.

H. W. Tilman refiere en su Apéndice cómo el coronel C. K. Howard-Bury, que fue jefe de la expedición al monte Everest en 1921, se encontró con huellas en la nieve parecidas a las dejadas por seres humanos. Esto ocurrió en Lhakpa La, un paso al noroeste de la montaña, a unos seis mil metros de altura. Sus porteadores le dijeron que se trataba de las huellas del «hombre salvaje de las nieves». El coronel Howard-Bury cablegrafió esta información como a título de broma; pero la comunicación fue tomada en serio y adquirió una gran difusión, causando sensación general aquellos rumores sobre la existencia del Abominable Hombre de las Nieves.

«De este modo nació el prodigio», escribe Tilman en el «Apéndice B», en que refiere también cómo Henry Newman, en el lugar de Darjeeling, sostuvo conversaciones con algunos porteadores

de la expedición al Everest, de los cuales obtuvo una descripción muy detallada del llamado «hombre salvaje». «Sus pies — decían — estaban siempre vueltos hacia atrás», y daban la explicación de que de esta forma podían trepar más fácilmente. Puede ser ésta una explicación lógica, pues a veces los montañeses siguen la técnica de avanzar de espaldas, usando unos garfios sobre el hielo. De acuerdo con lo relatado por los sherpas en 1921, el «hombre salvaje» es poseedor de una gran mata de pelo que cubre su rostro cuando trepa por las fuertes pendientes. Ellos le llaman el *Metch Kangmi. Kang,* en la flexible etimología de aquellas vastas regiones, significa «nieve», y *mi,* «hombre». Pero al parecer Newman dio a esta denominación una errónea interpretación, pues éstas pueden ser distintas según la manera de pronunciar aquélla. Los lingüistas orientales presentan algunos argumentos en defensa de una correcta interpretación; dicen que Newman tradujo *Metch* por «abominable», cuando su verdadero significado es «repugnante» o «desagradable»; sin embargo ya no ha perdido desde entonces el Hombre de las Nieves el calificativo de «abominable».

A tales variaciones de interpretación lingüística hay que añadir las muchas contradicciones y la diversidad de datos reunidos.

Aparte la diferencia de opiniones, el informe de H. W. Tilman es completo en alto grado: lo mejor que se ha escrito sobre este tema en len-

gua inglesa. Las regiones desde el Himalaya, Cachemira y Nepal hasta la frontera del Tibet disponen de una gran variedad de lenguas y dialectos, y si bien a veces algunos desaparecen por desuso, en cambio surgen otros. Esta discordancia de términos conduce a graves errores. La información recopilada por Tilman, no solamente en el «Apéndice B», sino en otros escritos suyos, resalta sin embargo por su claridad.

Volviendo brevemente a la descripción que del «hombre salvaje» hicieron los porteadores de la expedición del año 1921, el mito pudo haber contribuido en cierto modo al relato. Aquellos pies vueltos hacia atrás podían ser un recuerdo del subconsciente de los nativos indios. Debieron de acudir a sus mentes las historias de los *efrits*, demonios que tomaban la forma de bellos príncipes o hermosas princesas para gozar de algunas horas paradisiacas con sus víctimas; luego revelaban su naturaleza demoniaca realizando proezas sobrenaturales y destrucciones con invencible mano mortífera, siempre con los pies vueltos hacia atrás.

Una idea semejante se manifiesta en el *Ramayana*, poema épico indio, algunos extractos del cual figuran en otro capítulo.

El «prodigio» del Abominable Hombre de las Nieves, como lo denomina Tilman, ha motivado multitud de artículos aparecidos en la prensa mundial y originado grandes controversias entre científicos y profanos a partir del año 1921.

Sin embargo no fue en 1921 cuando empezó la discusión del tema del Hombre de las Nieves. Aunque de vez en cuando revive en el curso de los siglos, el prototipo del Yeti se encuentra muy atrás, sumergido en las nieblas del pasado.

Antes de anotar más referencias a comentarios y experiencias de este siglo, extraídas de hechos sucedidos de una manera intermitente a partir del año 1921, daremos un salto atrás, en tiempo y lugar, para encontrarnos en el año 1820.

III

LOS DIVERSOS NOMBRES DEL HOMBRE DE LAS NIEVES

Durante nuestra búsqueda de materiales para esta obra nos encontramos con un libro publicado en 1820. En aquel año la Editorial Rodwell y Martin de Londres publicó un volumen titulado *Diario de una expedición a través de las montañas nevadas del Himalaya*. Su autor: J. B. Fraser. En las páginas 350 y siguientes resume algunas de las charlas sostenidas con nativos de las colinas, así como con sus porteadores. El lugar de referencia era «el valle del río Sutley», desde el cual emprendió Fraser una marcha y escalada muy interesante, aunque poco espectacular. Había llegado hasta allí desde Srinagar, en Cachemira. Aparte su referencia a la región del Sutley, también menciona un lugar llamado Oodha, en Gurkha, y otro denominado Serán. Ésta, al parecer, era la principal ciudad del Estado de Bishar, federado con otros Estados de la India años más tarde, en 1850. Estos nombres no son actualmente fáciles de encontrar en los mapas modernos, pero los de Srinagar y Sutley bastan para localizar la región recorrida por Fraser.

Sobre la fauna local escribe Fraser:

«Nadie hasta ahora ha hablado de los animales que habitan en aquellas montañas, y lamento que los datos que respecto a esta parte de la historia natural puedo proporcionar sean escasos y de poco interés científico. Los animales son: tigres, gatos salvajes, osos, jabalíes, diversas variedades de monos y ganado ovino. Aunque del tigre se dice que mora en los bosques de aquellas colinas, es dudosa su existencia. Las huellas de una de esas fieras fueron percibidas en nuestras marchas, pero abrigamos la duda de si realmente serían huellas de un tigre.

»Los nativos contestaban contradictoriamente a nuestras preguntas sobre las huellas y acerca de los tigres de las colinas.»

Continúa la narración, y Fraser parece insinuar que la denominación de «tigre» no era realmente la más apropiada.

«Ellos aseguraban su existencia y parecían sentir un cierto temor, pero nunca oímos hablar de accidentes ocurridos a causa de tal fiera. En el caso de las huellas se inclinaban a creer que correspondían a una bestia formidable llamada por ellos *Bang*, grande y colorada, pero no rayada ni abigarrada. Aseguraban la existencia de otras fieras, aunque tal vez se tratase de algún animal ideal desconocido que les inspiraba un temor indefinido.»

Con el término «ideal» imaginamos que Fraser, hace ciento treinta y ocho años, quería sig-

nificar el temor a una bestia vagamente descrita, que al parecer formaba parte de una tradicional leyenda.

Aquel incidente pasajero, narrado en un libro de viajes escrito sin pretensiones hace poco más de un siglo, se ajusta considerablemente a los informes que tenemos sobre el Yeti y a las supuestas visiones descritas en los últimos sesenta años, especialmente a partir del año 1921.

El nombre de *Bang* era algo confuso, y se trató, después de revisar informes y hablar con especialistas en lenguas orientales, de buscar una significación a aquel término que justificara tal denominación; pero al principio nuestras gestiones no tuvieron éxito.

Al preguntar a un nepalés sobre lo que podía significar la palabra *Bang* replicó en inglés que no tenía la menor idea, y que sólo le hacía pensar en algo relacionado, por su onomatopeya, con «una gran explosión». Por tanto el enigma del *Bang* sigue permaneciendo en la oscuridad, aunque no cejamos en buscarle su significado. Más tarde, al reunir una colección de otros varios nombres referentes al Hombre de las Nieves, llegamos a poseer un indicio. Entre las muchas denominaciones figuraba la palabra *Kangmi*, como ya hemos señalado anteriormente, palabra que etimológicamente procede de *Kang*, «nieve», y de *mi*, «hombre». En las lenguas vernáculas de Nepal y otras regiones, *Metch Kangmi* podría significar «Demoniaco Hombre de las Nieves». De este

modo la referencia de la obra de Fraser resulta más clara, pues parece posible que éste no hubiera captado bien la pronunciación de su informante y que el término *Bang* fuese realmente *Kang*, o sea, una K en lugar de una B, si bien pudiera así mismo tratarse de un error de imprenta no corregido. En estas condiciones el misterioso *Bang* de Fraser sería simplemente *Kang* o «nieve». Sin embargo no puede descartarse de un modo rotundo que *Bang* no sea el apelativo con que ciertos nativos de aquellas lejanías hayan bautizado al Hombre de las Nieves.

El naturalista doctor Maurice Burton dedica un capítulo de su libro *Animal Legends*, publicado en 1955, al Hombre de las Nieves. En ese capítulo, titulado «Problema de las huellas en la nieve», describe las huellas halladas en el Himalaya, y se extiende en consideraciones sobre éstas y el misterio de ciertas trazas en la nieve aparecidas en la vasta región meridional de Devon en febrero de 1855.

En el capítulo de referencia habla también el autor del enigma del Everest, de otras huellas encontradas en el Himalaya, y recoge ciertas informaciones locales acerca de «terribles rugidos oídos en aquella región», y que, según sus pobladores, son producidos por *Bhanjakris*, esto es, el Abominable Hombre de las Nieves. Este último nombre ya es posible relacionarlo con el *Bang* de Fraser.

El doctor Burton nos habla de informes reci-

bidos sobre la visión de diez o más Hombres de las Nieves percibidos por nativos, que los describen como «de tres a tres metros y medio de estatura, bamboleándose al andar, caminando como si realizasen un mágico rito. Sus cuerpos, cubiertos de pelaje, y sus rostros, intermedios entre el del hombre y el del gorila».

A continuación dice que los monjes del monasterio de Thyangboche, al sur del Everest, le hablaron «de la ocasión en que el Hombre de las Nieves apareció por aquellos alrededores y de cómo los monjes asustaron al animal... mediante una algarabía de silbidos, golpes de tambor y toques de trompetas monásticas».

Hamish McInnes, en un artículo publicado en el *Alpine Journal* (noviembre de 1958), da cuenta de que en compañía del mayor Jeffery Douglas realizaron investigaciones en busca del Yeti, aunque sin llegar a nada concluyente, en el otoño de 1957, y menciona cómo en los valles del Kulu el Yeti es con frecuencia denominado *Bun-Manosh*. La primera sílaba parece tener relación con el *Bang* de Fraser.

En un libro publicado en 1838 por Fisher, Son & Co., de Londres y París, se establece cierta asociación con la alusión hecha en 1820 al misterioso *Bang*. El extenso volumen, titulado *Panoramas de la India, principalmente de las montañas del Himalaya,* está escrito por el teniente George Francis White, del 31 Regimiento, y editado por Emma Roberts.

Desde la página 68 en adelante figuran datos sobre la fauna del Himalaya encontrada por el autor en sus viajes; en sus descripciones emplea un lenguaje familiar, florido y detallado, con la amenidad propia de los escritores de la época. Refiriéndose a Khandoo, una aldea a dos mil setecientos metros de altura sobre el nivel del mar, situada en una región que concuerda con la descrita por Fraser en su libro, escribe:

«Nos encontramos ahora en lugares frecuentados por varias especies de venados, nunca hallados por debajo de los dos mil metros de altitud. Estos ágiles y bellos animales son vistos con frecuencia saltando a gran velocidad por las laderas e incluso abruptos precipicios. En nuestras correrías no hemos encontrado ningún tigre. Este rey de la selva raramente se encuentra a considerables alturas, y sólo en ocasiones ha sido visto a los dos mil quinientos metros de altitud. Los tigres sólo aparecen en la parte baja de las colinas, y son empujados y perseguidos por los cazadores de Dhoon en el juego de la cacería. Solamente en campo abierto es donde el hombre deportista puede luchar y enfrentarse con una fiera para cuya caza se necesita ánimo y valor.

»Desde puestos establecidos en las laderas de las montañas o en espesos pinares puede matarse al tigre, pero sin el menor mérito ni gloria: casi siempre la fiera cae víctima de un adversario que se esconde. El leopardo y otros gatos monteses son corrientes en la parte baja de las mon-

tañas, donde también suele hallarse la hiena. Pero el animal predominante de los bosques del Himalaya es el oso.

»Estos animales, por lo general de gran tamaño, llegan a ser formidables, y son tan astutos como salvajes. Su color más corriente es el negro; no obstante existen en el país algunos osos de más claro color, y en las regiones altas se encuentran osos completamente blancos.

»Los osos del Himalaya parecen huir de la luz, pues se esconden en oscuras guaridas, en los más profundos y apartados barrancos, como si no deseasen que el resplandor del sol alegrara sus soledades.»

Esta meticulosa descripción referente a los animales normales en las colinas y a elevadas altitudes, y sobre los cuales el autor hace ingenuos comentarios, parece reconocer que solamente en ciertas partes pueden encontrar a los tigres los deportistas cazadores, lo cual queda confirmado por las manifestaciones de Fraser en su libro. La suposición de éste de que no existían tigres en las altas laderas montañosas y en los bosques por los que él transitó, y que las huellas encontradas no podían ser identificadas como dejadas por tigres, lo corroboran ahora los definidos comentarios de White, o sea, que el tigre se encuentra en terrenos mucho más bajos.

Las observaciones de aquel oficial fueron posiblemente hechas sin haber conocido el libro de Fraser, y por tanto ignorando las huellas dejadas

por el *Bang* y los temores que causaba entre los nativos la sola mención de este nombre.

En la página 71, con el itinerario del viaje de White, se hace una referencia a los monos que él y su partida observaron, y también se alude al enigmático Hombre de las Nieves.

El teniente White escribe:

«Hemos observado dos especies de monos, que son en exceso numerosas: una, el magnífico *lungoor* (que se pronuncia *langur*), y la otra, la común de monos castaños. El primero es de mucho mayor tamaño y decididamente superior al langur corriente de muchas partes del Indostán. Su cara es extremadamente negra, con un fino mechón de pelos blancos plateados que forman un gran contraste con el rostro. El resto del cuerpo es netamente blanco, con oscuras manos y patas, *y cuando permanece erecto puede ser tomado a distancia por uno de los indígenas de aquellas colinas.*» El subrayado es nuestro, ya que creemos que se trata de una frase muy importante, porque indica la posibilidad de un error de visualidad. Muchos de los casos en que se dice haber visto al Abominable Hombre de las Nieves pueden haber sido erróneas visiones de uno de estos grandes langures, aun teniendo en cuenta la gran diferencia que existe entre las huellas tomadas fotográficamente por Eric Shipton y las dejadas por un mono langur.

Sin embargo, por agradable que pudiera resultarnos el descubrimiento de que el Abominable

Hombre de las Nieves no es una leyenda, no podemos honradamente olvidar que el teniente White no rechaza la idea de que un gran langur, en ciertas circunstancias, podría ser tomado erróneamente por un distinto y fabuloso ser.

Este turista militar de mediados del siglo XIX se extiende algo más sobre las características del langur.

«Es una fiera — dice — poderosa y audaz, capaz de acorralar a bípedos superiores, y si ataca, especialmente si se encuentra apoyado por sus compañeros, resulta un adversario formidable.

»Estos langures disponen de todos los fantásticos trucos de los de su raza, y en defecto de otras ocupaciones sus cabriolas grotescas ofrecen a la gente una considerable diversión. Aunque en aquellas colinas los monos no son objeto de veneración, son tolerados, a pesar de que sus depredaciones producen graves daños a la agricultura.

»Grandes manadas se ven continuamente por los trigales, y las cosechas, que nunca son demasiado abundantes para las necesidades de los pobladores, experimentan una seria disminución, aparte las causas naturales, por las devastaciones producidas.»

Los langures actuales ya no son tan numerosos ni, por tanto, tan destructivos. El hecho de abrirse nuevos pasos por terrenos hasta ahora inexplorados o sin desarrollar ha repercutido sobre la fauna de aquellas zonas.

De lo manifestado anteriormente, y como re-

sumen de las coincidencias establecidas, puede deducirse que el Hombre de las Nieves ya era conocido muchos años antes de su «reconocimiento» semioficial en 1921, y esto hace creer que continuará aún durante muchos años sin descubrirse su misterio, aunque seguirá siendo mencionado de modo intermitente.

En 1958 se reavivó de un modo esporádico el interés por el Yeti a consecuencia del artículo enviado por Leon Ellis, desde Katmandú, al *Sunday Dispatch* de Londres. Cita en él una entrevista con un abad, al parecer con conocimientos científicos, que pertenecía a un *shrine* o templo budista. El lama chino fue lo bastante comunicativo para darle detalles sobre diversos tipos de Yeti. A una especie la denominaba *Nyalmo*: éstos, de unos cuatro metros y medio de estatura, son carnívoros; se alimentan de ganado ovino y de yacs, que son unos bueyes del Tibet. Se mueven en grupos y son guiados por las hembras de la especie.

Otro tipo de Hombre de las Nieves, dijo el lama, era conocido por *Rimi*. Éste tiene unos dos metros y medio de altura y es a la vez carnívoro y vegetariano: aparentemente es un oportunista en lo referente a su alimentación. La tercera variedad es conocida con el nombre de *Rakshi*, o *Rakshi-Bompo* (*Bompo* significa «fuerte»). Tiene solamente un metro y medio de estatura, es vegetariano y roba el grano y mijo que se encuentra en el exterior de molinos o de depósitos.

(Sobre este lama chino se hablará más adelante.)

A pesar de que el *Rakshi-Bompo* es considerado como vegetariano, un incidente en el cual intervino esta especie — narrado más tarde por la hija del lama chino — sugiere que este grupo puede ser también carnívoro.

Sin embargo, con la debida consideración a las opiniones de los nativos del Himalaya, cabe recordar que el misterio de la existencia del Yeti ha despertado un gran interés en todo el mundo, por lo que nos podemos permitir algunas licencias en su desvelamiento, teniendo en cuenta que a veces la realidad se complementa con las fantasías procedentes de historias tradicionales. El término *Rakshi* es interesante, porque este nombre aparece ya en el *Ramayana*, poema épico indio escrito en el III o IV siglo antes de Jesucristo.

La creencia en el fantástico Hombre de las Nieves se remonta muy atrás en la oscuridad de los tiempos. *Rakshi* puede tal vez servirnos de clave en nuestra investigación de la historia del Yeti, pues con diversas variantes, todas las cuales hacen referencia a un extraño ser con figura humana, forma parte de las leyendas, la literatura y las supersticiones.

IV

RAKSHA EN EL *RAMAYANA*

El *Ramayana* es un largo canto épico nacional en que se narra el matrimonio de Rama, príncipe de la India, su destierro y la anulación de sus derechos al reino a causa de una conspiración. Relata después el rapto de Sita, la adorada esposa de Rama, que le acompañó al exilio con el hermano menor de éste, Laksmana. El autor de este canto fue Sri Valmiki. De éste nada se sabe, excepto su nombre. Existen varias versiones del poema épico nacional, pero la de Valmiki es la más importante desde el punto de vista literario.

El libro sexto del *Ramayana,* titulado «Sita perdida», es una vívida narración que describe el exilio del príncipe Rama y de su novia Sita, acompañados de Laksmana. Vivían en lo profundo de los bosques, dedicados a la caza, y Rama y Laksmana turnaban para proteger a Sita de los peligros de las fieras y de los salvajes, a quienes ellos llamaban los «demonios» de su enemigo Ravana, rey de Ceilán.

A aquellas sobrenaturales criaturas demonia-

cas, habitantes de los bosques y las montañas, las denominaban ellos *rakshas:* una variante del término aplicado actualmente en algunas partes del Himalaya al Abominable Hombre de las Nieves.

El rey Ravana conoce a Sita, se enamora de ella, y envía a una muchacha raksha para que tiente a Rama y le seduzca, con objeto de que Ravana pueda capturar a Sita y llevársela, a través de las montañas y del mar, a su reino isleño. Naturalmente surgen complicaciones, como es corriente cuando entes fabulosos se interponen entre los seres humanos. Surpanaka, la muchacha raksha, se enamora realmente de Rama y trata de seducirle con estas palabras:

«— Escucha — así habla Surpanaka —: tú ignoras mis propósitos.

»"Yo soy la raksha Surpanaka, y puedo presentarme en varias formas.

»"Conozco a mi hermano, el rey Ravana, señor de Lanka de toda la vida.

»"Kumba-Karna es tremendo e indomable, y Vibisana, leal e intrépido.

»"Kara y el valeroso Dushana se extraviaron conmigo por estos bosques.

»"¡Alentada por el amor de Rama, los he abandonado a todos!

»"Amplio y sin límites es mi imperio, y estoy orgullosa de mi vagabundeo.

»"Yo te he elegido como mi señor y marido. ¡Arroja a un lado tu vida humana!

»"Sita es débil, poco adecuada para ser la esposa de un guerrero.

»"¡Una mujer más noble y señorial te consagrará su amor y su vida!

»"La carne humana es el alimento de los rakshas. Yo eliminaré a la enclenque Sita.

»"Deshazte de ese hermano mozalbete. Yo te obedeceré como a un marido.

»"En las crestas de las altas montañas y en las espesuras de los bosques estaremos solos.

»"¡Vagabundearemos por los extensos bosques sin límites, y las alegrías de los retozos cariñosos serán para nosotros!»

Rama rechaza a la muchacha raksha y, en una forma gentil, se burla de aquel deplorable incidente, sugiriéndole, siempre en broma, que se acerque a Laksmana. Rabiosa, la chica raksha trata de matar a Sita, pero Rama la protege. Luego advierte a su hermano que ambos no podrán luchar con bromas contra las fuerzas demoniacas.

Dice Rama:

«—Hermano, hemos actuado erróneamente con esa criatura salvaje.

»"Las palabras burlonas no evitan el peligro. Lo sucedido ha sido un castigo por nuestros actos.

»"La muerte, quizás, o un aletargamiento parecido a la misma muerte, puede amenazar a mi dama querida.

»"Despierta a la vida, Sita mía, y persigamos a esa hembra de la vergüenza.»

Después la narración del poema continúa:

«El furor de Laksmana surgió como el rayo cuando la odiosa hembra rondaba por las cercanías.

»Con su espada el indignado guerrero le cortó la nariz y una de las orejas.»

Naturalmente, la ultrajada princesa raksha comienza a chillar, jurando vengarse. Rama y Laksmana luchan con los rakshas hasta dejar el bosque sembrado de muertos.

Entonces el enemigo recurre a la astucia. La princesa raksha cambia de identidad y se convierte en una hermosa y gentil cervatilla. Sita, engañada, pide a Laksmana que evite causar cualquier daño al animal al tratar de capturarlo, ya que a ella le gustaría tenerlo vivo, como un animal favorito.

Laksmana desconfía de la autenticidad de la cervatilla y expresa sus dudas con estas palabras:

«— Hermana, mi corazón está lleno de dudas — dijo Laksmana, aún vacilante.

»"Esto es algún artificio de la falaz raksha, que puede tomar las formas que desee.

»"Monarcas andan errantes por este bosque, de caza por los collados solitarios.

»"Con frecuencia arteras rakshas, en la espesura, preparan trampas.

»"¡Y caen sobre los seres descuidados, a los que rápidamente destrozan y matan!»

Sita continúa suplicando cada día, primero a Rama y después a Laksmana, para que le permi-

tan hacerse cargo de la cervatilla. La pobre muchacha desea posiblemente una distracción, aburrida de la monotonía de su forzado destierro.

Al fin un día Laksmana cede a las reiteradas súplicas de su cuñada Sita. En una excursión de caza dispara una flecha contra un ciervo. El animal es, en realidad, Maritsa, uno de los hermanos de la muchacha raksha, y grita pidiendo ayuda. Aquella llamada engaña a Sita y a Laksmana —que ha regresado a la cabaña—. Creen que se trata de una petición de socorro por parte de Rama, que quizá se encuentra en algún grave peligro en medio del bosque. Sita incita a Laksmana para que acuda a rescatar a Rama, y al quedar Sita sola, Ravana, el rey de los demonios —al parecer estos demonios eran los únicos habitantes de Ceilán en aquellos remotos tiempos—, desciende sobre la cabaña disfrazado de anciano sacerdote. Sita recibe bien al ermitaño y le obsequia con una bebida. Después, cuando ella está más confiada, Ravana descubre su verdadera identidad, se apodera de Sita y se la lleva consigo.

El libro séptimo del *Ramayana* trata de la búsqueda de la desaparecida Sita, cautiva ahora en el reino de los salvajes rakshas, por parte de Rama y su hermano. Encuentran en sus viajes a muchos hombres sensatos, animales y seres extraños. En las cuevas de la montaña viven Sugriva, el príncipe de los vanars, y Hanumana, el príncipe de los monos, que se les aparecen. Ambos ayudan a Rama después que éste presta su cola-

boración a Sugriva para restablecer sus derechos, usurpados por unos rebeldes.

Algunos de los versos están llenos de colorido, y, mientras dura la peregrinación para rescatar a la princesa, las regiones por donde pasan son vivamente descritas. El poema menciona que unen también sus fuerzas con otro valiente caudillo montañero, Satavala, y mientras las lluvias descienden sobre las montañas de Nilgiri, que ellos cruzan...

«Observan cortejos de masas nubosas, que parecen escalas para una suave ascensión.

»Se podría casi alcanzar al rey Sol y coronarlo con una corona perfumada.

»Y cuando brillan aquellas masas densas, rojas y blancas, en el resplandor de la tarde, se podría imaginar que se trata de tajos de espada producidos por un enemigo celestial.»

Entonces el poeta Valmiki habla de los consejos dados a Rama por el rey Sugriva y por el caudillo montañero, así como del plan de campaña para rescatar a Sita:

«— Cruza el Himalaya nevado y el pico sagrado del Sudarsán.

»"Alcanza los arbolados de Deva-Sakha, donde buscarás a los cantores emplumados.

»"Atraviesa la región desierta privada de ríos y de bosques, hasta que llegues a la blanca Kailasa, la morada de los dioses, serena y tranquila.

»"Pasa por las regiones agradables de Kuve-

ra, y busca los manantiales de las montañas de Krauncha.

»"Y el país donde viven las hembras guerreras, y donde moran las mujeres con rostros caballunos.

»"Y no te detengas hasta llegar al país donde se encuentran los kurus del norte.

»"¡En los confines extremos de la amplia tierra, bendice la morada de los dioses y los espíritus!»

Sita, mientras tanto, continúa cautiva y languidece en un jardín de Ceilán, guardada por las terribles mujeres rakshas.

Pero Hanumana vuela a través del mar y da a Sita noticias de Rama, contándole detalles de las épicas batallas que sostienen éste y sus protectores contra las hordas del rey Ravana. Estos encuentros dan como resultado que Sita sea rescatada y devuelta en triunfo a la India, conducida por Rama y su hermano. Entonces la justicia poética hace que Rama sea restaurado en el trono del reino, al cual tiene todos los derechos.

Resulta interesante su modo de regresar a la paz y a la felicidad, pues viajan por el aire en un vehículo arrastrado por cisnes plateados, al cual se alude con el delicioso nombre de «el carro Pushpa».

Durante el cautiverio de Sita, la mujer raksha guardiana, más gentil que las demás, simpatiza con la triste prisionera. En una ocasión, cuando ella equivocadamente cree que Rama ha muerto

en una batalla, le expresa sus sentimientos de condolencia con las siguientes palabras:

«— Escucha, mi gentil Sita, aunque seas una cautiva nuestra.

»"Te expreso mi pesar y mi congoja, y puedes ver cómo llora una mujer raksha.»

En la infancia de la civilización se encuentra un rasgo común entre los novelistas o romanceros y los cronistas de aquellos tiempos: siempre procuran destacar las características más elevadas y sublimes, aun entre los propios seres demoniacos.

En las edades remotas de la India, en que no se carecía de erudición propia y refinamientos, los conquistadores cultos, que poseían una elevada civilización, al aludir a las tribus primitivas por ellos conquistadas, constituidas por habitantes de bajo nivel que vivían en la jungla remota y en las montañas, los consideran como monos u osos, seres aborígenes estimados como infrahumanos y parientes o allegados de las bestias salvajes, y no como hombres y mujeres semejantes a ellos.

Es fácil deducir que de una fusión entre antiguas tradiciones y la fantasía se haya podido desarrollar el hecho mítico de la existencia de un *Rakshi* o de un Yeti, e incorporarlo a las historias sobre pretendidas visiones de animales no identificados.

También aquellos conquistadores indios tenían sus sueños y fundadas esperanzas en su pro-

pia forma de civilización, como se manifiesta en los versos finales del *Ramayana*, en que se relata cómo Rama fue restablecido en sus derechos al trono:

«Y esto dicen los sabios antiguos, durante el reinado feliz de Rama:

»Una muerte prematura, es decir, enfermedades, no llegan a sus súbditos varones.

»Las viudas no lloran en su pesar por la pérdida prematura de sus señores.

»Las madres no se lamentan en su angustia por sus pequeñuelos, ¡la aflicción de Yama!

»Ladrones, estafadores y alegres impostores no usarán ya sus palabras embusteras.

»El prójimo ama a su verdadero prójimo, y la gente ama a sus amos.

»Los árboles producen amplios rendimientos en el correr de las estaciones.

»Y la tierra, en una agradable alegría, nunca falla al darnos sus cosechas.

»Las lluvias caen cuando es su época, y nunca vienen los vendavales esterilizadores.

»Y las naciones viven alegres en su antiguo laboreo ancestral.»

El *Ramayana* sugiere no sólo la continuidad en el tema que sustancialmente tiene como fondo el pueblo demoniaco, sino que representa una especie de comedia de moralidad prehistórica: una utopía que aparece mucho antes que sir Thomas More la inventara.

El poema indio es una historia sencilla, con-

memorada en varias partes de la India, en festivales y exhibiciones al aire libre, por lo menos una vez al año. Ha sido interpretado por diferentes escritores, aunque la versión de Valmiki, escrita en sánscrito, es la historia original.

Los principales caracteres de las versiones del *Ramayana* están matizados con arreglo a la localidad en que han sido escritas. En el norte de la India gusta a los lectores que sus héroes sean nobles y buenos, y por ello en aquellas regiones son creados según estos ideales. En otras partes se prefiere más bien el tono marcial o guerrero, por lo que el escritor local se inclina también ante el gusto popular.

Se dan diversas interpretaciones a la expresión «las terribles mujeres rakshas» que vigilaban a Sita en la prisión de Ceilán. La palabra «raksha» tiene varias acepciones, y por nuestra parte entendemos que también es un verbo que significa «proteger, guardar». *Rakshi* es así mismo un nombre masculino que designa a la persona a quien se protege. Existe también la palabra colectiva *Rakasha,* que se utiliza para describrir una horda de demonios. Los rakshas citados en el poema de Rama y Sita son sin duda seres demoniacos que tienen cierta afinidad con el actualmente llamado en Nepal *Rakshi-Yeti.*

Hay otra leyenda india que así mismo tiene afinidad, aunque más remota, con el Yeti. Ésta es el cuento popular del rey que en un entierro crematorio tiene que luchar contra enemigos sim-

bolizados por un fabuloso y locuaz espectro. También en el relato se manifiestan ligeras asociaciones con el sobrenatural Yeti, como elemento desconocido que suscita gran temor.

Hemos hecho amplia mención del *Ramayana* porque en su fondo se manifiestan reveladores ideales y supersticiones, así como una larga y tenue hebra que liga la creencia en formas infrahumanas y extrahumanas con transfiguraciones en animales poderosos.

El temible semihombre, semianimal, y parcialmente figura demoniaca, no es más que una creencia que aparece en el transcurso de los siglos. Proyectado en el panorama de bosques y montañas, el Yeti actualmente hace de nuevo su aparición con el problema de las huellas impresas en la nieve, o en los campos arados, así como en la emisión de aislados silbidos, aullidos o rugidos en la noche, aunque muy raramente se le ha oído en lugares habitados.

Existen multitud de leyendas, y tantas son las que rodean la figura del Abominable Hombre de las Nieves que la objetividad de los testigos queda oscurecida por ellas.

Una historia en la que aparece un ser de forma fabulosa y peluda se relata en el *Mani Kambum,* traducido del tibetano. Describe el origen de este pueblo y refiere cómo un grande y sagrado Boddhisattva llega al Reino de la Felicidad y puede contemplar a Buda. El dios le dice que el reino de la nieve, es decir, el Tibet, no ha sido

iluminado aún con la luz de la verdadera palabra, y le ordena:

— Tú debes reunir a los seres que viven miserablemente en la Residencia Nevada, para llevarlos a un estado de arrebato al recibir la verdad sagrada.

Con este motivo el Boddhisattva se traslada a la cima del monte Potala, donde reina el Venerable Uno, busca a las criaturas que habitan entre la nieve, y comprueba que aquellos seres están ignorantes de la religión de Buda y se hallan sumidos en la oscuridad, lo mismo que si viviesen en la lobreguez de la noche. Son lo mismo que la nieve, que, según una antigua narración, al caer sobre la superficie de un lago ya no puede levantarse y queda para siempre hundida. De igual modo aquellos seres son cada vez más bajos y miserables y van por el camino de la perversidad. Ve que allí no existe para ellos la libertad y que se mueven como si fuesen un apretado cofre de hierro cerrado.

Después llega un rayo de luz que se posa en la palma de su mano derecha, y a continuación se presenta el rey de los monos, el Boddhisattva Hilumandju. El Hombre Sagrado, tratando de conseguir una humanidad mejor en la Residencia Nevada, pregunta al Rey Mono si quiere seguirle en su gran meditación sobre el reino nevado del norte. El Rey Mono le promete que lo hará, y de este modo el Hombre Sagrado puede cumplir con sus elevadas obligaciones, haciendo aceptar al

mono Boddhisattva, mediante juramento, sus explicaciones y sus enseñanzas, así como la manera de cumplir con sus más altos deberes, y de este modo le inculca las doctrinas más profundas de la fe. Como consecuencia, el mono llega a disponer de medios sobrenaturales — como el mono Hanumana que figura en el poema épico de Rama y Sita —. Trasládase el mismo Rey Mono a la Residencia Nevada, se sienta en una gran roca y se sume en una profunda abstracción.

Mucho más tarde se le acerca una ogresa-roca que se enamora de él y le pide que la tome por mujer. Es muy fea, pero su aureola de maga la hace parecer hermosa.

El Rey Mono, en aquel momento profundamente abstraído en su estado sagrado, la rechaza, alegando que Buda le ha asignado la misión de llevar la luz a los seres que viven en la Residencia Nevada, los cuales se arrastran en la oscuridad. Pero ella insiste, amenazando con suicidarse, con lo que su muerte pesará sobre su conciencia y pecará.

El original Hombre Sagrado, el Boddhisattva que había designado al mono por él convertido para que llevase la luz a los habitantes de la nieve y los convirtiera al budismo, aconseja al Rey Mono:

— Cásate con ella. Es muy conveniente. Aunque puede suceder que tú y tu mujer os transforméis en seres humanos. En los días venideros, cuando los hijos de vuestros hijos se hayan mul-

tiplicado en la Residencia Nevada, serán todos seres humanos y la Verdad Sagrada se difundirá entre ellos, lo que será vital para el país.

De este modo se casa el Rey Mono con la ogresa apasionada, y de esta feliz unión nacen muchos hijos. Como su padre es un mono, sus cuerpos están cubiertos de pelos, y como su madre es una ogresa-roca, tienen rabos. Parece que existe una contradicción en la traducción del texto literario, pues aunque el original habla de rabos debe de ser un error, y por ello sin duda en el último pasaje ha desaparecido la mención a «sus atezados rabos». Indudablemente se trata de una evolución desde el estado espantoso de pequeños monstruos al de seres infrahumanos.

La narración, muy detallada, habla de hambres y de muchas tribulaciones, y resalta la sumisión de la ogresa-roca, cuyo aspecto físico mejora junto a su simio marido y a sus innumerables hijos semimonos. Pero todas las desgracias que les suceden sirven para fortalecer su espíritu, en beneficio de una vida mejor y una mayor fe. De este modo aquella extraña familia de monos puede alcanzar la redención, a pesar de su naturaleza salvaje. Sus cuerpos peludos, al crecer y multiplicarse en sucesión de generaciones, los hacen aparecer en las historias como seres medio animales, habitantes del bosque y de las montañas, que poseen mágicos y gigantescos poderes.

De esta historia existen también diversas variantes, como sucede con las distintas versiones

de la odisea de Rama y Sita. Los procedimientos o caminos que siguen las leyendas y las supersticiones son tortuosos, especialmente cuando la religión juega su papel. No obstante, aun donde las informaciones son casi inexistentes, puede encontrarse a través de tales historias algún rasgo, algún indicio, revelado en la forma de un Yeti, Rakshi, Kangmi, o cualquier otro nombre fantástico, según la región de que se trate.

El Hombre Sagrado del budismo se cree que proviene de las representaciones de milagros del Jelep-La, según manifiesta L. A. Waddell en su libro *Among the Himalayas*.

El Hombre Sagrado en cuestión es un lama conocido como santo hechicero, Lo-pon-Rimbooche, que intenta introducir su religión en Sikkim.

Aparecen demasiados monstruos que conspiran contra él. En su peregrinación es sorprendido por algunos demonios hembras ¡que están guisando seres humanos! Desde luego él triunfa. Algunos de los guías de Waddell, en el transcurso de su viaje, le mostraron dos masas de rocas que se suponía habían sostenido la olla de guisar de las hembras, parecidas a ogros.

Los lagos y lomas descritos en este pasaje están de acuerdo con las leyendas del Jelep-La, considerado mansión de espíritus de dragón, sirenas y seres inhumanos o infrahumanos, los cuales aterrorizaban a los poblados poniendo en práctica sutiles tretas para atraer al viajero y destruirle.

En otra parte, en la sección referente a las leyendas, Waddell habla de sus viajes por la zona de Kangchenjunga, en que hay un camino conocido actualmente por «El paso del diablo». Bajo este paso se encuentra una deslucida roca conocida como «La laguna de la tigresa». La leyenda cuenta que antiguamente vivió allí una tigresa, en una cueva junto a la orilla, y esto fue lo que dio nombre a aquel lugar. Pero esta fiera no era un tigre corriente, sino que se trataba de un enemigo que había tomado aquella forma, dedicándose a matar a todos los yacs y a las personas que se acercaban a la laguna, hasta que al fin el lama santo se presentó en escena. Deshizo el hechizo aplicando su propia magia, y después de esto cada transeúnte ponía allí una piedra, que, formando un montón, servía para conmemorar aquella liberación afortunada.

Esta leyenda fue narrada a Waddell ya en el año 1896.

Del mismo modo otras fantásticas leyendas se relatan en nuestros días en toda la extensión del Himalaya, por lo que no ha de sorprendernos la vorágine de fantasías que en algunas comunidades se mezclan aún con sus creencias, de las que sólo el sentido común permite discernir entre la ficción y la realidad.

V

LAS INVESTIGACIONES RUSAS

Las huellas de pisadas sin clasificar, en la nieve y en el suelo, han sido encontradas a distancias muy grandes unas de otras, como la región del Everest, Nepal, Sikkim, Garwhal, Karakorum y la zona superior de Salween, y, sin salir del Tibet, en la región relativamente pequeña y poco visitada del Estado de Bután.

Estas misteriosas huellas se han encontrado también, con variaciones, en diversos puntos de otros continentes. A ellas haremos referencia más adelante.

La demostración de la existencia del Yeti, si así puede considerarse, también se ha hallado en la región montañosa de Asia Central, el Pamir, donde un científico ruso, el doctor A. G. Pronin, que tuvo a su cargo una pequeña partida soviética dedicada a estudios glaciológicos, declaró que había entrevisto a un Hombre de las Nieves. Esto ocurrió recientemente: en el año 1958. Pronin describe a la criatura como un ser grueso, de largos brazos, con el cuerpo cubierto de vellones de pelo rojizo.

En una entrevista declaró el doctor Pronin a un representante del *Komsomol Pravda,* de Leningrado, que había visto una figura recortándose contra un glaciar en la cima de un escarpado de unos quinientos metros de altitud. Al principio creyó que se trataba de un oso; pero después de una más detallada observación se convenció de que no era un oso, sino que tenía forma humana.

El doctor Pronin añadió: «Salía de una cueva a unos doscientos metros de distancia, y pronto desapareció por el borde del acantilado.»

No puede uno menos de preguntarse dónde ocurrió esto y en qué circunstancias. El Abominable Hombre de las Nieves no suele ser visto a tan bajas altitudes.

Después que este informe fue publicado tuvimos en nuestro poder un periódico ruso en el cual figuraba un grabado de la visión huidiza percibida por el doctor. Aquel informe de Pronin originó la organización de una expedición de escalada a los picos del Pamir poco tiempo después.

Los siguientes informes fueron publicados en el *Komsomolskaia Pravda* del 7 de julio de 1958, y fueron redactados por el profesor Porschniev, doctor en Ciencias Naturales. Declara que fue el jefe de la «Comisión para el estudio de la cuestión del Abominable Hombre de las Nieves», que tenía carácter oficial y estaba subordinada a la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

En este informe el profesor Porschniev habla de «leyendas, pero que son posiblemente ciertas».

En el siglo XIII, declara, Plano Carpini estuvo en Mogolia. Este italiano, describiendo sus viajes, dice que hallándose en el gran desierto de Jungari oyó hablar de la existencia de gente salvaje. Esta gente no hablaba casi, y cuando los mogoles los atacaban con flechas se ponían sobre las heridas unas hierbas del país y escapaban tan aprisa que era imposible capturarlos. Se decía que sus guaridas se encontraban en lugares nevados inaccesibles, detalles que figuran también en manuscritos medievales chinos.

El profesor Porschniev manifiesta que parte de aquella información le parece fantástica. Así mismo, muchos exploradores y otros investigadores de la verdad sacaron con facilidad la conclusión de que tales historias eran solamente dichos populares o simples leyendas. Pero en tales relatos hay algunos rasgos demasiado realistas para tratarse de una completa fantasía.

A comienzos del siglo XV un alemán, Johann Schildberger, fue hecho prisionero por los turcos, y más tarde apresado por un conquistador mogol llamado Timur. Después pasó a poder del sucesor de Timur, Chekra, y el alemán fue cedido como una especie de regalo viviente y de utilidad a Edigai, jefe de una región cuyo nombre se traduce como Golden Orda. Schildberger, al cabo de más o menos tiempo, pudo regresar a Alemania, y hablando de sus viajes se refirió a los rumores que había oído sobre cierta «gente salvaje». Describió cómo en unión de Chekra y Edigai viajó

por Siberia y llegó después a las montañas de Altai, en Mogolia. Allí es donde encontró la mayor prueba referente a la «gente salvaje».

«Cruzó las vastas extensiones de Altai, lo que obligó a un recorrido en toda su longitud, con treinta y dos días de viaje aproximadamente. Los habitantes de la región creían que detrás de las montañas existía un desierto — ahora conocido como el desierto de Gobi — que ¡conducía al fin del mundo!», escribe el profesor Porschniev, y continúa: «Personas salvajes vivían en la fortaleza que ofrecían aquellas montañas. Carecían de viviendas permanentes. Sus cuerpos, con excepción de manos y rostros, estaban cubiertos de pelo. Lo mismo que animales, se alimentaban de hojas, hierbas y de todo lo que podían encontrar. El jefe de aquella región se presentó a Edigai acompañado de dos salvajes, un hombre y una mujer, que había capturado en la montaña, así como tres caballos salvajes aprehendidos en aquellos mismos lugares. Aquellos caballos eran de talla aproximada a la de un mono.»

Éste es el primer relato que el repatriado alemán del siglo xv hizo a su regreso, y el profesor Porschniev, continuando en su informe, agrega: «Muchos años más tarde, en 1870, Nicolai M. Prievalski, oficial al servicio del gobierno ruso, hizo algunas exploraciones en regiones adyacentes. Prievalski había oído hablar de los tangutos, una tribu tibetana en cuyo distrito existía una bestia muy rara llamada *Hun-Gouriosku*, nombre que

significa, traducido del dialecto tangutano, «Hombre-Bestia». Tenía rostro de hombre y el cuerpo cubierto de un espeso pelaje, andaba erecto y tenía una fuerza extraordinaria. Poseía grandes garras en las cuatro patas. Sólo ante el simple rumor de que el *Hun-Gouriosku* se acercaba a su poblado, los tangutos abandonaban temerosos el distrito.»

Prievalski se enteró, por unos tibetanos, de que en uno de los monasterios se conservaba la piel de una de aquellas bestias. Pero cuando él la examinó descubrió que se trataba de la piel de un oso pequeño, aunque con un raro colorido. La cabeza y la mayor parte del cuerpo eran casi blancos; los cuartos traseros, más oscuros, y los pies, casi negros. Aquella piel pertenecía, desde luego, a un animal raro, pero de ningún modo al Hombre de las Nieves, ni a la bestia cuyas referencias habían dado los tangutos.

Treinta y cuatro años después otro ruso, B. B. Baradin, tuvo éxito donde Prievalski había fracasado. El hecho ocurrió en el Tibet, en el desierto de Alashan, en un valle llamado Radin Jaran. El lugar se halla un poco más al norte que la región a que hizo referencia Prievalski en su informe. Una tarde, poco antes de la puesta del sol, cuando la caravana en que viajaba Baradin se preparaba para acampar durante la noche, uno de los guías empezó a dar gritos de terror. Todos pudieron ver una figura peluda, cuyo aspecto recordaba en algo el de un mono. La figura

se inclinaba hacia adelante, y sus brazos, al andar, tenían un movimiento pendular. Se encontraba en la cumbre de un montículo de arena y era claramente visible al reflejo de los rayos del sol poniente. Durante breves segundos contempló a los hombres de la caravana, que estaban en un plano inferior; después dio media vuelta y desapareció en las colinas. Baradin pidió a los guías que lo siguieran y capturasen; pero nadie quiso exponerse a excepción de Shirab, un atlético lama procedente de Urga, ciudad de Mogolia. Shirab trató de dar caza a aquel ser, conocido en Mogolia como *Almas*; pero calzado con sus pesadas botas no pudo darle alcance, y Almas se desvaneció rápidamente tras la cresta de las colinas arenosas.

Esta observación de B. B. Baradin provocó vivas discusiones y rumores en los círculos culturales de Rusia, según declara el profesor Porschniev. Pero estas discusiones eran solamente orales, y en el informe de su viaje, publicado en 1908, bajo la presión ejercida por el secretario de la Academia de Ciencias del Zar, S. F. Oldenburg, tuvo Baradin que suprimir el citado relato. La razón para tal silencio fue que había que acallar los rumores y charlas que pudieran ser perniciosos. Por este motivo fue sacrificado el notable hallazgo científico del oficial.

Durante cincuenta años el descubrimiento permaneció olvidado, aunque no por completo. Un científico mogol muy conocido, Z. G. Jamsarano,

había empezado, desde fines del siglo XIX, a reunir información mogola acerca de los relatos sobre Almas.

El informe de Baradin sobre su encuentro con el ser extraño fue meticulosamente estudiado por Jamsarano, así como el del profesor Porschniev, todo lo cual sirvió de base a sus investigaciones.

Durante cuarenta años el profesor Jamsarano reunió datos de procedencia mogola. Los informes provenían principalmente de caravanas o de monjes viajeros que habían cruzado el desierto de Gobi y rodeado el país montañoso.

Todos ellos habían oído hablar a otras gentes sobre Almas, y algunos lo habían visto personalmente. Jamsarano mostró en un mapa los lugares a que hacían referencia los informes. El mapa indicaba también que Almas se encontraba en una situación cada vez más angustiosa, porque la región donde podía moverse se iba reduciendo paulatinamente.

Ya muy convencido Jamsarano del importante hecho científico de la existencia de Almas, organizó una expedición especial de investigación en aquel campo de la ciencia. Pero esta expedición nunca se llevó a efecto, pues el profesor Jamsarano murió antes de poner en marcha la operación. El trabajo de Jamsarano en aquella dirección ha sido ahora continuado por el profesor J. R. Rinchen, doctor en ciencias lingüísticas y uno de los más eminentes científicos de Mogolia, que fue discípulo de aquél.

A continuación damos cuenta de parte de las cartas que el profesor Rinchen escribió al profesor Porschniev:

«Los habitantes del desierto de Gobi son testigos de vista de la existencia de los Almas. Éstos son muy similares a los seres humanos, dicen ellos, pero sus cuerpos están cubiertos de un pelaje rojo oscuro, no muy espeso. La piel es visible a través de los pelos, y éste es un factor que no se da en el caso de verdaderos animales salvajes del desierto. La estatura del Almas es la misma que la de cualquier mogol. La postura es erecta, pero con una ligera inclinación hacia adelante. Anda con las rodillas medio encorvadas. La quijada es poderosa; la frente, pequeña y hundida. Las cejas son encrespadas y destacadas en comparación con las cejas mogolas. Las hembras de la especie poseen grandes glándulas mamarias. Estos seres no saben encender un fuego.»

Uno de los informantes del profesor Rinchen le dijo que su padre, en cierta ocasión en que viajaba por el desierto, hubo de abandonar la caravana y regresar al campamento provisional, donde guardaban algunas provisiones. Al llegar al campamento vio que varios Almas habían tomado posesión del lugar. Habían destruido algunos sacos de provisiones y estaban sentados alrededor de un fuego que los miembros de la caravana dejaron encendido, calentándose del frío crepuscular. Pero no eran lo bastante inteligentes para poder mantener el fuego mediante la

aportación de ramas que allí había. El vino chino, conservado en recipientes de madera, no fue tocado: no conocían aquella clase de bebida. Sin embargo se comieron las frutas secas que pensaban llevar los viajeros a sus hijos a su regreso. Parecían seres inofensivos, pues no efectuaron ningún intento de atacar.

No se da ningún detalle más de este incidente; pero, a juzgar por los datos que anteceden, debió de ocurrir en el siglo pasado.

El fallecido Dorji Mairen, que vivió en el desierto de Gobi y llegó a ser miembro de la Comisión Científica de Mogolia, dijo al profesor Rinchen que en 1937 vio él la piel de un Almas en uno de los monasterios del Gobi.

Aquella piel era utilizada por los lamas como alfombra para el ritual de sus ceremonias. Según la descripción hecha por Dorji Mairen, los pelos eran rojizos y rizados. Habían preparado la piel cortándola a lo largo de la espina dorsal, de modo que el pecho y el rostro quedaron sin tocar. El rostro carecía de pelos. La cara tenía cejas, y de la cabeza colgaban pelos en desorden. Los dedos de las manos y de los pies estaban en buen estado de conservación. Tenía uñas similares a las de los seres humanos.

Aquí el profesor Porschniev hizo la siguiente observación:

«En la breve descripción contenida en este informe, cada palabra está empleada con la autoridad de un antropólogo. Se confirma la visibili-

dad de la piel a través del pelaje del cuerpo. También los testigos de vista habían hecho anteriormente la misma observación. Y este rasgo resalta la diferencia con los demás animales. El orden de los primates incluye no solamente a los monos y simios, sino también al hombre y sus antepasados.

»Las características de caminar de pie y las desarrolladas glándulas mamarias en las hembras indican una intensa diferencia de los Almas con todos los monos existentes, y hace que de un modo definitivo estén más cerca de la constitución humana. Desde hace muchos años la antropología ha establecido, por el examen de huesos fósiles, que el hombre de Neanderthal tiene también una constitución inclinada, largos brazos colgantes, prominente la parte superior de la frente y poderosas mandíbulas. El hombre de Neanderthal se mueve también con una ligera inclinación de rodillas. Puede decirse con seguridad, sin embargo, que ningún antropólogo ha podido influir sobre los profesores Jamsarano y Rinchen, o en sus informantes, en esta coincidencia de características con el hombre primitivo. Dos líneas de hechos independientes concuerdan en investigaciones separadas muy exactamente.

»En 1930 el profesor de una escuela primaria en Gobi Altai, un quirguís de la U.R.S.S., hizo un descubrimiento en el Gobi al encontrar cerca de un campo de pastos el cadáver de un ser humano de mediana edad, o así se lo pareció. La criatura

había encontrado la muerte, asaeteada, en una primitiva trampa. Estas saetas se disponen en un arco oculto que tiene un cordel largo e invisible unido a la trampa. De este modo, cuando un ser descuidado o irreflexivo, o un animal, pisa o toca el cordel, automáticamente sale impulsada la flecha, que mata al intruso. Al acercarse el profesor vio que el cuerpo pertenecía a una hembra joven, peluda en su desnudez, y que tendría unos siete años de edad. Tiempo después el profesor, en una partida de caza con otros quirguises a la puesta del sol, vio cruzar a un hombre desnudo cerca de una colina nevada. Al verlos el hombre huyó con extraordinaria rapidez, sin hacer caso de sus llamadas. También era peludo, y saltaba sobre la nieve agitando los brazos y describiendo arcos.

»"El sol me cegaba — dijo más tarde el profesor quirguís —, pero pude observar que el hombre, que estaba solamente a unos cien metros, tenía un pelaje castaño que resplandecía a la luz del sol poniente."»

Como conclusión de sus consideraciones dice el procesor Porschniev:

«Desde luego es posible considerar separadamente, una y otra vez y con sentido crítico, cada una de estas historias. Pero más importante todavía es el hecho de haber encontrado esos hombres-monos en diferentes regiones montañosas de Asia, separadas por grandes distancias. Esta información procede de personas cultas que, aun-

que muy alejadas unas de otras, coinciden en muchos detalles.

»De esta manera los científicos tienen ahora en sus manos un preciado material de investigación para poder analizar la importancia de los descubrimientos hechos por la ciencia de nuestra patria aproximadamente hace medio siglo.»

Por todo lo cual puede deducirse que H. W. Tilman estaba muy cerca de la verdad cuando a su famoso «Apéndice B» lo subtituló «Antropología o zoología».

Y como cuestión de coincidencia existen los tres incidentes: la narración de Tilman sobre los testigos visuales que en la India, en 1925, posiblemente vieron al Hombre de las Nieves al resplandor del sol; el informe del profesor Porschniev sobre el maestro de escuela quirguís que cinco años más tarde vio también al «hombre peludo» en un contrasol; y, con anterioridad a estos casos, el relato del profesor ruso con la descripción del «hombre peludo» visto al crepúsculo, en un alto de una caravana, y perseguido sin éxito por un lama calzado con botas muy pesadas.

Hay una conclusión, y es que, después de lo manifestado por el profesor Porschniev en 1958, dos años más tarde negaba de un modo rotundo la realidad del Hombre de las Nieves, o el infrahombre, cuya existencia se había probado en el Pamir.

Esto fue revelado cuando el 4 de febrero

de 1960, en el *The Guardian*, Víctor Zorza, redactor en Londres sobre cuestiones rusas, escribió un artículo en que manifestaba la opinión más generalizada en Rusia sobre esta cuestión.

Este ruso desechaba los informes que sobre una supuesta existencia del Hombre de las Nieves habían seguido a la expedición científica al Pamir, patrocinada por la Academia de Ciencias soviética. Con el título de «Adiós al Hombre de las Nieves soviético», Zorza escribía: «El Abominable Hombre de las Nieves ha motivado de nuevo otra expedición científica, pero esta vez se ha echado mano de todos los recursos combinados de que dispone la Academia de Ciencias soviética, la cual también está encargada del desarrollo de los sputniks...»

La expedición soviética, conducida por el profesor Staniukovich, se extendió a lo largo de los montes del Pamir, donde anteriormente se dijo que había sido visto el Hombre de las Nieves, y para asegurar mejor su captura figuraban en su equipo los mejores escaladores, así como botánicos, zoólogos y arqueólogos. Estos últimos tenían la importante misión de descubrir previamente si existía algún refugio de seres humanos en la zona de investigación, porque después de una meticulosa consideración los científicos soviéticos decidieron que si existía el Hombre de las Nieves, debía de habitar donde ningún ser humano podría sobrevivir.

«Si seres humanos hubiesen vivido en aquella

zona — explicó el profesor Staniukovich —, indudablemente habrían alejado a los Hombres de las Nieves o los hubieran exterminado.

»El interés soviético por el Hombre de las Nieves se remonta al año 1958, cuando los científicos rusos estaban convencidos de que uno de sus miembros había visto al ser enigma. Pronin, un científico perteneciente al Instituto Geográfico de la Universidad de Leningrado, regresó de la expedición al Pamir — tras recorrer las más altas montañas que marcan la frontera con China — y dio cuenta de su encuentro con el Abominable Hombre de las Nieves cuando se dedicaban a la monótona tarea de la observación científica en el glaciar Fedchenko. Pronin observó lo que a continuación se describe como un suceso no corriente:

»Le pareció ver una figura de pie en un lado rocoso de la montaña, a unos quinientos metros sobre él. Al principio creyó que era un oso; pero después de recapacitar comprendió que no se trataba de aquel animal, sino de un ser de aspecto humano que no usaba ningún vestido y que se movía ligeramente inclinado, con un cuerpo grueso, cubierto de un pelaje gris rojizo, y largos brazos. El Hombre de las Nieves, que acababa de salir de una cueva, caminó unos doscientos metros y desapareció tras una roca.

»Después de este incidente de Pronin, la prueba base para inquisiciones científicas era fehaciente, y esto, unido a que otra expedición uni-

versitaria regresó también del Pamir con fotografías de huellas de pisadas del Abominable del Himalaya, el Yeti, determinó que científicos soviéticos hicieran averiguaciones con sus colegas chinos para tratar de confirmar lo que hubiera de cierto sobre aquel ser encontrado en el Tibet. Aquéllos lo habían descrito como un animal que andaba a dos patas, con un pelaje castaño o gris y con pelos largos en la cabeza. Su rostro podía situarse entre el de un mono y el de un hombre.

»Se decía que en algunos monasterios del Tibet se guardaban pericráneos y pieles del Mi-Ge, nombre con que era conocido en el lugar, y que utilizaban para ciertos ritos religiosos.

»El profesor Tsin Pen, de la Academia de Ciencias china, pasó a Moscú un informe en que decía que "puede asegurarse que se realizó la captura de un Mi-Ge vivo en la región Choni-syan del Tibet. Esta captura se efectuó por varios perseguidores. Pero unos días después el Mi-Ge se murió. Se le quitó la piel, que se conserva en un templo situado en Hufashendyan".

»El director de uno de los institutos de la Academia de Ciencias china informa que en 1957 un cazador, en la región de Tsin Tsyan Teigur, disparó contra un hombre-oso — la posibilidad de una confusión con otro tipo de oso debe ser descartada —, cuya piel se encuentra actualmente conservada en la ciudad de Kurlya.

»Como resumen de las conclusiones a que llegaron los científicos soviéticos empeñados en este

problema, dice el *Vechernaia Noskva,* publicación que menciona algunos de estos informes: "No hay que considerar este problema como algo deportivo, sino como la necesidad de capturar rápidamente a un ser de este tipo, con objeto de prestar una contribución a la biología." Las experiencias de Pronin y la prueba alentadora de los científicos chinos hace que esta cuestión del hombre enigma pueda en Occidente ser colocada en su verdadero lugar.

»Desde luego existen complicaciones. Hace un año el profesor Hou Vai-lu — uno de los más destacados historiadores chinos — hizo notar que la prensa soviética hacía algunas acertadas distinciones entre unos y otros Hombres de las Nieves. En Sinkiang, en el Tibet y en el Himalaya existían unos seres de apariencia humana, pero tan primitivos que estaban a muy considerable distancia, en plano inferior, al distante antepasado del hombre: el *sinanthropus.* Y muy distinto de éstos era el "hombre salvaje" de las montañas en South Shensi. Miembros de estas especies eran "los descendientes de tribus humanas que, viviendo en la espesura de las montañas desde hace tres mil años, se encontraban en un estado salvaje".

»La vellosidad de sus cuerpos era mucho más pronunciada que la de las personas corrientes, pero esto podía explicarse por el hecho de que ellos vivían desnudos en el frío de las grandes altitudes, carecían de vestimenta, comían frutos

y carne cruda. No hablaban ningún lenguaje. Antiguamente eran cazados, pero ahora raramente son capturados. Los cogen de una manera especial: trozos de tela de color rojo colocados en ciertos lugares atraen su curiosidad. Se aproximan tanto que pueden ser capturados sin causarles daño. Cuatro años antes el profesor Hou había logrado ver uno de estos "hombres salvajes", ya amaestrado.

»En su poder tan preciadas pruebas, la expedición soviética procedió a dividirse en dos secciones en la región del Pamir. La primera, en la primavera de 1958, realizó un reconocimiento general de su zona y radiotelegrafió al cuartel general en la retaguardia: "Misión realizada. Ivanov no ha sido hallado." "Ivanov", como más tarde explicó el profesor Staniukovich, era el nombre clave dado al Hombre de las Nieves: "Elegimos este nombre con objeto de no desasosegar a las personas que no estaban en el secreto."

»A fines de junio la partida principal, auxiliada por dos perros de pastor "entrenados en el Zoo de Moscú para seguir el rastro de los grandes monos", alcanzó la región del Pamir. Durante varios meses subieron y treparon, escudriñando las montañas, algunas veces con peligro para sus vidas. Al fin encontraron algo..., algo que los desilusionó: a una altitud de cuatro mil cien metros hallaron un indicio que, a la luz de sus teorías, hacía inverosímil que el Hombre de las Nieves pudiera vivir en aquella región.

»Se encontraron primeramente algunos pedernales finamente trabajados, y después, gran número de herramientas de las usadas por el hombre primitivo. Halláronse, así mismo, talleres de herramientas y restos de fuego para la forja, lo que venía a probar que se trataba de tribus de cazadores que utilizaban lanzas, arcos y flechas; de seres que habían vivido allí de ocho mil a cinco mil años antes de Jesucristo — "antes de nuestra era", como dicen los rusos —. Se encontraron unos ocho mil objetos identificables, y cuevas en que los cazadores habían vivido, en cuyas paredes había dibujos hechos por hombres del Neolítico: una figura humana, con el aspecto de un avestruz, dos verracos — los cuales no suelen encontrarse en el Pamir — y un yac.

»Pero las investigaciones continuaron, y finalmente alcanzaron la zona en que Pronin había tenido su encuentro con el Hombre de las Nieves, al que vio con sus propios ojos. "Los científicos llegaron a estar convencidos — informa el profesor Staniukovich de un modo riguroso — de que la distancia entre el lugar en que se encontraba Pronin y el sitio donde se le apareció el Hombre de las Nieves era tan grande que resultaba imposible poder discernirlo."

»Otra partida de investigación recorrió en noviembre otra zona semejante, pero sin resultado.

»La expedición duró nueve meses. Puestos ocultos de observación, equipados con anteojos telescópicos y otros instrumentos especiales, fue-

ron colocados en los lugares más propicios. Más de veinte corderos y cabras fueron utilizados como cebos, se colocaron trampas, y otras artimañas fueron dispuestas en treinta lugares. Cazadores experimentados en la caza de leopardos acompañaban a los equipos, que permanecieron más de cien días en sus puestos en espera de la presa.

»Con un "Adiós" al fascinante enigma concluye el profesor Staniukovich su relato: "Adiós al impenetrable Hombre de las Nieves, rey de las alturas y de las nieves. Ha sido una gran lástima no haber podido encontrarlo. ¿Acaso no existe? ¿No está en ninguna parte? Quizá se encuentre en las más remotas montañas de Nepal. ¡Quizá!..."

»Pero el punto de vista del profesor fue considerado en Rusia.»

En la asamblea de autoridades rusas, citada por Zorza, hubo grandes controversias sobre el Abominable Hombre de las Nieves, y al final se declaró la no existencia del ser enigma.

Pero esta negativa colectiva de Rusia sobre la existencia del Hombre de las Nieves está en contradicción con los datos coleccionados y publicados por el profesor Porschniev en 1958.

Para llegar a formar una opinión parece lo más razonable realizar una comparación entre los contradictorios puntos de vista de Rusia en 1958 y 1960.

Es posible que la honda diversidad de opiniones dentro de las filas rusas proceda de discor-

dias profesionales que pueden conducir a argumentos sarcásticos entre científicos y también entre los aficionados del mundo entero.

El gobierno ruso puede hacer que los rumores sobre la visión del Hombre de las Nieves queden encerrados dentro de sus propias fronteras. Puede preferir decir «Niet» a las posibles peticiones de investigadores extranjeros para escalar sus montañas en busca de huellas y visiones, pues lógicamente no querrán exponerse a que otros obtengan un éxito donde ellos han fracasado, ya que resulta evidente que en sus extensas expediciones no pudieron hallar ninguna prueba reveladora.

Sin embargo no hay que excluir la posibilidad de que la especie se encuentre en alguna parte de aquellas vastas selvas, aunque exista una falta de pruebas corpóreas en el Himalaya.

Recientemente ha circulado un informe del profesor Staniukovich, que es una crítica muy satírica del libro escrito por el profesor Porschniev sobre sus estudios acerca de la cuestión aún sin resolver del Abominable Hombre de las Nieves. Es difícil imaginar cómo una persona seria se dedica a tal trabajo, cuya finalidad principal consiste en menospreciar la labor de los demás, considerando sus relatos como insustanciales cuentos.

VI

RASTROS E INFORMACIONES

Alusiones referentes a las huellas de pisadas, motivo de controversias, han sido hechas repetidamente por varios testigos mucho tiempo antes que Eric Shipton obtuviera sus fotografías en 1951, en que se veían claros rastros encontrados en el Himalaya. De vez en cuando han aparecido relatos en libros de viajes, tales como el titulado *Salween*, de Ronald Kaulback, el conocido viajero y escalador.

El tema de su trabajo comprende sus excursiones y escaladas durante un período de varios meses, a partir de abril de 1935, cuando viajó a través de Birmania y entró en el Tibet. En el capítulo IX se relata un incidente relacionado con las huellas.

En Chamda Gompa el río es llamado Gyamo Ngo Chu, cuya traducción al tibetano es la de Salween, que también significa Río Azul de China, porque precisamente antes del invierno el agua tiene un hermoso color azul, y así lo describe Kaulback, en lugar de su barroso color amarillento de la primavera.

«Cerca de La Gen — dice el autor —, a unos

cinco mil metros de altitud, vimos una línea de huellas que corrían por un lado del valle, hacia abajo, en una pendiente increíble, que procedimos a examinar. Desgraciadamente había encima una capa de nieve, lo que hacía que las huellas no fuesen muy claras; pero por su tamaño y forma parecían exactamente las pisadas de un hombre — de varios hombres, mejor dicho, pues eran cinco las líneas de pisadas — con los pies descalzos. Nuestro primer pensamiento fue creer que se trataba de huellas de osos que emigraban de un valle a otro, y esto debía de ser; pero cuatro culis juraron que los osos eran desconocidos en aquel lugar. Dos de ellos se inclinaban a creer que se trataba de leopardos de las nieves, cuyas patas traseras, al caminar lentamente, se superponen en las huellas de las patas anteriores, produciendo una mayor impresión en la nieve. Esto era concebible, aunque yo nunca había oído decir que tales animales se moviesen en grupo.

»Los otros dos culis dijeron que eran las trazas de una partida de Hombres de la Montaña, temibles seres que vivían en las cumbres nevadas. Todos estaban de acuerdo en que existía el Hombre de la Montaña, y el de más edad — de unos cuarenta y cinco años — declaró que él había visto uno hacía algunos años cerca de aquel mismo lugar, cuando, contraviniendo las leyes, intentaba cazar un *bhurral*.

»Describió al ser como semejante al hombre, desnudo y con piel blanca, con largos pelos en

los hombros, brazos y cabeza. Corría a gran velocidad y llevaba un palo. Ni un oso, ni un leopardo de las nieves dio aquella noche, al parecer, una confirmación de su paso, y para mi propia satisfacción hubiese permanecido más tiempo por aquellas inmediaciones para dilucidar de un modo definitivo de qué clase de animal se trataba.»

El enigma continúa. Esta misteriosa criatura que empuña una arma primitiva ¿es una bestia o un ser humano?

Algunas personas concienzudas han reunido y clasificado las diversas denominaciones aplicadas al Yeti o ser sobrenatural. Los nombres anotados son variaciones del término conocido, que primeramente fue *Yeh-Te* o *Yi-Te*. Este registro fue publicado por el doctor Swami Pranavananda en el *Indian Geographical Journal* de julio-septiembre de 1955.

Estos términos son también usados para indicar a un ser mítico, descrito como poseedor de una garganta tan fina como una aguja y un estómago tan grande como una montaña. Aparte ser considerado como un ser temible, agresivo, y un peligro para los escaladores, este monstruo de la imaginación es también un glotón. ¡Difícil de conciliar eso con su especial anatomía! Esto recuerda la insaciable voracidad de los *yahus* de los *Viajes de Gulliver*, que no podían tragar los alimentos bastante aprisa a causa de su garganta pequeña, y que, por contraste, tenían un estómago grande.

Otras descripciones se dan en esta lista. Según el autor, la casi similar palabra *Yeh-Teh,* que se pronuncia con un sutil retorcimiento de lengua, hace referencia a una zona rocosa, o a un animal que vive rodeado de rocas. También existe la palabra *Mi-Go,* que se traduce como «hombre salvaje» y como «bestia que anda como un hombre». Aquí acude a mi memoria el recuerdo de Kipling.

Muchos de tales términos, entre la infinita variedad que figura en el *Indian Geographical Journal,* se refieren a brujos y duendes montañosos, y fueron aplicados por los tibetanos.

El autor termina su informe declarando que a muchos habitantes de las colinas los asusta el *Mi-Te,* y llega a la conclusión de que debe de tratarse del oso rojo — el adjetivo «rojo» denota probablemente a un oso pardo cuya piel tiende al color tostado — y de que los temores de la gente se hallan relacionados con la hechicería.

Las palabras tibetanas, en los dialectos de la región, se pronuncian con tan gran variedad de matices que difícilmente pueden ser identificadas por la mayoría de los europeos.

Esta difícil cuestión de la fonética y la pronunciación nos trae a la memoria un antiguo y clásico trabajo sobre el norte de la India, en el que hemos espigado un gran número de datos que nos han servido de fondo para este libro. El trabajo apareció en *The Himalayan Journals,* redactado por Joseph Dalton Hooker, y fue publicado en 1884 en dos gruesos volúmenes.

Hooker describe cómo en unión de cierto lama que le acompañaba durante sus viajes botánicos y sociológicos, en compañía de porteadores lepchas, ascendieron por un espolón montañoso en que se encontraba, entre árboles, el lago sagrado Catsuperri. Después cuenta cómo el lama arrojó una rupia en el lago mientras invocaba a los espíritus guardianes del país que los rodeaba. Hooker continúa de este modo su narración:

«Casi no necesito decir que esta invocación a los dioses de los bosques y de las aguas no formaba parte de la veneración del lama, pero los lepchas sólo son medio budistas, y en sus corazones temen a los demonios de los bosques, de los lagos, de las nevadas montañas y de los torrentes. El astuto lama se aprovechaba de ello y modificaba sus prácticas religiosas con aquellos requerimientos, contentándose con el formal reconocimiento de la supremacía espiritual de su iglesia. Ésta es una de las más notables muestras de cómo sobre las ideas presentes influyen desde tiempo inmemorial tales invocaciones paganas lepchas hechas a los genios de Kinchinjunga, introduciéndose en las ceremonias y festivales religiosos a través de todo el Sikkim.»

El doctor Hooker refiere en una nota cómo se realizan estas invocaciones actualmente, y escribe:

«En aquella ocasión una invocación a la montaña es cantada por el sacerdote y por la gente, que la corea. Al dirigirse el lama al genio del

Huellas fotografiadas por Eric Shipton
en el glaciar Menlung, en 1951.

(Arriba.) Panorama montañoso cerca del glaciar Menlung, donde fueron halladas las huellas. — *(Abajo.)* Una de las huellas de 1951, comparada con el pico de hielo del doctor Michael Ward.

lago Catsuperri recita algo parecido a lo que sigue:

Kanchin-junga, Pemi Kadup,
Gnetche Tangla, Dursha tember,
Zu jinga Pemsum Serkiem,
Dischze Kubra Kanchin tong.

»Esto me lo escribió el doctor Campbell, que, lo mismo que yo, intentó vanamente encontrarle un significado. Es posible que se trate de una mezcla de tibetano y de lepcha, en una versión corrompida.»

El propio Hooker estaba convencido de la dificultad de traducir los nombres nativos al inglés, y se daba cuenta de la poca persistencia en el deletreo y la pronunciación, y así lo indica en su prefacio al primer volumen de los *Journals*, en que dice:

«En relación con la ortografía de los nombres nativos, después de una animada discusión he adoptado la ortografía que más se asemeja a la pronunciación inglesa de la palabra.»

Teniendo en cuenta las desviaciones de lenguaje, de los mil ochocientos veinte términos que J. B. Fraser recoge en su libro como denominaciones distintas del Abominable Hombre de las Nieves, el más notable es *Bang*. Suena de un modo auténtico, pues Fraser no era un versado naturalista como el doctor Hooker, pero estaba empeñado en lograr una visión clara sobre lo que los visitantes del Himalaya en aquellos tiem-

pos llamaban los «espacios nevados», y él no estaba dispuesto a dejarse llevar por el instinto científico ni por un deliberado espíritu de investigación.

Experiencias directas sobre visiones o sonidos referentes al Hombre de las Nieves aparecen de modo intermitente en periódicos y libros de información como un atisbo de luz en la oscuridad. Pero estas informaciones son en general poco consistentes para aportar una prueba definitiva.

El doctor Hooker entra en el cuadro de descripciones con una que parece tener cierta directa relación con la confusa existencia del Hombre de las Nieves.

En el capítulo XVIII habla de su expedición a Sikkim, a través de River Teesta y las montañas adyacentes y el valle de Rinoong. Escribe:

«Hay un paso en la dirección de Bah que penetra en el Tibet, pero es casi impracticable. Una raza de hombres salvajes llamados *Harrum-Mo* se dice que habitan en la parte superior del valle. Viven en los bosques de un distrito llamado Mund-po, más allá de Bah, en viviendas ocultas. Hablan un lenguaje ininteligible; tienen más pelos en el rostro que los lepchas; no llevan trenzas en la cabeza, sino que se anudan el cabello. Utilizan el arco y las flechas y comen serpientes y sabandijas, que los lepchas no tocan. Tal es lo que yo he oído y que corrientemente se cree en el Sikkim. Historias semejantes suelen referirse en países medio civilizados, y si esto

tiene algún viso de verdad, es posible que se refiera a los chepangs, una raza notable y de afinidad dudosa con los habitantes de los bosques del Nepal.»

Nada permite suponer que el *Harrum* descrito por el doctor Hooker tenga algo que ver con el Abominable Hombre de las Nieves.

A la historia del *Harrum-Mo* de Hooker ha seguido un relato de naturaleza semejante de William Woodville Rockhill. Éste viajó por el Tibet, del que visitó una amplia zona, cruzando una vez el territorio de Mogolia. En 1891 escribió sus experiencias en un libro titulado *Land of the Lamas.* Se trata de un trabajo informativo, con noticias históricas, geográficas y sociales de sus viajes por aquel país, que en su época era una «tierra desconocida» para la casi totalidad del mundo occidental. Hacia el final de su largo segundo capítulo dice:

«Permanecí en Lusar aproximadamente una semana, realizando los últimos preparativos antes de emprender la marcha. Durante aquel tiempo un viejo lama que se dirigía a Lhasa llegó a mi posada procedente de Rewang Gomba, que está a unos cinco días de viaje al sur de Lusar. Describió muy gráficamente el viaje de la caravana de que formaba parte a través de los desiertos del norte del Tibet y los ataques que sufrieron por parte de pequeñas partidas de bandoleros. Varias veces, me dijo, su caravana se encontró con salvajes peludos, con largas cabelleras que

les cubrían el cuerpo como si fuesen capas, e iban desnudos. Se trataba de seres mudos, apenas humanos, que arrojaban piedras a los viajeros, y no hacían más daño porque carecían de armas. Esta historia de los salvajes peludos ya la había yo oído anteriormente y con frecuencia de boca de los tibetanos mientras permanecí en Pekín, y me interesó volver a oír hablar de aquellos seres. Por las muchas cosas que me sucedieron en mi último viaje me he convencido de que lo que vieron los viajeros fueron osos de pie. En el norte del Tibet estos animales son numerosos y grandes, y la gente, que vivía en constante temor de encontrarse con los bandoleros, habría tomado probablemente por tales a unos osos vistos a distancia. Esta opinión viene intensamente fortalecida por las huellas dejadas por las patas traseras de los osos, que son muy parecidas a las de un hombre con los pies descalzos.»

La narración que hace Rockhill en el tercer capítulo de su libro ocurre en Mogolia, donde sostuvo conversaciones con un viajero que le habló de la aparición de otro eslabón dentro del cuadro de los «peludos hombres salvajes».

«Una tarde — escribe — me habló un mogol de un viaje que realizó a los lagos en compañía de un traficante chino que visitaba anualmente a los tibetanos para aprovisionarse de ruibarbo.»

Esta planta crece en regiones despobladas y agrestes del país. Tiene un precio elevado por sus propiedades medicinales. Actualmente se le atri-

buyen ciertas propiedades de naturaleza venenosa.

Continúa Rockhill:

«Ellos habían visto innumerables manadas de yacs y asnos salvajes, antílopes y *géresun-bamburshé*. Este término significa literalmente "hombre salvaje", y mi interlocutor insistía en que estaban cubiertos de pelo largo, permanecían erectos y dejaban huellas como las de los hombres; pero creía que no podían hablar. Después tomó una bola de barro y modeló un *géresun-bamburshé*, que tenía gran parecido con un oso. Para hacer la identificación perfecta manifestó que los chinos, cuando lo veían, gritaban: "Hsiung, hsiung!" ("¡Oso, oso!"), y en tibetano lo denominaban *Dre-mon*.»

Este último término reaparecerá más tarde, cuando hablemos de ciertos acontecimientos relacionados con recientes incidentes.

Volvamos ahora al relato de Rockhill:

«Los mogoles no consideran al oso entre los animales corrientes. Es para ellos como "el eslabón perdido": participa en apariencia de la naturaleza humana, pero tiene los instintos y apetitos de la bestia. El oso, entre los tibetanos, ocupa el lugar del "rey de las bestias"; para ellos es el más terrible de los animales cuando ataca, ¡y comprobado antropófago! Éste es ciertamente el salvaje primitivo del Tibet oriental, el héroe inocente de los muchos relatos que he oído en este país sobre el hombre paleolítico.»

Como resumen de su conversación de aquella

tarde con su compañero mogol, Rockhill hace las siguientes observaciones:

«Prievalski, en 1871, ya tenía una experiencia similar a la mía. Él denomina al animal *Kung Guressu,* o sea, "hombre bestia". Se trata de un término híbrido: la palabra *Kung* es posiblemente el *Hsiung* chino, que designa al oso, y el *Guressu,* en mogol, es *géresun,* que significa "salvaje". Las leyendas relativas a los hombres salvajes de Asia Central tienen cierta semejanza con algunas leyendas procedentes de la Edad Media. El rey Haithon de Armenia, en la narración de sus viajes a las cortes de Batu y Mangu Khans (1254-1255 a. de J. C.), ya habla de hombres salvajes y desnudos que habitaban en el desierto del sudeste del actual Urumtsi. En la *Historia Mongolorum* de Plano Carpini se hace referencia a salvajes incapaces de hablar, impotentes para levantarse si son derribados, etc., y que vivían en la misma región.»

Rockhill, volviendo a su conversación con el mogol viajero, dice que éste, refiriéndose a su compañero de viaje que le había informado sobre los hombres salvajes, observó:

«No cabe duda, sin embargo, de que se trata de un chino inteligente e ilustrado; pero creía que los osos eran unos salvajes primitivos que vivían en las montañas orientales del Tibet.»

Las informaciones de Rockhill de 1891 tienen cierta relación en muchos puntos con las referencias dadas por el profesor Porschniev, de

las que hemos hecho mención en el capítulo anterior, donde se habla de la existencia de seres primitivos en Mogolia — e incluso vistos recientemente, en 1937 —, así como de los nombres y términos similares que sólo tienen pequeñas diferencias fonéticas.

En 1899 el mayor L. A. Waddell, del cuerpo médico del Ejército indio, publicó su libro *Among the Himalayas*, en cuyo capítulo V figuran unos párrafos referentes a las huellas del ser misterioso. Escribe Waddell:

«Algunas grandes huellas de pisadas sobre la nieve encontramos en nuestra ruta, cerca de las crestas más altas. Eran las trazas del hombre salvaje peludo que se creía vivía entre las nieves eternas, junto con el mítico león blanco cuyo rugido es fama que se oye durante las tormentas. La creencia en la existencia de estos seres es general entre los tibetanos. Sin embargo ninguno de los que he interrogado sobre este sujeto ha podido mencionarme un caso fehaciente, y cualquier superficial investigación se derrumba en el acto al saber que dicha existencia sólo se basa en rumores y en "que lo han oído decir".

»Los llamados hombres salvajes peludos son evidentemente osos de la nieve, de pelaje amarillo y tamaño grande (*Ursus isabellinus*), los cuales son muy carnívoros y matan yacs con frecuencia. Aunque la mayoría de los tibetanos saben que estos osos viven en amplias zonas, la atmósfera de superstición que los rodea hace que estén siem-

pre dispuestos a encontrar una explicación extraordinaria y sobrenatural cuando se trata de acontecimientos que creen fuera de lo corriente.»

Waddell investigó a conciencia todo lo relativo a las creencias locales y se persuadió de que las huellas encontradas pertenecían al gran oso amarillo de las nieves.

Sesenta y siete años más tarde aparece de nuevo y entra en escena el Hombre de las Nieves. Esta vez es el coronel C. K. Howard-Bury quien lo menciona en un libro que publicó en 1922, después de la expedición al monte Everest de 1921. El libro se titula *Mount Everest, the Reconnaissance.*

En él refiere un incidente ocurrido a unos siete mil metros de altitud, cuando la partida descubrió lo que parecían huellas humanas, que dieron origen a la agitación del siglo xx por el Hombre de las Nieves. Aquélla fue la ocasión en que el coronel Howard-Bury envió el famoso cable especial que, tomado literalmente, causó sensación.

En 1924 escribió William Montgomery McGovern *To Lhasa in Disguise.* Este explorador desechaba la teoría del oso y sugería la de los monos. En 1926 G. A. Combe escribió *A Tibetan on Tibet.* En este libro se refiere el autor a una cueva cerca de la frontera de Bután, donde él dormía, en la que encontró impresiones de pies muy grandes sobre la nieve. Los lugareños decían que eran las huellas de un *Migo,* palabra que designa al «hom-

bre salvaje». Combe, escépticamente, atribuyó aquellas huellas a las pisadas de un gorila; pero esta suposición parece absurda, ya que las especies del gorila actualmente sólo están asociadas con África Ecuatorial.

Más tarde, en 1929, fue Smythe el que destruyó todas las otras teorías declarando categóricamente que se trataba... de un oso.

Smythe se afirmó rotundamente en esta conclusión, que los zoólogos aceptaron con satisfacción creyendo que estaba todo resuelto, por lo menos superficialmente. Al misterio había dado lugar simplemente una especie del *ubiquitous Bruin.* Con este motivo hubo un cambio de correspondencia entre Smythe y H. W. Tilman.

En 1937 tuvo lugar la Expedición Shaksgam, de Eric Shipton, M. Spender y H. W. Tilman.

Shipton publicó como consecuencia su libro *Blank on the Map,* en cuyo capítulo XVI, titulado «Leyendas contadas por H. W. Tilman», éste menciona los descubrimientos de huellas que, según declararon los sherpas, pertenecían al Hombre de las Nieves. Eric Shipton estuvo de acuerdo en que no podían haber sido impresas por ningún oso. Tilman concluye así su informe:

«No tengo ninguna explicación que ofrecer, y, respetando una antigua tradición, prefiero guardar silencio.»

En 1939 tuvo lugar una nueva expedición al Karakorum, organizada por Eric Shipton con objeto de completar los datos geográficos de la

Expedición Shaksgam. Entre los miembros de la partida figuraba el doctor Scott Russell, que ya tenía la práctica de sus expediciones a Nueva Zelanda, Alpes suizos y Kenya. En su calidad de botánico, Scott Russell escribió un libro sobre la expedición al Karakorum, titulado *Mountain Prospect*, que fue publicado en 1946. Hay en él varias noticias interesantes para la investigación sobre el Yeti. El autor sacó fotografías de huellas y reunió muestras de excrementos y vegetales. Su conclusión fue que se trataba de... un oso.

Ésta fue también la opinión de T. G. Longstaff, publicada en la revista *Himalayan Journal* (XIV, 1947), en la que se hacía referencia al libro del doctor Scott Russell.

Las muestras traídas por el doctor Scott Russell fueron obtenidas gracias a la experiencia de Raymond Lambert, el famoso guía suizo de Ginebra, que tomó parte en las dos expediciones suizas al Everest en 1952.

Durante una de las expediciones obtuvo Lambert en la región de Namche Bazaar, y también en Sola Khumbu, mechones de pelos de animal o de lo que fuese. Eran de color rojizo. Analizado el pelo, no resultó pertenecer a ningún animal conocido. ¡Quizás entre los lugareños de Namche Bazaar exista la sospecha de que procedían del cuero cabelludo de un Yeti!

VII

HENRY ELWES Y EL HOMBRE DE LAS NIEVES

Algunas de las informaciones reunidas parecerán fantásticas, pero otras son muy razonables.

Nos hemos enterado de ciertos hechos, que nos fueron referidos por una persona que estuvo durante muchos años en el Servicio Civil de la India. Las fechas de los sucesos no pueden ser comprobadas, pero posiblemente tuvieron lugar a fines del siglo pasado.

Este individuo y un compañero, un día que estaban libres de servicio, realizaron una excursión por cierta zona montañosa cercana a donde se hallaban acantonados. Estaban cogiendo bayas en un espeso bosquecillo, cerca de las crestas de las colinas que dominaban a unas profundas barrancadas, cuando observaron, muy lejos y por debajo de ellos, en una zona desierta, lo que a ellos les pareció un enorme mono tumbado al sol encima de una gran roca plana, mientras que un grupo de animales más pequeños, pero de la misma especie, jugaban a su alrededor.

Su primer pensamiento fue que se trataba de un gorila — error cometido por otros varios observadores y en otras circunstancias —, pero más

tarde comprendieron que se encontraban en presencia de una especie desconocida.

Cuando dieron cuenta del incidente, todos lo tomaron a broma. Nadie quería creerlos, y se les respondió: «Ya será algo menos.»

Actualmente no es posible dar el nombre del lugar ni el del empleado del Servicio Civil, que es de suponer que ya habrá muerto hace tiempo; pero desde luego entre el montón de documentos figura la referencia mencionada, aunque parece ciertamente fantástica. La razón de que esta historia nunca haya circulado en pasados años obedeció a que el empleado del Servicio Civil fue objeto de grandes burlas y tratado de inculto por su «fantasía», lo que hizo que guardara silencio para siempre.

La descripción precedente, de escasa importancia, solamente puede contribuir como un fragmento legendario al confuso cuadro de la historia del Yeti.

De probar algo demostraría que existe una gran abundancia de historias dispersas y sin confirmación, que no constituyen una verdadera evidencia. No se encuentra nada aprovechable.

El simple hecho de hojear este gran montón de papeles y documentos que nos abruma nos hace recordar el caso de Henry Elwes.

Este botánico himalayo y explorador nació a fines del siglo pasado. Miembro de la Real Sociedad Zoológica, su interés por toda la historia natural era enorme. Descubrió la gigantesca cam-

panilla blanca que más tarde fue denominada *Campanilla blanca elwesi.* Realizó minuciosas búsquedas entre la fauna y la flora. Así mismo agudo entomólogo, pronunció una conferencia en la Sociedad Entomológica en 1894. Cuando leímos detenidamente el pliego en que figuraba escrita su conferencia intentamos encontrar alguna referencia a nuestra cuestión; pero entre los informes sobre mariposas y polillas, y sus costumbres y emigraciones, nada pudimos hallar. No esperábamos gran cosa, desde luego, sobre todo tratándose de páginas medio comidas por la polilla, en que a menudo faltaban fragmentos.

Sin embargo persistía una historia de su estancia en el Himalaya en 1906, sobre la cual hizo un croquis y escribió unas interesantes notas. Los antecedentes se habían perdido, posiblemente en la misma gran biblioteca de su casa familiar, Colesbourne House, en el Cotswolds, la cual estaba restaurando su bisnieto E. D. Elwes cuando empezamos nuestra investigación sobre el Yeti.

E. D. Elwes nos prestó su colaboración para tratar de encontrar las notas desaparecidas, así como los dibujos, aunque varias personas habían ido ya a la caza de aquellos papeles antes que nosotros. Definitivamente los datos no se encontraron en Colesbourne House, ni nadie parecía saber lo que había sucedido con ellos.

¿Existen realmente estos datos? Lo dudamos. Posiblemente su existencia es una leyenda, si como leyenda se considera el hecho de que alguien

de buena fe propalase erróneamente, hace muchos años, la idea de que Henry Elwes estuvo absorbido durante cierto tiempo con el problema del misterio del Abominable Hombre de las Nieves.

El 27 de abril de 1915, cuando pronunció Elwes su conferencia en la Sociedad Zoológica de Londres, leyó el extracto de una carta que había recibido de J. R. P. Gent, oficial forestal de la región de Darjeeling, en que se mencionaba la posible existencia en Sikkim de un gran mono desconocido para la ciencia. La carta declaraba:

«He descubierto la existencia de otro animal que no puedo precisar, un gorila o mono quizás —en el supuesto de que hubiese esta clase de monos en la India—. Se trata de una bestia de gran estatura que solamente baja a Phalut con tiempo frío. Está cubierto de largos pelos, con cara también peluda, generalmente en un tono gris amarillento, como el color del mono de Bengala. Marcha a cuatro patas, aunque creo que también puede trepar.

»El rasgo peculiar consiste en que las huellas de su pisada son de cuarenta y cinco a sesenta centímetros de largo, y las puntas de los dedos van en dirección contraria al movimiento. El ancho de la pisada es de unos quince centímetros, y parece como si al andar se apoyase en las rodillas y tibias en lugar de la planta de los pies. Es conocido como el *Jungli admi*, o *sogpa*. Uno de ellos llegó a preocupar a varios culis que trabajaban en un bosque bajo de Phalut, en diciembre,

y se asustaron tanto que no querían continuar el trabajo. Yo traté de ver a la bestia, pero antes de llegar a su cercanía el guardabosque la asustó, blandiendo una pistola, y escapó. Un viejo *choukidar* de Phalut me dijo que con frecuencia había visto por allí a tales animales, y nos confirmó las dimensiones de las huellas.

»Es algo de que ningún inglés ha oído hablar, pero los nativos de las aldeas de gran altitud saben de estas cosas. Todo lo que puedo decir es *que no se trata del langur de Nepal*; pero encargué a la gente que me proporcionase información, para hacer uso de ella en mi próximo viaje.»

Si Henry Elwes hubiese visto y hecho un dibujo del Yeti en el año 1906, es seguro que lo habría mencionado en su conferencia.

Años más tarde su descendiente estaba también interesado en la investigación, y cuando en 1921 se habló de los informes sobre las huellas misteriosas halladas en la nieve del Himalaya, él escribió a *The Times* y facilitó alguna información sobre el Yeti, basada en las que había obtenido de viva voz cuando viajaba por la frontera nepalesa de Sikkim en 1914, y en 1915 dio a conocer la carta de Gent.

La referencia a las puntas de los pies del animal misterioso, que dejaban huellas en dirección contraria al avance, y a su posible andar apoyado en las rodillas y espinillas, parece que se trata de una ramificación muy sospechosa de las descripciones fantasiosas salidas de las altas aldeas del

Himalaya. Esta curiosa particularidad física tal vez se deba a un arrebato de la imaginación, pues las pruebas de años más recientes niegan esta peculiaridad del Yeti en movimiento.

La carta de Elwes a la prensa tuvo sus réplicas. Y estas cartas, combinadas con la de Gent de 1915 y la entrevista con Knight, hicieron que el mito del «Yeti Elwes» siguiese prosperando.

En *The Times* del 3 de noviembre de 1921, año de la primera exploración del monte Everest, se publicó la carta de Elwes que reproducimos a continuación:

«El Abominable Hombre de las Nieves. Enseñanzas de un viajero.

»Al editor de *The Times*.

»Sir: Sir Douglas Freshfield ha tenido mejores oportunidades que la mayoría de la gente para confirmar o explicar la creencia reinante entre los habitantes de los valles altos de Sikkim sobre la existencia del "Hombre Salvaje". Me cuesta trabajo creer que las huellas sobre la nieve vistas por algunos miembros de la expedición al Everest, y que han sido mencionadas en un telegrama, tengan nada que ver con las de verdaderos seres humanos.

»Cuando estuve viajando por los bosques de la frontera de Nepal con el Sikkim inglés, en marzo de 1914, con el señor Gent, oficial forestal del distrito de Darjeeling, éste me dijo que los culis empleados por él para la tala en la jungla

y trazado de caminos a alturas de dos mil quinientos a tres mil metros, en más de una ocasión dejaban el trabajo al creer ver al Hombre Salvaje. Yo no pude entrevistarme con las personas que afirmaban haberlo visto, pero pedí al señor Gent que hiciera algunas averiguaciones; y él, que es un buen *shikari*, habría podido distinguir muy bien las huellas de un oso de las de un ser humano. Por mi parte pensé que se trataba tal vez de las huellas de un gran mono langur, que suelen encontrarse en Sikkim de los tres mil a los tres mil quinientos metros de elevación, y que pueden ser confundidas con las huellas humanas.

»Pero la guerra puso fin a todo esto, así como a otras muchas investigaciones científicas, y deberemos esperar el regreso de la expedición para obtener una información más concreta que la que actualmente poseemos.

H. J. ELWES.»

A continuación William Knight, miembro del Club de las Reales Sociedades, envió un comunicado a *The Times* en que recordaba una entrevista mantenida con un redactor de aquel diario algunos años antes, cuando él tuvo ocasión de observar detenidamente una extraña figura, que muy bien podía tratarse del Abominable Hombre de las Nieves del que hablaban algunos miembros de la expedición al monte Everest. Knight decía:

«Poco tiempo antes de la última guerra tibe-

tana, regresaba yo con otros europeos, un guía tibetano y nuestro séquito: unos cuarenta o sesenta culis. Seguíamos la ruta descendente que conduce de Gnatong a Sedonchen. Pensábamos haber ido por la pista elevada de Gangtok; pero Tensing Wagdi, nuestro guía, dijo a los culis que no fuesen por allí a causa de las sanguijuelas. Seguimos, pues, el camino bajo que ásperamente sigue el contorno del río. Cuando nos encontramos cerca de Gangtok tuvimos que subir una gran pendiente. Mi compañero iba delante con los culis, y yo iba una media milla detrás.

»Me detuve para que descansara mi caballo en un claro del bosque, desmonté, aflojé las riendas y observé el sol, que se estaba poniendo. Mientras meditaba oí un ligero ruido. Miré a mi alrededor, y a unos quince o veinte pasos de distancia vi una figura que supuse sería uno de los hombres peludos de los cuales hablaban algunos culis de la expedición, a los que denominaban "el Abominable Hombre de las Nieves".

»Por lo que puedo recordar, tenía una estatura de cerca de dos metros e iba casi desnudo a pesar del intenso frío — era el mes de noviembre —. Tenía un color amarillo pálido, como el de los chinos, y de su cabeza surgía una gran mata de pelo. Tenía pocos pelos en el rostro. Pies muy planos, y unas manos formidablemente grandes. Su contextura muscular, en brazos, muslos, piernas y pecho, era terrible. Llevaba en la mano lo que parecía un arco de forma primitiva. No

me vio, y permaneció allí. Le observé durante unos cinco o seis minutos. Al parecer vigilaba a algún hombre o animal abajo en la ladera de la colina, y quedé impresionado al ver la tremenda rapidez con que se movía.

»Puedo recordar que mencioné el hecho durante la comida en Gurkha aquella noche, y a Claude White cuando le vi en la residencia a la mañana siguiente, pero no recuerdo más de la cuestión. No volví a recordar este incidente hasta que leí lo relativo a las huellas halladas sobre la nieve por la expedición al Everest.»

La mención de la figura que sostenía en la mano un arco primitivo concuerda con la historia sherpa del encuentro con un Hombre de las Nieves narrada en el libro *Salween* de Ronald Kaulback, ya mencionado, y también coincide con el *Harrum-Mo* de Hooker.

La carta de Henry Elwes y la entrevista con Knight que menciona *The Times* no han pasado sin discusión.

El 5 de noviembre publicaba *The Times* el siguiente comunicado:

«Sir: He estado acampado durante diez años por todas las partes del Sikkim. El señor Gent es mi amigo personal, como lo fue el fallecido señor Claude White. También estuve en otros lugares descritos por el señor Knight, y nunca he visto ni oído hablar de ningún hombre salvaje, aunque sí de ciertos tibetanos o lepchas semides-

nudos y vagabundos. Las marcas sobre la nieve son hechas por el gran oso rojo del Himalaya.

»Su afectísimo

E. SIMMONS.

»Richmond Golf Club. Sudbrook Park, Petersham, Surrey.»

La carta que sigue fue enviada antes que se publicara la de Elwes y la entrevista de Knight, cuando el interés sobre esta cuestión había aumentado con las misteriosas huellas encontradas por la expedición al Everest. Dice así:

«Sir: Mientras se consideran las posibilidades de admitir con algún fundamento las creencias que existen entre los nativos, probablemente sus lectores creen que se trata de fantasías de cazadores, y lo más seguro es que tales impresiones de pisadas sean las de un oso, cuya huella de las patas posteriores tiene semejanza con la del pie humano.

»Su afectísimo y seguro servidor

AUBYN TREVOIR BATTYE.

»Ashford Chase, Petersfield, Hants.»

Durante los últimos años ha continuado esta enconada controversia, con publicación de cartas, sobre el Abominable Hombre de las Nieves.

VIII

TEORÍAS Y CUEROS CABELLUDOS

Varias teorías, algunas factibles y otras muy raras, aparecen de modo intermitente desde 1921.

De forma esporádica «brotan» soluciones durante los últimos diez o quince años. Entre las más extrañas figura la teoría de que las pisadas en la nieve son causadas por condiciones atmosféricas desiguales, en que a temperaturas muy frías siguen corrientes de aire caliente que, introduciéndose por las capas inferiores de la atmósfera, causan variables impresiones húmedas que se convierten en agua, como cuando se tiran piedras contra la nieve.

Esta explicación fue rechazada por peritos glaciólogos, que dijeron que estando la atmósfera en las condiciones supuestas podrían a veces producirse huecos, pero éstos aparecerían desparramados al azar y no en forma de un rastro regular como el que dejan los seres vivos al caminar sobre la nieve.

Además tales huecos no tendrían la forma de pisadas, como muy claramente se muestra en las fotografías obtenidas de las huellas.

Otra solución procede de Henry Newman, de quien ya se ha hablado, que interrogó a algunos porteadores de la expedición al Everest en 1921, a su regreso de la montaña.

Poco después del año 1921 vuelve el interés por las huellas misteriosas, y Newman sugiere que los seres misteriosos pueden ser ciertos ascetas del Himalaya que viven retirados en cuevas casi inaccesibles de las montañas para meditar, y que ayunan y van semidesnudos con objeto de alcanzar altos poderes espirituales.

Maurice Wilson, un inglés que tenía similares creencias místicas y el tesón preciso para soportar cualquier privación, intentó en 1934 lo que para él representaba la mayor prueba: alcanzar solo la cima del Everest.

Encontró la muerte, después de grandes penalidades, en aquella proeza imposible; pero tuvo la satisfacción espiritual de contemplar el Everest. Este hecho es de todos conocido.

Eric Shipton descubrió su cadáver un trecho más arriba del monasterio de Rongbuck, en un glaciar, durante un reconocimiento efectuado por la expedición de 1935.

El descubrimiento del cadáver, encontrado en una grieta profunda, se describe en el libro de Shipton *Upon that mountain*, donde informa de cómo el cadáver fue inmediatamente envuelto en nieve y enterrado.

En relación con este hecho puede ser de interés mencionar que una expedición china al Eve-

rest, a principios del verano de 1960, informó de que encontraron al descubierto el cadáver de un hombre, sin duda muerto por un desprendimiento de nieve. Restos de vestiduras que parecían de origen inglés lo envolvían. El lugar en que fue encontrado el cuerpo hizo conjeturar si se trataría de los restos de Maurice Wilson.

Volviendo a la teoría de Newman sobre las huellas y visiones, éste sugirió que tal vez algunos de los «Hombres Sagrados» de las colinas, vistos a distancia en las altas cumbres, mientras dirigían miradas contemplativas a la lejanía, podían haber sido tomados por Hombres de las Nieves.

H. W. Tilman, en el «Apéndice B» de su libro *Mount Everest, 1938*, se muestra escéptico. Su opinión es que la mayoría de los ascetas, de mirada brillante y sucios, no tienen los mismos deseos de remontarse a las cumbres nevadas que los montañeses occidentales. Cree que tales místicos sin vestir prefieren el retiro en cuevas que, aunque poco confortables, les permiten rezar y dedicarse al éxtasis contemplativo con mayor comodidad, y donde reciben de vez en cuando donativos alimenticios de los pacientes y admiradores vagabundos.

La opinión de Newman, expuesta hace unos cuarenta años, fue compartida por Franz Eichinger, un doctor misionero alemán de cuarenta y nueve años que trabajó durante algún tiempo en las tierras montañosas de la frontera entre China

y el Tibet. El padre Eichinger, que ahora vive en el seminario católico de Ingoldstadt, en Baviera, expresó su opinión a George Vine, corresponsal del *News Chronicle*. El hecho relatado por el misionero alemán había tenido lugar unos cuatro años antes.

Vine publicó su entrevista con el misionero en el *News Chronicle* del 28 de enero de 1959, en unión de fotografías de un asceta de la nieve.

El religioso alemán creía también que el Abominable Hombre de las Nieves de las leyendas era simplemente un místico religioso y solitario de los que viven en cuevas en las montañas tibetanas, que vagabundean sin vestiduras entre las altas nieves y solamente se cubren con una especie de túnica china, o capa, en las raras ocasiones en que visitan una tribu. No encienden fuegos, aun cuando se dan temperaturas hasta de cuarenta grados bajo cero, y no tienen nada de su propiedad. No se alimentan más que de bayas y raíces.

Según Eichinger, entre los nómadas del Tibet estos ascetas tienen mucha fama como curanderos y magos.

El misionero alemán contó a Vine cómo él encontró a uno de aquellos extraños hombres y le fotografió.

No había salido en su busca, dijo el alemán, sino que le encontró casualmente en una de sus propias expediciones misioneras médicas. Esto ocurrió en la lejana provincia oriental de Ching-

hai, entre la frontera tibetana y el lago Kukonor. Son tibetanos y viven en las montañas a alturas entre los tres mil quinientos y los siete mil metros. Están divididos en tribus, y son unas mil familias. Eichinger acampó en las tiendas negras de los nómadas de Schawrong.

Aquella gente hablaba del Hombre de las Nieves, pero no como si se tratase de espíritus misteriosos o de semianimales sin clasificar. Sin embargo sentían cierto temor de que aquél pudiera ejercer su poder contra ellos sin necesidad.

En un crudo y gélido día de noviembre el misionero alemán encontró a uno de aquellos misteriosos Hombres de las Nieves. Eichinger y sus huéspedes usaban gruesas pieles, ya que por la noche había temperaturas de veintidós grados bajo cero, y de día, poco más arriba del punto de congelación.

Sin preámbulo, de repente y silenciosamente, el Hombre de las Nieves se encontró entre ellos. Era una notable criatura, de largo pelo enmarañado y rasgos mogólicos. Andaba descalzo, y sólo se cubría con una túnica china que le colgaba de los hombros.

Cuando Eichinger preguntó a sus huéspedes sobre él, sus compañeros nómadas, siempre muy comunicativos, de repente quedaron como mudos. Después el misionero les pidió que convencieran al forastero para que se dejase fotografiar por él. Pero ellos no accedieron, presentando toda clase de excusas.

Al día siguiente, habiendo visto que Eichinger atendía a los chicos en sus enfermedades y dolores, y enterado de que era médico, el forastero se descongeló lo bastante como para confiarle que él era también curandero, y le pidió alguna medicina contra las lombrices.

Eichinger accedió a darle la medicina, pero a cambio de que se dejara fotografiar. Los de la tribu le encarecieron que obrara rápidamente, pues estaban seguros de que el forastero desaparecería tan repentinamente como había venido, sin decir una palabra, en la nieve y en la niebla.

Pero Eichinger fue paciente y precavido.

El tiempo era malo, con una cerrazón de nubes sombrías. Aproximadamente a la una de la tarde calculó que la claridad sería suficiente para sacar una foto y fue a la tienda que ocupaba el forastero. El hombre estaba arrodillado en el suelo helado, con el viento soplando violentamente a través de la hendidura de la tienda. No tenía mantas ni nada cubría el gélido suelo. Allí había una heterogénea colección de objetos: una tetera, una taza, una águila muerta, un taburete roto y la figura en yeso de una mujer. Cuando el misionero le dirigió la palabra no obtuvo respuesta; incluso pareció que no le había oído. El jefe de la tribu aconsejó a Eichinger que no le molestase mientras se hallaba en «trance».

Eichinger esperó junto a la tienda hasta las tres de la tarde. Entonces miró de nuevo al interior y vio al extraño Hombre de las Nieves en

la misma exacta posición, totalmente inconsciente a la vida y a cuanto le rodeaba. Poco antes de las cuatro salió a la puerta de la tienda. Estaba como desconcertado. En principio no consintió que le fotografiara con los ojos abiertos: temía que la cámara le robara la vista, con lo que perdería sus mágicos poderes. Dijo que sus ojos eran solamente para «mirar al cielo y para dirigir la vista a la humanidad doliente».

Solamente en una segunda exposición le pudo coger el padre Eichinger medio inconsciente y con un ojo parcialmente abierto.

El religioso declaró que «aquellos ojos mostraban simpatía, viveza y amabilidad».

Preguntó al místico qué le sucedería cuando se muriese y quién le enterraría, a lo que respondió que aquélla era una pregunta estúpida. Dijo que las águilas comerían su cuerpo, y que había una clase de ellas que recogían los huesos humanos y los arrojaban desde gran altura sobre terrenos pedregosos. Al romperse los huesos las águilas devoraban el tuétano.

El padre Eichinger dijo a George Vine que había siete zonas en el Tibet donde podía encontrarse a tales ascetas.

Él juzgaba que no serían más de treinta o cuarenta, y que habían descubierto el medio de resistir al frío y a las privaciones.

No eran aborígenes, sino místicos profundamente religiosos que de un modo deliberado eligieron pasar su vida en la forma más simplista

de la naturaleza. Viajaban continuamente, y cada uno tenía su «parroquia», que con frecuencia cubría un radio de muchas millas, con unos límites elásticos, ya que los feligreses eran también nómadas en su mayoría.

La desnudez los había endurecido contra el frío.

El religioso contó a Vine que había encontrado al eremita bien alimentado y sano, sin ninguna muestra de reumatismo. Este aspecto físico de bienestar parece algo chocante después de la descripción hecha por el alemán misionero sobre su dieta de bayas y raíces. Tal vez aquellos ascetas hubiesen descubierto el secreto de una adecuada nutrición. También es posible que la cantidad de carne que rodeaba los huesos de tan extraños hombres dependiera de los regalos alimenticios de sus agradecidos feligreses, de acuerdo con los éxitos de sus curaciones.

Este místico especial había sido en otro tiempo miembro de una tribu, que abandonó a la edad de trece años, sin notificárselo ni siquiera a sus padres. Desde que el padre Eichinger le vio hasta que hizo sus confidencias a George Vine habían pasado cinco años. El ermitaño tendría poco más de treinta años por aquel entonces.

Vine inquirió acerca de las huellas sobre la nieve que indujeron a los viajeros a creer que habían encontrado una prueba sobre la existencia del Hombre de las Nieves. El religioso creía que aquellas huellas que habían contribuido a que

los exploradores hicieran conjeturas sobre la existencia de un hombre semihumano y semianimal eran debidas a aquellos lamas que andaban desnudos. Las huellas estaban distorsionadas y agrandadas por la fusión de la nieve al calor del sol. Él mismo había visto trazas profundas en la nieve a unos cuatro mil quinientos metros de altitud.

Aunque no haya ninguna razón para dudar del encuentro con el místico tibetano, tal encuentro, sin embargo, no soluciona el enigma del Abominable Hombre de las Nieves. Solamente es una «solución más», aportada de buena fe por Franz Eichinger.

Pero estas explicaciones resultan con frecuencia más increíbles de lo que sería el hecho de tratarse de una especie desconocida de antropoides todavía existente, o de los supervivientes de una rara mutación dentro de la familia de los osos.

Que los viajeros del mundo occidental puedan, a distancia, confundir un místico desnudo y peludo con alguna forma irreconocible de una fiera está dentro de los límites de la posibilidad; pero es increíble que tal equivocación pueda darse entre los sherpas y otros habitantes montañeses, que han presentado pruebas patentes de sus visiones, completamente diferentes de los extravagantes relatos que de un modo novelesco se han urdido para satisfacer a los visitantes.

Hace años, en 1937, en un paso nevado a cinco mil quinientos metros de altura, en Garhwal, en el Himalaya central, el ya fallecido F. S. Smythe,

acompañado por dos sherpas, se encontró «con las impresiones de un pie grande, aparentemente de un ser bípedo». Al ser interrogados, los sherpas declararon, probablemente para agradar a su patrón, que eran aquéllas unas pisadas del Hombre de las Nieves, y más tarde, con la misma desfachatez, no dudaron en firmar un documento ratificándose en su creencia.

Entretanto Smythe medía y fotografiaba las huellas.

Las fotografías fueron sometidas al examen pericial de varios zoólogos, que declararon que aquellas huellas podían ser muy bien las de un oso, aunque hubo fuertes discusiones respecto a qué especie de oso.

Smythe escribió un artículo en *The Times*, donde manifestaba que las misteriosas huellas del Himalaya encontradas sobre la nieve podían ser de un oso, y que «aquella superstición del Himalaya quedaba ahora explicada, para todos los efectos, a los europeos».

Pero aquellos sherpas sabían distinguir las huellas de los osos de otras diferentes, y sus réplicas a la opinión rotunda de F. S. Smythe contribuyeron a acrecentar el misterio, ya que su experiencia era bien reconocida por los europeos.

A la declaración de Smythe siguió un nuevo cambio de cartas sobre el Hombre de las Nieves en *The Times*. Algunas aparecieron firmadas con el seudónimo de «Balu», que significa «Oso». Otras las firmaba «Un deportista extranjero».

Eran muy divertidas. El del último seudónimo rogaba a «Balu» que tomase parte en una discusión zoológica, y terminaba con una cita de Kipling: «El oso camina lo mismo que un hombre.»

De este modo el Hombre de las Nieves parecía definitivamente enterrado. Al parecer existía gran unanimidad en todos los periódicos para dictaminar de modo definitivo acerca de la naturaleza de las especies causantes de las huellas.

Aquel seudónimo «Un deportista extranjero» había sido el calificativo que Tilman y Shipton dieron al sherpa Sen Tensing, porque al comienzo de una de sus expediciones este valioso compañero se presentó con un estupendo atuendo montañero, del que nunca se desprendía, ni aun en la base.

Esto nos hace sospechar que aquellas zumbonas y mordaces cartas que aparecieron en la prensa, cambiadas entre «Balu» y «Un deportista extranjero», procedían de la misma mano: la del incorregible Tilman, que se divertía con aquella broma de anónimos.

Existe un informe sobre el Yeti que, como burla de un bromista desconocido, nos parece digna de mención. En 1948 circuló la historia de dos viajeros noruegos llamados Thorberg y Frostis — ¡nombres que parecen tener relación con alguna región! —, que declararon haber sido atacados por un gran animal parecido a un mono, al que hicieron huir. Esto podría sin duda ser posible, pero hay algo raro. Frostis dice que fue

El jefe lama de Kumjung muestra el pericráneo de un Yeti, con su cabellera: el mismo ejemplar que prestó a sir Edmund Hillary y que éste exhibió en Estados Unides, Francia y Gran Bretaña en 1960.

El cuero cabelludo de Pangboche, del que se mandaron pelos a Gran Bretaña para un examen científico.

(Arriba.) El mono langur en la exposición que tuvo lugar en el Museo de Historia Natural de Londres en 1951. — *(Abajo.)* Huellas dejadas por el mono langur.

herido por el animal en un hombro, y Thorberg disparó a la fiera, que huyó. Más tarde se descubrió que nadie se había encontrado con los dos escandinavos, ni, como afirmaban, tampoco había estado Frostis en el hospital de Darjeeling sometido a cura. Ninguno de los dos había pertenecido a la Universidad de Oslo, como habían afirmado, y por tanto su existencia resultaba dudosa. Y como nota final de aquella increíble historia estaba la descripción del antropoide, que venía a probar que aquel ser era otro distinto al Hombre de las Nieves. El detalle dado por ellos fue el de que aquel Abominable Hombre de las Nieves «tenía rabo».

Nuevas controversias se entablaron otra vez en 1951 después de la exploración del monte Everest por Eric Shipton, cuando a su regreso trajo fotografías, claras como ningunas, de las huellas dejadas por el ser misterioso.

La Sección de Historia Natural del Museo Británico y la Sociedad Zoológica se aunaron en sus esfuerzos para aclarar el misterio, y como resultado de las medidas de las huellas se sacaron dos conclusiones teóricas: que pertenecían a nuestro viejo amigo el oso o al langur, aunque las huellas del pie de este mono tienen menor longitud que la que se aprecia en las fotos del Everest.

H. W. Tilman escribió un artículo titulado *Monería himalayana,* en que preguntaba: «¿Y dónde dejamos la cola del mono?»

Debían quedar sobre la nieve las marcas de

la cola, lo mismo que las de los pies, pues el rabo del langur es largo y constituye una parte muy destacada de su anatomía. Tilman, con su cáustico estilo, escribía: «Hay quien supone que a aquellas altitudes los langures se envuelven el cuello con la cola como si fuese una bufanda.»

Esta discusión sobre la teoría del langur continuó después que Eric Shipton regresó del Himalaya y sus famosas fotos de las huellas fueron publicadas en *The Times*. Esto dio lugar a que Tilman expresara su opinión en el *Alpine Journal*, exponiendo unos puntos de vista ya enunciados en diciembre de 1951, en una conferencia dada en una exposición celebrada en el Museo de Historia Natural para controvertir la suposición de que las huellas encontradas en el glaciar Menlung eran causadas por un langur.

La exposición fue organizada por el doctor Terence Morrison-Scott, entonces encargado del Departamento de Mamíferos y actualmente director del Museo.

Dos langures disecados fueron colocados con un fondo de paisaje nevado artificial, para sugerir que si el mono había causado las huellas, allí se encontraba desenmascarada la bestia tal como era en realidad. Fotografías de los animales mostraban su largo rabo. Los visitantes, naturalmente, se preguntaban cómo las misteriosas huellas que aparecían en las fotografías del Himalaya no mostraban traza alguna de aquella cola, ya que un animal de la especie que se sugería debía por

lo menos dejar marcas de la cola al andar por la nieve del glaciar Menlung.

Las fotos de las pisadas del mono langur difieren considerablemente de las tan discutidas huellas fotografiadas en el Himalaya.

Sin embargo muchos zoólogos están actualmente convencidos por completo de que la teoría sobre el langur explica el misterio. Y respecto a la cola, cuya huella faltaba en las fotografías de Shipton, fue objeto de amplia discusión. Hubo un abogado que, metiéndose en el campo de la técnica, dijo que el langur, lo mismo que un vivaracho perro pequinés, ¡lleva siempre la cola ondeando en el aire como un gallardete!

Aunque este animal llevase la cola adosada a un costado, al deslizarse en la nieve, al avanzar o al saltar desigualdades del terreno, indudablemente tendría que dejar marcadas las oscilaciones de aquélla cerca de las huellas de las pisadas.

Volvamos brevemente a las fotos de las huellas de Menlung y a la encuesta «¿Dónde está la cola?» efectuada cuando la exposición de los langures. Evidentemente, de vez en cuando aparecían huellas similares sin identificar, y éstas, por su naturaleza, demostraban que el desconocido ser saltaba alguna grieta de la nieve si ésta no era demasiado grande. Las huellas en la nieve del borde de la grieta presentaban señales de deslizamiento y de agarramiento, pero no de que la cola hubiese frotado la superficie, aun siendo el talud bastante inclinado.

Durante aquella controversia, que tuvo lugar en los años 1951 y 1952, el fallecido Reginald Pocock, que perteneció al Museo Británico y más tarde fue superintendente de la Sociedad Geológica de Londres, expresó su opinión. Él se inclinaba por la hipótesis de que se trataba de las huellas de un oso.

Muchas opiniones contemporáneas están conformes con este punto de vista.

Mientras escribíamos este libro nos encontramos con el doctor Colin Rosser, un antropólogo social que estuvo trabajando en Nepal en 1958. Le expresamos nuestras dudas sobre la autenticidad de los cueros cabelludos del llamado Yeti, que habían sido mencionados en muchas ocasiones y fotografiados desde diferentes puntos de vista. Su opinión era que dos de aquéllos podían ser auténticos. Estos dos cueros cabelludos estaban en los monasterios de Kumjung y de Pangboche.

El escalador himalayo Charles Evans poseía dos pelos que afirmaba procedían de un cuero cabelludo del monasterio de Pangboche, pero no pudieron ser identificados.

Las consecuencias que sacamos después de varias discusiones con viajeros del Himalaya, testigos presenciales, y del estudio de las fotografías son que los referidos cueros cabelludos eran de un auténtico animal básicamente original. ¿Podían aquellos mechones de pelo ser repuestos de tiempo en tiempo para dar mejor aspecto a los

objetos expuestos? Ésta es una sugerencia completamente personal.

El doctor Rosser no recuerda haber visto ni oído hablar de otras reliquias del supuesto Yeti relativas a su naturaleza física, aparte de los cueros cabelludos. Y en cuanto a la posesión de las denominadas pieles de Yeti, alguna vez se han considerado como provenientes de otros orígenes.

Por lo demás, los visitantes que han logrado contemplar los cueros cabelludos no han podido enterarse de la historia pretérita de éstos desde sus orígenes.

En diciembre de 1960 sir Edmund Hillary interrumpió su expedición al Himalaya para llevar el cuero cabelludo de Kumjung a Chicago, Francia y Londres, en un viaje de seis semanas de duración, en el que le acompañaba su camarada explorador Desmond Doig.

El resultado fue: unos cuantos pelos de cuero cabelludo extraídos para un análisis, y nosotros, personalmente, una charla interesante con Desmond Doig antes que regresara. El cuero cabelludo fue devuelto a Kumjung el 5 de enero de 1961.

Parikh, miembro de la expedición india de 1952, se procuró algunos pelos de cueros cabelludos de Pangboche. Estos pelos fueron examinados más tarde por el doctor Leon August Hausman, del Departamento de Zoología de Nueva Jersey, Estados Unidos. El doctor Hausman es considerado como una autoridad en pelos de todas clases. En su informe declaró que, vistos al

microscopio, los elementos estructurales del mechón de pelos le hacían suponer que procedían de un oso o de un antropoide de cualquier especie, pero no de un ser humano. Tampoco podía especificar si se trataba de pelos de langur, de oso pardo o de alguna otra especie. Después, habiéndole mostrado la fotografía de uno de aquellos cueros cabelludos, dijo que podría tratarse de un pericráneo moldeado y cosido, sacado de algún animal mamífero no perteneciente a ninguna de las especies tibetanas.

Por una rara coincidencia, de las que a veces causan la excitación y sorpresa de un investigador, sucedió que el doctor Rosser conocía aquella vasta región de Sutlej River y las colinas al oeste de Srinagar, por donde Fraser, aquel olvidado viajero, había deambulado. En aquella región fue donde el desconocido *Bang* le desconcertó, y donde el Yeti sigue igualmente desconcertando a la opinión contemporánea.

Sin embargo, sobre los detalles que dio Fraser arroja el doctor Rosser alguna nueva luz.

En la región existen dos tipos de osos. El oso negro, que vive en los bosques, a veces a tres mil metros de altitud, se alimenta de vegetales, y entra a saco en los campos de maíz para procurarse alimento. El oso rojo, indudablemente de la misma familia que los pardos, es también habitante de aquellas colinas. Camina de pie, y el doctor Rosser lo califica de «oso de trapo» por la especial forma de su cabeza y hocico. Estos

osos rojos suelen ir en manada, y pueden ser vistos en grupos de diez o de doce moviéndose por los más altos riscos.

Tanto los osos negros como los rojos son bien conocidos por la gente de las montañas, como debían de serlo de los porteadores y aldeanos que acompañaban a Fraser en sus excursiones. Pero aquella región es también foco de innumerables supersticiones. Las leyendas son siempre propias de los moradores de las grandes montañas y de los habitantes de las junglas, a quienes han sido transmitidas por sus antepasados, y ellos las debieron de referir a Fraser cuando le acompañaban en sus correrías.

El doctor Rosser declaró que en uno de sus viajes hacia el este comprobó que allí era corriente el oso negro, pero en cambio el castaño lo era mucho menos; aproximándose a Nepal, prácticamente es inexistente. Cuando tales especies son vistas, en alguna rara ocasión y a distancia, pueden presentar cierta apariencia humana.

Ésta es una de las más recientes hipótesis que hemos oído, y realmente posee ciertos visos de verosimilitud a su favor: primero, la rareza del oso de color rojo o castaño al avanzar hacia el este, y segundo, su color. La piel basta, de tono castañorrojizo, ha sido una de las características con que se ha distinguido siempre al Hombre de las Nieves.

Contra esto deben hacerse resaltar las descripciones contradictorias de varios comentadores

del Hombre de las Nieves, que al contemplar el cuero cabelludo lo consideraron como procedente de un antropoide.

El doctor Osman Hill, profesor de la Sociedad Zoológica de Londres, nos habló de cómo en un principio había aceptado la hipótesis propugnada por Reginald Pocock y otros acerca de que el oso debía de ser el productor de las huellas halladas, de acuerdo con los puntos de vista que el doctor Rosser nos comunicó cuando le vimos pocos meses después de su regreso de Nepal. La exhibición de los monos langures en el Museo Británico en 1951, junto con otros factores que salieron entonces a la luz, han hecho cambiar de opinión al doctor Hill, que no se recata en admitirlo.

«Ahora es cuando creo que hay un animal desconocido, todavía mal descrito, que es el responsable de las huellas de pisadas encontradas», dijo, y añadió que, al parecer, las pruebas presentadas revelan la existencia de alguna nueva especie de monos.

Y ésta es una más de las esporádicas negaciones de la realidad del Hombre de las Nieves.

IX

OTRAS MISTERIOSAS CRIATURAS

La existencia del ser desconocido está todavía sin confirmar, aunque continúan las investigaciones para resolver el misterio. Nuevos informes aparecen de vez en cuando, no solamente procedentes de la zona del Himalaya y Asia Central, sino de diversas partes de la tierra. Algunos de estos informes pueden ser considerados «pruebas»; otros, simples «declaraciones».

Varias historias de encuentros ocasionales y alarmantes entre nativos y seres de aspecto semisimiesco y semihumano, ya en los linderos de las junglas o bosques, ya en las orillas de los ríos, son relatadas en el libro de Ralph Izzard, al que ya nos hemos referido.

Aunque la criatura misteriosa no parece agresiva, su aspecto infunde pavor y el pánico es completo entre los hombres, mujeres o niños de los poblados que llegan a encontrarse con ella inesperadamente.

Tales historias proceden del Lejano Oriente, Canadá, California, y hace algún tiempo leímos un caso de descubrimiento de huellas gigantes

de pisadas en las colinas de Argentina. Esta noticia apareció en el *Evening Standard* de Londres en 1956, como parte de un telegrama relativo al descubrimiento de un tesoro en la provincia de Salta. Este periódico, una publicación seria, acepta el informe con muchas reservas.

Una historia más reciente tuvo Malaca como escenario, y su protagonista fue un nativo. La noticia nos llegó personalmente por medio de la señora Helen M. Brooke, esposa del mayor general F. H. Brooke. Nuestra conversación tuvo lugar a fines de febrero de 1960, cuando ella acababa de regresar de Malaca, donde su marido tenía un destino en la Federación Armada.

«Historias de pánicos e inexplicables apariciones de seres peludos abundan en los bosques del caucho — decía ella —, generalmente entre los trabajadores, cuya mayor parte son malayos, indios y chinos. Debe comprenderse que las plantaciones de caucho son bosques lúgubres, aislados, en que reina una intensa soledad y un ambiente de encantamiento. Semejante fondo es propicio para excitar la imaginación de la gente de la jungla, que cree en apariciones y en lugares hechizados.

»Al principio hablaban con frecuencia de apariciones de seres grandes y peludos, y los obreros del caucho sentían gran temor hacia ellos, suponiendo que eran terroristas comunistas que querían jugarles una mala pasada. Ahora esta hipótesis ha sido desechada, ya que la ilegalidad en

la jungla ha sido eliminada desde hace tiempo. Pero las visiones continuaron.

»La opinión general era que las vastas extensiones del interior debían de estar pobladas; y de ahí vino la sugestión sobre la existencia de especies sin identificar. La cuestión se parece en un todo, por su carácter, a la del Himalaya.

»Las visiones de los malayos podrían tal vez explicarse por tratarse de seres que habitan en remotas y peligrosas regiones del interior, por donde se aventuró el fallecido Pat Noone.

»Noone fue un antropólogo que prestó valiosos servicios a las autoridades durante los tiempos de turbulencia en Malaca. Penetró hasta donde pocos hombres blancos lo habían hecho anteriormente y logró la confianza y la cooperación de los salvajes, sobre todo de los ulus, tribu en extremo interesante, con quienes vivió como un miembro más durante largo tiempo, tanto que incluso se le dio por muerto. Su vida y labor extraordinarias han sido descritas en un libro.

»Tenía un hermano, Dick Noone, que al parecer realizó parte de su trabajo, pues es conocido como el protector de los aborígenes malayos. A éste sólo podía vérsele cuando regresaba a su centro de operaciones en Kuala Lumpur, pues viajaba intensamente por el interior, entre los pobladores primitivos, cuya confianza se había ganado.

»Estos aborígenes son tímidos y, con frecuencia, personas asustadizas; pero pueden revelar

muchas cosas referentes a seres desconocidos de sus junglas montañosas.»

Nuestro encuentro con la señora Brooke sirvió para proporcionarnos algunas notas adicionales sobre el «hombre peludo misterioso», redactadas por el mayor general F. H. Brooke. Dice en éstas:

«En 1956 me llegaron de muchas regiones malayas noticias sobre la aparición del "hombre peludo" en una plantación de caucho cerca de Tanjong Malim, en el Estado de Perak. La descripción era la acostumbrada: rostro cubierto de pelo y una estatura poco corriente. La aparición causó intenso temor entre los presentes, que eran todos trabajadores del caucho. No había ningún capataz ni administrador del Estado. Los relatos fueron todos francamente incoherentes. El testigo principal, y quizás el único, fue una mujer; pero otros obreros dijeron más tarde que también habían visto al "hombre peludo", y no sólo entonces, sino en otras ocasiones anteriores.

»Esto hizo pensar, quizás injustamente, que la testigo principal había inventado la historia para ocultar alguna cuestión romántica. Ésta fue la explicación aceptada por las autoridades. Otra explicación razonable, aunque algo confusa, fue que el aparecido era un sherpa. Esto parece problemático, dado lo lejos que de allí viven los sherpas; pero se decía que procedentes de Darjeeling habían venido y venían a Malaca familias enteras con sus mujeres e hijos. Con frecuencia

yo los he visto en Kuala Lumpur y en Tapah, que está a unas cuarenta millas de Tanjong Malim. Llevan una vida más bien misteriosa; son vendedores ambulantes, o por lo menos eso dicen. Usan el pelo muy largo, que les cae sobre los ojos y rostro. Van vestidos exóticamente en comparación con los malayos, pues sus trajes son abigarrados, especialmente los de las mujeres.»

Encontramos asombrosa esta hipótesis del sherpa como explicación al ser extraño visto por los trabajadores del caucho. Tal suposición, sin embargo, fue aceptada sólo por los oficiales blancos, no por ningún miembro de la población del lugar.

Nosotros consideramos esta hipótesis poco convincente, y preguntamos a un montañés malayo, amigo nuestro, si había conocido sherpas vagabundeando fuera de sus lugares habituales de residencia. Reconoció que era la primera vez que oía hablar de tales aventuras nómadas en una tierra extraña para los sherpas.

De nuevo consultamos con el mayor general Brooke y con su mujer sobre este punto, y respondieron que a ellos también los sorprendió la explicación. Llegamos a la conclusión de que los trashumantes de aspecto velludo de Malaca eran gente nómada sin especificar, procedentes del Tibet o de los Estados limítrofes. Tales vabagundos no eran allí desconocidos, pero jamás habían sido verdaderos sherpas.

Volviendo a la historia del mayor general

Brooke, éste se ratificaba en la sugerencia, también muy extendida en Malaca, de que el «hombre peludo» era un terrorista extraviado, o un bandido, ya que no era raro encontrarlos en aquel tiempo en las anfractuosidades de la jungla, donde a veces se ocultaban incluso asesinos.

Un terrorista comunista que viviera en la jungla durante largo tiempo se vería al fin obligado a salir y llevaría el pelo largo después de varios meses. Saldría de la jungla hacia los lugares donde se cultiva el caucho, en busca de alimentos y tal vez del dinero de los aterrorizados trabajadores.

Es posible que lo que vieron los testigos de la llamada aparición fuesen uno o varios de aquellos terroristas, y que, no queriendo delatarlos, inventaran la historia de que sentían un gran temor ante ellos, lo que tal vez fue lo primero que les vino a las mientes.

La invención de algo fantástico es cosa fácil cuando se siente temor de ser interrogados y de las represalias que una delación puede suscitar.

El mayor general continúa:

«Este incidente particular no es de ningún modo concluyente, y a pesar de su inverosimilitud es generalmente aceptada la explicación de que se trataba de un sherpa.

»Es digno de notar que el folklore malayo está lleno de similares historias, la mayoría de ellas concernientes al *hantu* o fantasma, que generalmente y por tradición siempre tiene un largo

pelaje flotante. Esto es propalado por los malayos, que afirman la existencia de tales *hantu*. Los chinos son más escépticos.

»Sucede que muchos de los cuentos sobre el *hantu*, en años recientes, han estado circunscritos a la zona de Perak, que se extiende por tierras abruptas desde Tapah a Tanjong Malim. Este territorio bordea la alta montaña de la península, y las plantaciones de caucho están alejadas de la carretera principal y de las vías del ferrocarril, y también de las líneas fluviales de comunicación.

»Puedo añadir poco más, excepto, quizá, que en verdad suceden cosas muy raras en la jungla y en sus límites. Es difícil, sin embargo, desligar los hechos de la fantasía y de las muchas y fantásticas supersticiones que por allí existen.

»Algunas gentes creen, por ejemplo, que monstruos prehistóricos aún sobreviven en algunas partes de Malaca, y periodistas ingleses han tratado de investigar algún caso, naturalmente sin resultado positivo.

»Y decimos "naturalmente" por obvias razones. La mejor historia documentada es la de la aparición de un monstruo de tipo parecido al del Loch Ness de Escocia.»

La descripción de este monstruo produce estupor. Es una enorme serpiente con unos ojos rojos, grandes como pelotas de tenis. Se apareció, en 1959, a una partida prospectora formada por tres malayos y un ingeniero inglés. Éste de-

clara que cierta noche vio la cabeza por encima del tejado del cobertizo del bote, y que el animal huyó al llegar el día. Más tarde se encontró su rastro en el lodo, que indicaba que su cuerpo debía de medir unos dos metros de circunferencia.

La reacción de los habitantes del lugar cuando oyeron la historia fue rotunda: «Sí, existe realmente, y todos conocemos su existencia, pero nadie siente temor.»

Este incidente del cobertizo de los botes resulta sospechoso; pero la señora Brooke dice, refiriéndose a esta increíble historia: «Por lo que yo sé, una expedición fue organizada para investigar la naturaleza de esta monstruosa serpiente, y personalmente opino que hay fundamentos para creer en su existencia.»

Muchos años hace que oímos una historia parecida de cierta bestia acuática sin identificar, parte de cuyo esqueleto, de inmenso diámetro, fue arrojada a la orilla de un río de América del Sur, durante unas inundaciones. Los restos del anfibio desconocido no podían atribuirse a una serpiente anaconda, porque el diámetro de su cuerpo era demasiado grande para pertenecer a ninguna de las más grandes especies conocidas de serpientes.

En septiembre de 1959 nos llegó una noticia procedente del doctor L. S. B. Leakey, del Museo Coryndon de Nairobi. Esta noticia estaba relacionada con el descubrimiento de un gran cráneo,

considerado como el eslabón que faltaba entre el gorila sudafricano (parántropo y australopíteco) y el hombre. Fue la señora Leakey quien desenterró el primer cráneo, en Olduvia Gorge, en Tanganyka. El doctor Leakey denominó al hallazgo «el hombre cascanueces» a causa de sus grandes dientes, pero dio a la especie el nombre más científico de zinjántropo. (Zinj es el antiguo nombre de África Oriental.) Calculó la edad del cráneo en seiscientos mil años. Es fascinador especular sobre la posibilidad de la supervivencia de un ser vivo de esta especie en algún lugar ignorado: en una alta montaña, por ejemplo.

Aunque tal vez pueda considerarse bastante endeble la relación entre la historia que damos a continuación y la investigación sobre el Hombre de las Nieves, sus incidentes son de tal naturaleza que no nos resistimos a publicarla.

A principios de febrero de 1960 llegaron noticias a Londres de que una extraña criatura velluda vagaba bajo la lluvia por los bosques del norte de Nyassaland.

Pocas semanas más tarde fue esto referido por uno de los corresponsales de *The Guardian*, que le dedicaba casi una columna del periódico, al que no puede tacharse precisamente de sensacionalista.

Concedido el permiso para reproducir la información, lo hacemos a continuación.

En el encabezamiento se lee: «Protección para los monstruos "amigos"», y luego el siguiente sub-

título: «El misterioso monstruo de Nyassaland, el Ufti, ha sido colocado bajo la protección del gobierno.» Del artículo entresacamos lo que sigue:

«... Las informaciones, que presentaban algunas analogías con las que hacen referencia al Abominable Hombre de las Nieves, se iban acumulando sin cesar. Incluso, hace unos días, el propio gobierno de Nyassaland anunció que el nueve jefe secretario había también visto al monstruo en una inspección por la provincia. El apoderado provincial también lo localizó. Claramente algo quedaba en pie, aunque en realidad continuase el misterio.

»Algunos oficiales declararon que ciertos africanos descubrieron a la criatura misteriosa en la región de Nkata Bay e informaron al diputado del distrito y a otro oficial. Les mostraron fotografías de monos, chimpancés y gorilas; pero los indígenas dijeron que no se parecían a la impresión mental que tenían de su visión, y que consideraban al Ufti un "espíritu amistoso". Todos estuvieron de acuerdo en la amistosidad del Ufti. Y actualmente parece que ya conocen mucho sobre este ser.

»De acuerdo con la apreciación oficial, pesa unos setenta kilos y mide un metro sesenta y cinco centímetros de estatura. Su rostro es negro y sin pelo desde las mejillas a la frente, pero el resto está cubierto de corto pelo negro, con excepción del prominente mentón, que es rosado. Las piernas son cortas, y los brazos, largos. Las

huellas de sus pies posteriores sólo muestran tres dedos, y el pulgar separado de los demás cuarenta y cinco grados.

»Su principal ocupación en aquel momento era observar atentamente — con la misma fascinación que los antropoides superiores — los trabajos de construcción de la carretera en la región de Limpasa Bridge. Evidentemente lo que más le llamaba la atención era un tractor de color azul pálido, y saltaba excitado cuando el conductor lo ponía en marcha y hacía sonar el claxon. Pero el Ufti mantenía las distancias, vigilando medio escondido tras un árbol.

»Se le dejó en completa libertad. Unos cazadores, sin embargo, quisieron saber algo más de sus costumbres, si era macho o si había otros animales como él. Encontraron en la región más de cien guaridas en árboles, pero ningún rastro de excrementos ni de alimentos.

»Los expertos creen que el Ufti pertenece a una subespecie de los chimpancés gigantes en que se incluyen otros monos de menos talla. Debe de tratarse de un cruce entre el gorila y el chimpancé. La frente saliente del Ufti y las aplastadas ventanas nasales son del gorila; pero sus altas y destacadas orejas, su boca puntiaguda y sus dedos cónicos son considerados como del chimpancé puro.

»Un misionero logró acercarse a unos cinco metros del Ufti, pero las fotografías que sacó salieron bastante mal. Mientras tanto son muchos

los que se preguntan cómo esos seres peludos pueden resistir tanto tiempo en los bosques, bajo la lluvia.»

Estamos convencidos de la sinceridad del escritor de Nyassaland, y de la discreta recepción objetiva en Londres de las noticias de su descubrimiento; sin embargo este relato debe ser examinado con la natural reserva.

Cada palabra es sin duda la apropiada; pero, lo mismo que las historias que proceden de los bosques malayos, el relato debe considerarse influido por la fantasía propia de los nativos.

Aislados aquellos africanos en medio de la humedad de los bosques — bosques que ahora empiezan a ser explotados y atravesados por líneas de comunicación — y en tan remotas zonas, casi intocadas por la civilización occidental hasta hace poco, la aparición de una rara especie zoológica corre el riesgo de inspirar, entre las comunidades indígenas, la creencia de que se trata de un mítico y misterioso espíritu. En los bosques vírgenes se producen de vez en cuando apariciones imaginarias, y tales alucinaciones pueden ser consideradas caprichosas mutaciones de las especies.

Algunas especies poco corrientes, y casi monstruosas, pueden evidentemente inflamar la imaginación en la remota jungla africana, convirtiendo en hecho lo que es una pura fantasía.

Unos amigos que habían vivido muchos años en el interior de África nos contaban que cierto empleado nativo, digno de confianza, se llegaba pe-

riódicamente a su *bungalow* y desde la galería les anunciaba: «Me voy a la selva.» Al parecer sentía un deseo apremiante de desaparecer e internarse en su ambiente primitivo. Al cabo de algún tiempo regresaba, y generalmente solía relatar, completamente convencido, algún fabuloso encuentro que había tenido, aunque siempre descrito de un modo vago. No cabe duda de que en ello había algo de verdad, pero también es cierto que su fantasía se había renovado, saturada de influencias primitivas o ancestrales.

El Ufti puede tal vez pertenecer a esta fantástica categoría. Pero el caso es que hay dos oficiales del Estado que lo han localizado, e incluso dado una detallada descripción, que parece imposible de proporcionar sin haber estado cerca de la extraña criatura.

Los expertos no dudan de que el ente peludo, monstruo inofensivo de los bosques, es una accidental selección que se ha adaptado a las circunstancias, destruyendo así la posibilidad de averiguar la naturaleza de sus progenitores.

En los detalles anatómicos hay semejanzas con el Hombre de las Nieves: pelos corporales cortos, cara limpia, piernas cortas y brazos largos. El pie presenta una variante; por su longitud y lo saliente del dedo gordo recuerda al gorila, así como en el uso de toscas guaridas. La ausencia de restos resulta extraña.

El Ufti se mueve en una esfera geográfica similar a la del gorila de Uganda, y la hipótesis

de un cruce de especies de antropoides no puede considerarse descabellada.

Suelen encontrarse éstos en ocultos valles o en montes boscosos y sin ninguna vía de comunicación con el mundo exterior.

Sin embargo, aunque con una relación algo distante, parece existir un ligero eslabón entre los hechos mencionados y el misterio del Himalaya, que pronto dejará de serlo, a nuestro parecer.

La referencia al «monstruo amistoso» de Nyassaland, con sus transportes de alegría al contemplar el tractor azul, nos hace suponer que tal color excita el instinto del monstruo, lo que deberán tener en cuenta los zoólogos cuando en el futuro investiguen sobre el Ufti.

X

EXPERIMENTOS DE VLADIMIR TSCHERNEZKI

Poco después que el doctor Osman Hill se interesara por nuestros proyectos de investigación y nos prestara su ayuda, nosotros proseguíamos estas pesquisas. Nos pusimos en comunicación con Vladimir Tschernezki, un zoólogo que había trabajado en Inglaterra durante algunos años. Es uno de los más asiduos investigadores en la cuestión del Abominable Hombre de las Nieves, y posee datos impresionantes que apoyan la hipótesis de un antropoide sin especificar.

Nos mostró varios de sus dibujos reconstructivos. Algunos de éstos son comparaciones entre la figura del gorila y la del Hombre de las Nieves, fundándose en sus pisadas. También nos comunicó su impresión general sobre la cuestión del Yeti, la cual fue publicada por primera vez en 1954, en el *Manchester Guardian*. Después de una amplia discusión nos concedió permiso para reproducir su artículo.

Tschernezki, al estudiar las fotos de las pisadas del Hombre de las Nieves, quedó convencido de

que se trataba de un antropoide, un primate, y así nos lo repitió.

El artículo del *Manchester Guardian* decía:

«Si nosotros reconstruimos las huellas de pisadas de algún ser intermedio entre el mono y el hombre, tal como el pitecántropo, nuestra reconstrucción sería similar a la de las fotografías tomadas por Eric Shipton en el Himalaya. Las huellas del Hombre de las Nieves muestran, sin embargo, algunos caracteres peculiares, permitiéndonos llegar a la conclusión de que nos encontramos ante una rama especializada de un antropoide superior. La huella del Hombre de las Nieves es de unos treinta y dos centímetros de longitud, o sea, algo menor que la de los más grandes gorilas, aun a pesar de lo corto de los dedos. En cambio la anchura es dos veces y media mayor que la del gorila. Como consecuencia, este enigmático antropoide del Himalaya debe de ser más grande y más pesado que el mayor de los monos antropoides conocidos.

»También es sabido que la superficie de la planta del pie del mono es mucho más estrecha que la del hombre, especialmente en la parte del talón. El ancho y la estructura masiva del talón del Hombre de las Nieves es impresionante. Este carácter "humano" es aún más pronunciado en el Hombre de las Nieves que en el hombre moderno y en el fósil humano del Neanderthal. Por tanto puede deducirse que este "ser" dispone de unas piernas extraordinariamente gruesas y ma-

cizas, piernas que son mucho más fuertes que las de cualquier mono existente o extinguido, y ni siquiera parecidas a las de ninguna raza humana viviente o fósil.

»El tamaño relativo y la posición de los dedos es también peculiar. El primer dedo es excepcionalmente grueso; el tercero, cuarto y quinto son estrechos y apretados unos con otros. El segundo dedo es de tamaño intermedio entre el primero y el tercero, y está separado de éste. Esto parece indicar una capacidad de movimientos independientes por grupos de dedos, que les permite asir objetos entre ellos. Esta facultad de agarrar, y la fortaleza de las piernas, le hace ideal para trepar por las rocas y por las más empinadas laderas.»

Verbalmente nos proporcionó Tschernezki nuevos datos y amplió sus conclusiones. De las fotos de Eric Shipton se puede deducir que la longitud del paso es de unos setenta y cinco centímetros, lo cual prueba que este ser camina con una separación de pies mayor que la de una persona. El paso parece tener un ancho movimiento lateral, como si avanzara inclinándose.

Conviene recordar aquí que la naturaleza del terreno puede ser la causa de esta marcha del Hombre de las Nieves.

También el ser humano, cuando sube por una pendiente, tiende a colocar los pies más separados, y con frecuencia avanza en semicírculo, haciendo una especie de media luna al adelantar

un pie después del otro. Si se hiciese un esquema del trazado de un escalador corriente, es posible que mostrara un avance gradual en zigzag.

Tschernezki, en otra ocasión en que discutíamos, hizo resaltar el término ahora conocido de gigantopíteco, nombre dado a la reconstrucción de un fósil descubierto por un joven antropólogo holandés, Ralph von Konigswald, que en 1938 encontró en Hong-Kong, en la tienda de un químico, tres muelas de un antropoide gigante. Le fueron vendidas como una curiosidad, pero a partir de tal compra al azar Konigswald y otros compañeros se lanzaron a la reconstrucción del ser a que pertenecían las muelas. Los dientes eran tres veces más grandes que los de un gorila y seis veces mayores que los del hombre actual. Su estructura sugería una corpulencia entre la del hombre y la del mono. Su antigüedad se calculaba entre cuatrocientos cincuenta mil y quinientos cincuenta mil años.

Tschernezki no ha supuesto nunca que aquel gigante infrahumano tenga algo que ver con las investigaciones sobre el Hombre de las Nieves. Lo que sí supone es que «la sistemática posición y las costumbres carnívoras del fósil gigantopíteco pueden servir, comparadas con las del Hombre de las Nieves, para establecer alguna hipótesis en los trabajos de investigación». Éstas son las propias palabras de Tschernezki.

De este modo el Hombre de las Nieves puede ser una forma nueva de antropoide para la cien-

cia, ya que por sus raras y esporádicas manifestaciones misteriosas es posible que se trate de un allegado al extinto gigantopíteco, por sus gigantescas dimensiones.

Muchos están de acuerdo con la opinión de que el Yeti es probablemente un miembro superior de la familia de los primates, de una especie de la cual no se ha registrado todavía ninguna criatura viviente.

Tschernezki hizo también referencia a las experiencias realizadas por Slavomir Rawicz, oficial polaco que en 1942 escapó de un campo de concentración soviético y que, marchando a través de Mogolia, llegó al Himalaya con varios compañeros de fuga. En uno de los collados en que se detuvieron para descansar de las penalidades de la marcha, Rawicz y sus compañeros pudieron observar los movimientos de un par de seres grandes y bípedos, y los vigilaron sin ser vistos desde una distancia de unos cien metros. Rawicz los describe como un tipo intermedio de bestias, si eran bestias: una mezcla del oso y el orangután. Calcula que tendrían una estatura de 2'20 a 2'40 metros.

Discutimos sobre esta historia y decidimos que debía ser considerada con reservas, pues la memoria de Rawicz podía fallarle después del tiempo transcurrido entre su encuentro y la publicación del hecho.

«El servicio más grande que ha hecho Shipton al mundo no es solamente prestarle su gran

experiencia, valiosa e impresionante, en la exploración del monte Everest, sino también conseguir aquellas fotografías de las huellas del Hombre de las Nieves, y el tiempo corroborará mis palabras», dijo Tschernezki al finalizar una de nuestras conversaciones.

Algunos meses después de estas primeras conversaciones con Tschernezki estableció éste nuevo contacto con nosotros para comunicarnos que había terminado un trabajo que constituía la introducción a un libro científico que pensaba publicar, y nos ofreció la utilización de algunos de estos nuevos materiales preliminares. Durante diferentes períodos de descanso de su trabajo regular había realizado experimentos con una de las fotos de huellas de pisadas sacadas por Eric Shipton en el glaciar Menlung en 1951.

La huella fue ampliada a su verdadero tamaño y sacó un molde en yeso con arreglo a la estructura indicada por la huella.

Aunque en algunos pasajes de esta ampliada información se repiten ciertos hechos por él ya mencionados y que han sido descritos en páginas precedentes, creemos conveniente reproducir su reciente reconstrucción con sus propias palabras:

«Las huellas de pisadas fotografiadas por Eric Shipton referentes al Hombre de las Nieves conservan ciertos detalles especiales, tales como la impresión de cada dedo y las pequeñas porciones de nieve que los separan. Esto prueba que la huella no está deformada por la fusión de la nie-

ve. De esta forma es posible establecer, de un modo experimental, la posición sistemática de esta misteriosa criatura.

»Moldeada la huella de Shipton y aumentada a su tamaño natural, modelé el pie en escayola (figura C de mi nueva fotografía). Establecí la corrección del modelo artificial y produje una huella artificial (figura A) en la nieve (hielo machacado). Entonces comparé el resultado con el original, es decir, las fotos a tamaño natural de las huellas en la nieve. La semejanza era notable. En mis experiencias había reproducido también la huella artificial de un gorila de montaña *(Gorilla beringei)*, como se muestra en la figura B, para lo cual utilicé un modelo en yeso sacado de un pie de gorila.

»Los resultados de mis experimentos prueban:

»1.° Que la huella artificial producida por el modelo del pie del Hombre de las Nieves es muy similar a la de la foto original. Esto significa que mi modelo es también muy semejante al pie del Hombre de las Nieves.

»2.° Que la huella artificial del *Gorilla beringei* es muy parecida a la del reconstruido pie del Hombre de las Nieves, sin comparación con las de otros animales vivientes.

»La estructura del modelo del pie del Hombre de las Nieves muestra las siguientes particularidades:

»1.ª El pie es muy grande; su longitud, 32 centímetros, es igual a la del pie de uno de

los mayores gorilas. Su ancho es realmente enorme: 19 centímetros en la parte ancha de la planta y 16'5 centímetros en el talón. Un pie muy ancho, con una amplitud que equivale al 42'8 por ciento de su longitud, es la que posee el macizo esqueleto del tipo Neanderthal cuyos restos han sido encontrados en Crimea, en la cueva Kiik Koba. De este modo, aun siendo grande y de complexión pesada el bípedo antropoide, la anchura de pie hallada resulta completamente natural.

»2.ª Parece anormal el ancho del talón del Hombre de las Nieves, especialmente si se trata de la representación de un primate (excluyendo al hombre), que precisamente posee un talón estrecho y puntiagudo. Pero en las grandes formas terrestres, tales como el hombre y el gorila, se ha observado una tendencia a engrosar la región del talón.

»Sir Arthur Keith escribió: "Vemos un enorme crecimiento en el talón de un gorila, y de un modo absoluto puede declararse que es mucho mayor que el talón de un ser humano."

»Por tanto, si la forma de un bípedo primate es más corpulenta que la de un gorila, de modo análogo debe esperarse que tenga un talón enormemente desarrollado.

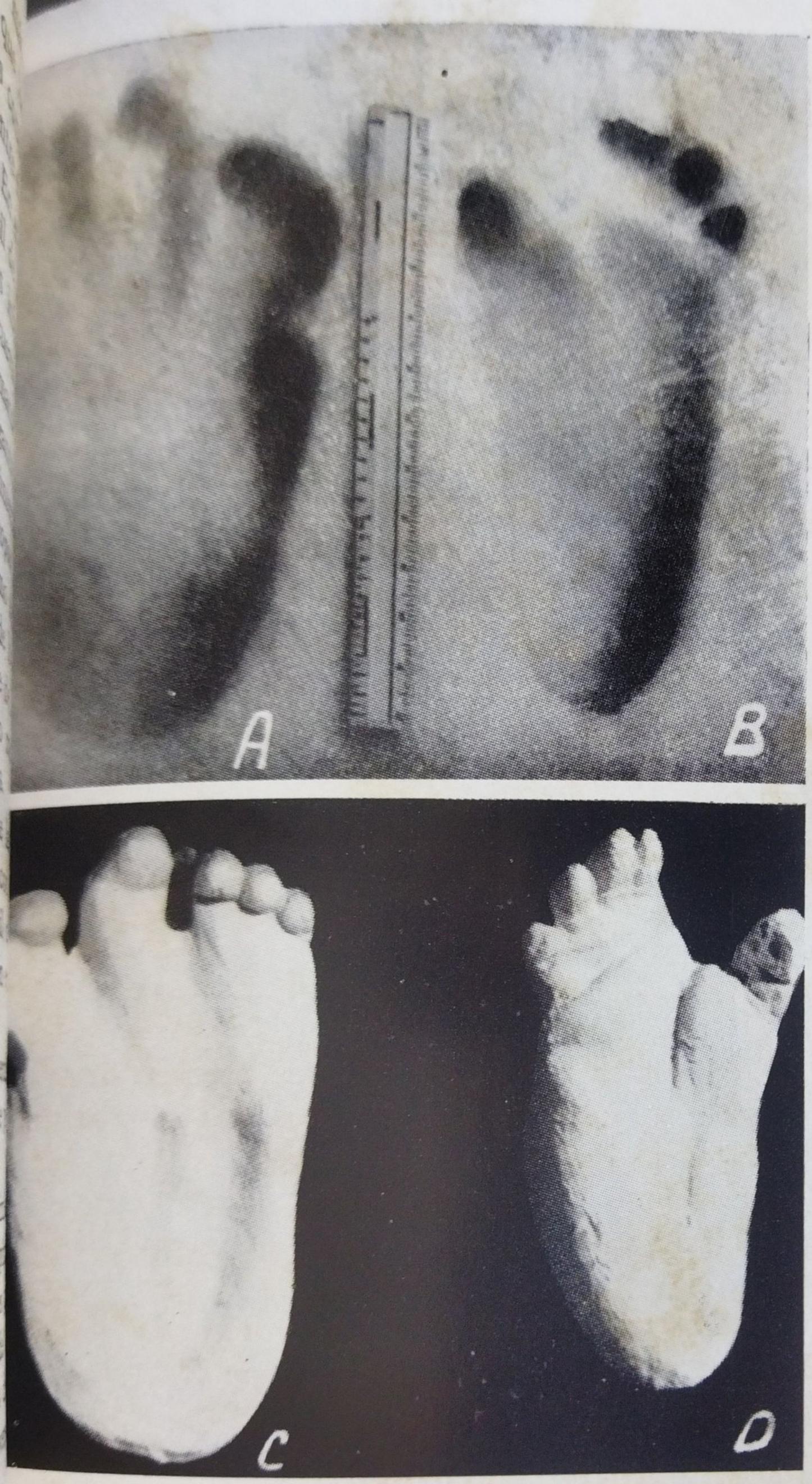
»3.ª El *hallux*, o dedo gordo, del pie del Hombre de las Nieves es ligeramente más largo, mucho más grueso y más robusto que el del pie del gorila. Está menos desviado, y debe de servirle de apoyo al andar y para agarrar.

»4.ª El segundo dedo es extraordinariamente largo y delgado. Ésta es una peculiaridad del pie del Hombre de las Nieves. La tendencia a alargarse el segundo metacarpo del pie, que termina en el segundo dedo, es un rasgo muy conocido en los fósiles humanos. El fallecido antropólogo ruso G. A. Bonch Osmolovski describe el pie del hombre de Kiik Koba con estas palabras: "La mayor longitud del pie del hombre de Kiik Koba está relacionada con el alargamiento del carpo y la de todos los huesos del metacarpo. La longitud del pie, relacionada con el primero y tercer dedos, es menor que la del hombre actual. En el cuarto y quinto dedos, por el contrario, el pie resulta ligeramente más largo."

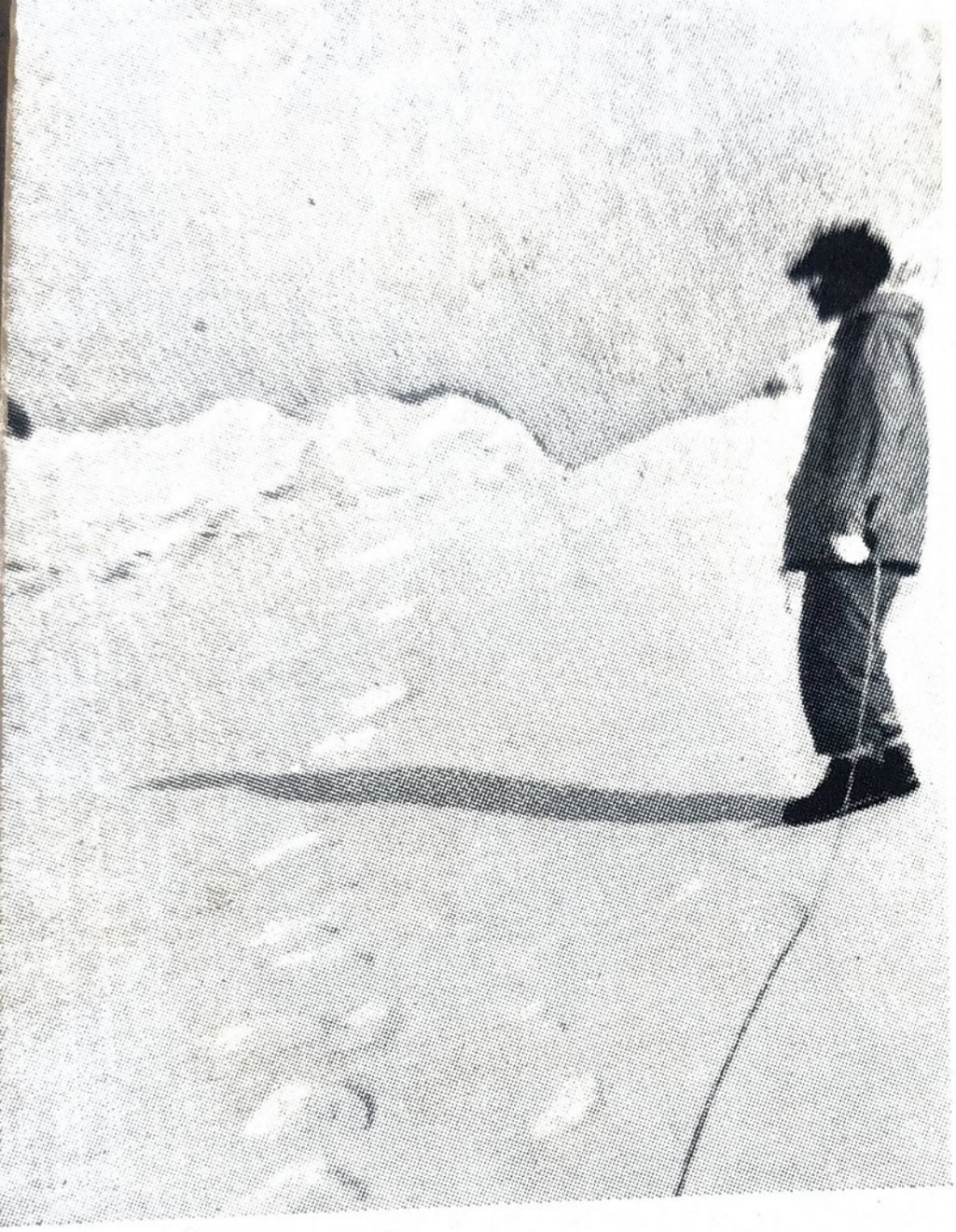
»El hecho de que el segundo dedo sea el más largo de todos los dedos es explicado por el doctor W. C. Osman Hill como una característica de la tribu Vedda de Ceilán. En una minoría insignificante figura también en la raza humana blanca el segundo dedo como dominante.

»De este modo la anormalidad en el tamaño del segundo dedo en el Hombre de las Nieves demuestra con su grotesco alargamiento una tendencia a la evolución. El intensamente desarrollado segundo dedo debe de jugar un importante papel en el caminar.

»5.ª Los dedos del pie del Hombre de las Nieves pueden ser descritos del modo siguiente: el segundo dedo es el más largo; el tercero, cuarto y quinto disminuyen en longitud, y el primer



Experimentos de Vladimir Tschernezky: modelo en yeso del pie del Hombre de las Nieves *(figura C)*, extraído de las huellas fotografiadas en 1951, y pie de gorila de la montaña *(figura D)*, con sus respectivas huellas en la nieve *(figuras A y B)*.



El doctor Michael Ward de pie al lado de las huellas descubiertas en 1951 en el glaciar Menlung.

Un grupo de sherpas descansando en una región típicamente himalaya del Hombre de las Nieves.

dedo del Hombre de las Nieves es el más corto.

»En conclusión debe resaltarse que los últimos descubrimientos paleontológicos corroboran la hipótesis de una estrecha relación entre el Hombre de las Nieves y el gigantopíteco. En años recientes los dientes de este enorme fósil de primate y dos correspondientes mandíbulas inferiores *in situ* fueron descubiertas en una cueva en el sur de China. La estructura de estas mandíbulas muestra que, anatómicamente, el gigantopíteco ocupa aproximadamente una posición intermedia entre el gorila y el fósil del *Paranthropus crassidens* de África del Sur. Pero al mismo tiempo las dimensiones y contextura masiva de los maxilares indican que el fósil gigante debe de haber sido de considerable tamaño y mucho más robusto que el más grande de los gorilas.

»El pie reconstruido del Hombre de las Nieves no solamente indica su semejanza con el gigantopíteco, sino que los restos del fósil de este último demuestran que habitaba también en cuevas y era un buen escalador.

»Todos los rasgos precedentes concuerdan de manera notable con los informes que se poseen relativos al Hombre de las Nieves.»

Volviendo brevemente a los descubrimientos de Ralph von Konigswald, hay diversas opiniones sobre la fecha del hallazgo de los dientes gigantes. Unos hablan del año 1934, y otros, del 1938. Posiblemente la primera versión de los dientes la tuvo Konigswald en 1934, aunque su veredicto

final y el de otros antropólogos tuvo lugar en 1938.

Además el químico de Hong-Kong a quien Konigswald adquirió los dientes los había denominado «dientes de dragón».

Esta evocación de lo fabuloso para explicar lo que parece extraordinario recuerda la errónea catalogación tibetana de lo que era simplemente un huevo de avestruz, en el museo de Gompa.

Muchas más investigaciones tuvieron lugar bajo la dirección de Konigswald, que continuó sus pesquisas durante varios años y realizó descubrimientos similares de dientes entre restos de esqueletos en la isla de Java. Estos dientes tenían cierta semejanza con los dientes de Hong-Kong, aunque eran algo más pequeños.

El diente gigante exhumado durante unas excavaciones no es de la exclusiva de África y del Lejano Oriente: descubrimientos semejantes se han hecho en otras partes del mundo de vez en cuando.

En 1948 el Museo de Transvaal, bajo la dirección del doctor Robert Broom, desenterró algunos interesantes huesos de maxilares en una cueva de África del Sur, cerca de Swartkrans. Los restos extraídos eran de tamaño gigante, y los trabajadores encontraron varios dientes de dimensiones que podían parangonarse por sus características con los dientes de Hong-Kong.

XI

ALGUNOS TESTIGOS

Nuestra siguiente entrevista la celebramos con Wilfrid Noyce, uno de los montañeros del equipo de sir John Hunt en la expedición de 1953 al monte Everest.

Le pedimos que nos proporcionara algún dato fehaciente relacionado con el Hombre de las Nieves, obtenido durante su permanencia en el Himalaya. Esperábamos obtener una o varias de las historias tradicionales que circulan sobre el Yeti, pero ningún dato nuevo; sin embargo Noyce nos proporcionó algunos informes de primera mano. Sus datos están basados en hechos y no en leyendas, y el primero de ellos ocurrió incluso en su propia presencia.

«Circulaban varias historias, pero una experiencia efectiva la tuvimos una tarde en el Himalaya durante nuestro período de aclimatación antes de subir al Everest — nos contó —. En nuestro campamento en Imja tuve ocasión de estar muy cerca del Abominable Hombre de las Nieves. Los sherpas acababan de llegar; John (sir John Hunt) estaba a mi lado en la tienda, escribiendo cartas o redactando informes con la misma laboriosidad

de siempre. Esta labor se prolongó hasta la noche, a la luz de una antorcha o vela que pudo proporcionarse. De pronto, procedente del valle inferior, y a través de la tela de nuestra tienda, nos llegó el sonido de un silbido. Después, otro.

»— ¿Qué habrá sido eso?

»— Será mejor que salgamos y lo veamos.

»— Nuestros muchachos deben de haberlo oído. Ellos nos dirán de qué se trata.

»— No nos preocupemos, pues tenemos otras cosas que hacer.

»Media hora más tarde Gyalchan metió la cabeza en nuestra tienda y nos anunció que la cena estaba lista.

»Preguntamos si los otros sherpas habían llegado y si sabían quién había silbado.

»— Ellos no han oído ningún silbido — dijo Gyalchan.

»Le expliqué lo que habíamos percibido y se puso muy excitado.

»— ¡Ha sido el Yeti, *sahib*! — exclamó.

»Al día siguiente la nieve que cubría el terreno había desaparecido: no quedaba ni rastro de ella. Si hubiésemos salido al oír el primer silbido, tal vez habríamos visto al misterioso intruso de la ladera y el glaciar. Pero quizá no hubiese sido esto lo mejor; tal vez fue preferible dejarlo en el misterio que se merece.»

Noyce dijo que al ocurrir este incidente se hallaban a unos cinco mil quinientos metros de altura, y eran las seis y media de la tarde.

Un rumor similar fue oído en Talung por Tony Streather y otros en 1955, durante la expedición al Kangchenjunga. Entonces el sonido fue identificado por los sherpas como una demostración vocal del Yeti. Era un sonido más o menos humano, al parecer asociado con sus costumbres, pues otros ruidos semejantes han sido descritos por personas que también los han oído en ocasiones parecidas.

Estos sonidos se asemejan a la descripción de las voces de los gorilas hecha por algunos zoólogos, captadas en sus campos de trabajo en África Ecuatorial.

Preguntamos a Noyce si podía hacernos una imitación del silbido. Lo hizo. Al momento se nos ocurrió una comparación: parecía el silbido de un hombre en una calle de cualquier población.

Esta noticia que nos comunicó Wilfrid Noyce aparece ampliada en su libro *South Col,* acompañada de un relato de lo sucedido en el monasterio de Thyangboche.

En aquella ocasión él y su partida conversaron en el monasterio con un abad de complexión sólida, rechoncho y cubierto con una túnica roja. Este abad les contó varias fantásticas historias acerca del Yeti o Abominable Hombre de las Nieves.

— En invierno — les dijo, a través de la traducción de Tensing — esos seres bajan para procurarse alimentos, y han sido vistos jugando en la nieve cerca del monasterio. Tienen una esta-

tura de un metro sesenta y cinco centímetros, y el pelo revuelto y rojizo. Al oír el sonido del cuerno monástico huyen. Algunas veces comen yac, cuyas pieles guardan cuidadosamente, pero dejan los cuernos en el suelo. Cierta vez, aquí en el Tibet — continuó el abad —, una aldea estuvo muy preocupada por culpa del Yeti, que hacía por la noche, aunque de modo desordenado, las mismas faenas que los aldeanos realizaban durante el día. Finalmente, exasperados, le prepararon un gran tazón de *chang* (una fuerte bebida alcohólica), esperando que se la bebiese. El Yeti volvió aquella noche y, en efecto, bebió, con el inevitable resultado. Acto seguido los lugareños lo eliminaron.

El abad hizo una pausa y pareció reunir sus recuerdos. Después concluyó solemnemente:

— Desde entonces ha sido prohibido en el Tibet matar al Yeti.

Contempló la soberbia vista que se disfrutaba desde las ventanas del monasterio y señaló el lugar en que había visto jugar al Yeti, y más allá, hacia las lomas distantes, donde fue asesinado el Hombre de las Nieves, en una aldea que no nombró. Una historia fantástica, que parecía haber originado posteriormente grandes remordimientos.

El doctor Michael Ward iba con Eric Shipton y Sen Tensing en 1951 cuando encontraron en el glaciar Menlung las huellas de pisadas que suscitaron tantas controversias, y más tarde forma-

ba parte del grupo que visitó el monasterio de Thyangboche con Wilfrid Noyce. Contribuyó a ampliar aquella condensada historia, que podríamos llamar «cuento del Hombre de las Nieves», con el siguiente relato:

«Antes de ir al Himalaya mi conocimiento sobre el Abominable Hombre de las Nieves quedaba circunscrito a lo que anteriormente habían escrito otros. Cuando vi por vez primera las extraordinarias huellas encontradas en el glaciar Menlung en 1951 no les concedí de momento gran importancia. Mi primera reacción fue que aquélla era una buena excusa para poner mi carga en tierra y disfrutar de un breve descanso.

»Después los tres, Eric Shipton, Sen Tensing y yo, pasamos algún tiempo examinando las huellas y las seguimos glaciar abajo antes de reemprender la marcha. Nos hallábamos a una altura de seis mil o seis mil quinientos metros, y estábamos próximos a la parte inferior del glaciar Menlung. Algunas de las huellas aparecían bien marcadas, y otras, más confusas. Por su número debía de tratarse de las pisadas de más de un animal. Poco más o menos se mantenían por el medio del glaciar. Seguimos las huellas durante más de medio kilómetro antes de volver a la ladera que conducía a las cimas superiores.

»Eric tomó cierto número de fotografías, y en alguna de ellas marqué yo mis propias pisadas a lo largo de las huellas para que sirvieran de comparación, ya que desgraciadamente no dispo-

níamos de cinta métrica; pero imprimí fuertemente mi bota, y coloqué también junto a ellas mi pico de hielo. Creo que la huella que fotografiamos era de treinta a treinta y cinco centímetros de longitud y de unos quince centímetros de ancho. Lo extraordinario fue la claridad con que estas impresiones se destacaban en la nieve. Esto se debía, posiblemente, a haber sido causadas por un animal muy pesado, de unos noventa kilos, y a que las pisadas eran relativamente recientes.

»Las impresiones que fotografiamos marcaban muy claramente los cinco dedos. Los dedos del medio eran los más largos, como en el pie humano. El dedo más pequeño dejó una impresión muy débil. El resto del pie era muy semejante al de un ser humano, excepto, desde luego, que era más ancho.

»Una peculiaridad que observamos fue que donde el animal había cruzado por un pequeño hueco podía apreciarse que los dedos se agarraban para salvar el bache, y aparecían como señales de uñas. Sin embargo, sobre esto no hay una completa seguridad.

»Después de casi una hora de contemplar las huellas continuamos nuestro camino hacia abajo y nos cruzamos con una manada de *bhurrals* (especie de cabras salvajes), que quizás huían del Yeti; sin embargo no vimos señales de matanzas ni de sangre en el glaciar.

»Más tarde, aquella noche, Eric interrogó a

Sen Tensing sobre las huellas. En sus ambiguas respuestas se mezclaba la realidad a la ficción. En primer lugar existían dos tipos de Yeti: el "comedor de yac" y el "devorador humano". Este último tipo era, al parecer, más pequeño. Las huellas que habíamos visto correspondían al primer tipo, y por ello podíamos considerarnos seguros durante la noche.

»Sen Tensing fue completamente rotundo en cuanto a la explicación de aquellas huellas, y Eric Shipton dijo que nunca había visto nada comparable en todas sus correrías por el Himalaya.

»Mi siguiente contacto con el Yeti ya ha sido referido por Wilfrid Noyce. Sucedió mientras tomábamos el té en Thyangboche. Contrariamente a la versión corriente y conocida del té, aquel brebaje consistía en hojas cultivadas en el Tibet oriental, a las que daban sabor con una mezcla de manteca rancia y sal. Nuestros paladares europeos tardaron algún tiempo en adaptarse a tal bebida, pero finalmente le tomamos gusto. Hablamos de temas generales y después enfocamos la cuestión del Yeti. Siempre recordaré cómo el lama hablaba de las visitas de estos animales, especialmente en invierno, cuando estaban hambrientos. Por la ventana nos señaló unos árboles junto a un prado, donde el Yeti había causado el pánico entre los lugareños. No creo que fantaseara, y si fue así, hay que reconocer que era muy buen actor.

»Wilfrid Noyce ha descrito el silbido que él

y los sherpas oyeron durante el período de aclimatación en 1953, cuando estábamos acampados bajo el Ambugyabjem. Debo confesar que, aunque me hallaba en el campamento cuando esto ocurrió, no oí tales ruidos. Sin embargo recuerdo que con el revuelo que se armó y los comentarios que originaron fue como si los hubiese oído. Desde luego, yo no les hubiese dado tanta importancia.

»Mi opinión acerca del Hombre de las Nieves es que posiblemente existe, lo mismo que el celacanto. Resulta difícil, sin embargo, compaginar tantas leyendas e informaciones como corren de un extremo al otro del Himalaya. Su influencia sobre las imaginaciones es tal, por otra parte, que confío en que nunca sea descubierto.»

Hemos consultado también a Gerald Durrell, notable autor y coleccionista de animales, con quien nos pusimos en comunicación con ocasión de un programa de radio acerca del Yeti que él organizó, en el que tomamos parte.

Nos dijo:

«Mi punto de vista respecto al Abominable Hombre de las Nieves es que creo firmemente en su existencia. Aunque nunca haya sido capturado, me figuro que se trata de una forma del antropoide similar al orangután. Opino que debería organizarse una expedición especializada, que recorriera la tierra hasta encontrarlo.»

XII

DESDE LAS MONTAÑAS ROCOSAS AL HIMALAYA

El doctor Bernard Heuvelmans es autor de un libro titulado *Sur la piste des bêtes ignorées*. Habla en él de animales considerados inexistentes, y proclama que ni están extintos, ni son productos de la imaginación.

De modo muy detallado trata del Abominable Hombre de las Nieves. Hace reveladoras y extensas comparaciones y saca a relucir mucho material convincente e informes de determinados testigos.

Heuvelmans ha ido tan lejos en sus investigaciones sobre el Hombre de las Nieves como para dar a la especie desconocida el nombre provisional de *Dinanthropoides nivalis*.

Con frecuencia sucede que de un testimonio extrae una interesante prueba, aunque de menos peso que la provinente de un conocimiento científico y de experiencias en el campo específico de la investigación. Por ello, aunque sus relatos son presentados como un mero entretenimiento, pueden considerarse, ciertamente, como informaciones valiosas.

Un amigo de la Columbia británica, que estuvo en Inglaterra en el otoño de 1958 y nos hizo una corta visita, se ofreció para buscar en aquellas lejanas tierras algún rastro que pudiera tener relación con la historia del Hombre de las Nieves.

Poco antes de la Navidad de 1958 recibimos un periódico en el que figuraba una noticia de la United Press International fechada el 16 de octubre en Eureka, California. Su título rezaba: «Según la información recibida hoy, el legendario Sásquatch de la Columbia británica ha sido visto al norte de California, en la selva del oeste.»

¡El Sasquatch es, al parecer, el Abominable Hombre de las Nieves de los remotos espacios canadienses!

El artículo enviado desde Eureka describía cómo dos obreros de la construcción de caminos, Ray Kerr y Leslie Breazeale, dijeron haber visto delante de su coche, en la noche de un domingo, un ser parecido a un mono, de dos metros y medio de estatura.

Al principio declararon que creían que aquella «cosa» era la que había producido unas gruesas y misteriosas huellas de pisadas encontradas hacía poco por aquella región.

El capataz de la compañía de construcciones manifestó que quince de sus hombres habían abandonado el trabajo de construcción de la carretera por temor hacia el que ellos denominaban «Pies grandes». Las huellas habían sido halladas en el condado de Humboldt, hacía unas seis se-

manas, en un lugar a unos ciento cincuenta kilómetros al este de Eureka.

Kerr y Breazeale dijeron que la «bestia», desnuda, atravesó el camino en dos saltos el dominngo por la noche, cuando se dirigían hacia el campamento. El informe de Kerr es el siguiente:

«Estaba cubierta de pelo y no llevaba ninguna vestidura. Me pareció que tenía una estatura de dos y medio a tres metros. No creo que fuese un ser humano, pero tampoco era un oso ni un animal que yo conociese.»

Ambos obreros declararon que «tiene los brazos largos y peludos y los mueve en forma de arco al andar».

Aquella criatura cruzó la carretera, que tiene una anchura de doce metros y estaba iluminada por los faros del coche. A pesar de que en su descripción dicen que sintieron «un pánico de muerte», salieron del coche y con una linterna eléctrica inspeccionaron las huellas, que parecían idénticas a otras que habían aparecido en la misma zona.

Sin embargo esta anécdota de los bosques norteños californianos, que tiene todas las características de «una buena historia», es otra más de una serie de semejantes «buenas historias» que han corrido de boca en boca en la Columbia inglesa, de arriba abajo de la zona noroeste, junto al Pacífico, en los últimos setenta y cinco años.

Muchas de estas historias, lo mismo que otras de origen europeo o africano, rayan en los límí-

tes de la fantasía y están muy emparentadas con las leyendas y embustes. Algunas, sin embargo, tienen cierto aire de autenticidad.

El informe californiano hizo revivir el interés de los canadienses, y John W. Green, un publicista de Canadá que estuvo presente en el estudio de las huellas gigantes aparecidas en el condado de Humboldt, dijo haber sacado un molde en yeso de una de las huellas. Esto nos lleva a especular sobre qué artífices lugareños le ayudarían a reproducir aquellas trazas.

El primo canadiense del Abominable Hombre de las Nieves, el Sasquatch, parece tener con aquél una endeble relación. Los rumores de sus apariciones y huellas son acogidos con desconfianza por los conocedores y los técnicos, así como por los zoólogos y antropólogos, que rechazan cualquier manifestación como no sea el resultado de un análisis efectuado sobre restos de un esqueleto. Y esta condición nunca se ha cumplido, a pesar de hablarse de huesos gigantes hallados en varios lugares, incluyendo una profunda caverna en un valle cerca de Kamloops.

Como sucede en el Himalaya y sus alrededores, el Sasquatch es conocido con varios nombres, y también, lo mismo que el Hombre de las Nieves en Europa, es objeto de bromas y burlas.

El ridículo y las historias disparatadas han constituido siempre un obstáculo en el camino de una seria investigación.

Las costumbres en la comida y la caza del

misterioso «hombre salvaje» de la Columbia inglesa son las mismas: desentierra raíces, coge frutos de los árboles y a veces mata animales, aves o cuadrúpedos. Las voces escuchadas con terror por los colonos o indios son descritas como rugidos, y las propias criaturas se ajustan a las características físicas que se supone tiene el Hombre de las Nieves del Himalaya. Los relatos sobre la timidez del Sasquatch y sus intentos de llevarse seres humanos para proponerles amistosamente la perpetuación racial, así como cierta anécdota relativa al rapto de un individuo, en su juventud, por una familia de Sasquatchs, son demasiado fantásticos para ser tomados en consideración y reproducirlos aquí en detalle. Tales relatos están completamente desacreditados.

Se da un curioso pero notable fenómeno, muy corriente, que consiste en que cuando se trabaja arduamente buscando una solución, o reuniendo material para cierta causa, después de una parálización parcial, o en una fase de frustración, desilusión o desánimo, cambia de repente y por completo el ambiente. Sucede como cuando en la pantalla de un cine aparecen en un anuncio una serie de piezas multicolores sin aparente ligazón unas con otras, y de repente se van juntando en cierta manera y forman el anuncio hasta entonces indescifrable.

Esto nos sucedió cuando nos hallábamos tras

la pista del Yeti. Fue algo extraño y fuera de lo corriente: de una anécdota sin importancia, pero notable, surgió una prueba aprovechable, una especie de eslabón.

Estábamos sentados frente a una compañera desconocida, en un almuerzo, cuando surgió una historia que vino a iluminar el cuadro de nuestras investigaciones. La conversación en la mesa versaba sobre el Tibet, y nuestra desconocida, que resultó ser la señora Dagmar O'Connor, hizo mención a un viaje que había realizado hacía muchos años a Bután. Una observación nos hizo recapacitar, y acordamos reunirnos más tarde. La dama nos relató una historia ocurrida en raras circunstancias, en 1931, durante su viaje, cuando Bután era aún una región casi completamente desconocida para los europeos.

En aquellos tiempos aún no estaba de moda el misterioso Hombre de las Nieves, y esto es lo que da al incidente cierta atmósfera de autenticidad y consistencia.

Formaba parte de una expedición a Bután en misión oficial. Emprendieron la marcha en caballos y mulos y con un cortejo de sesenta porteadores y los correspondientes animales de carga, todo bajo la guía del coronel J. L. R. Weir, que era agente político en Gangtok, en Sikkim. Su esposa, la señora O'Connor, su hermana y algunos diplomáticos completaban el grupo.

El propósito de la excursión era visitar Trongsa, donde el coronel Weir debía entregar al maha-

rajá de Bután el nombramiento de Caballero Comandante de la Orden del Imperio Indio.

Trongsa es la residencia oficial de los gobernantes de Bután, por encontrarse en las proximidades de una cueva donde se reverencia a un santo que allí pernoctó cuando trajo el budismo a Nepal y al Tibet.

La señora O'Connor, que había sido incluida en el grupo, llevaba pocos meses de casada y se hallaba en la India dando una serie de conferencias, mientras esperaba reunirse con su marido, que se encontraba entonces en Singapur.

La cabalgata partió de Gangtok, cruzó el Nathu-La y lentamente se encaminó a su destino, recorriendo un país casi desconocido para los occidentales. Antes de llegar a la aldea de Yatung se detuvieron y organizaron su primer campamento, en una casa de reposo de Chombithan. Más adelante la marcha se desarrolló por tierras de relativa gran altitud, a ratos montados y a ratos a pie por la nieve, pues era el mes de enero, para no fatigar demasiado a sus monturas.

En todos los lugares de importancia que cruzaban eran muy bien recibidos por los jefes del poblado, con cortejos vistosamente ataviados, y con frecuencia con musicales guardias de honor. Celebraban diversas ceremonias en honor de sus huéspedes, y todos los moradores los saludaban por turno. Alegres multitudes, caras sonrientes, expresiones amistosas... Los naturales del Tibet y de Bután contemplaban con discreta curiosidad

a los recién llegados, ya que nunca habían visto un cortejo tan lucido, procedente de un mundo distinto al suyo.

A continuación el grupo, con sus cabalgaduras, provisiones, porteadores y tiendas, seguía avanzando por las boscosas espesuras de la región, aproximándose a Trongsa.

Las laderas de las montañas estaban por completo cubiertas de rododendros, que crecían hasta una altura que a veces sobrepasaba los quince metros, y que ya entonces mostraban sus brillantes floraciones de color carmesí, sin olor, aunque los de flores blancas producen en plena floración un perfume tan intenso que marea si se está algún tiempo en su vecindad.

Las de los rododendros son las únicas flores de aquellas regiones que crecen cerca de la frontera nevada. La señora O'Connor habló también del perfume producido por los arbustos de laurel en la parte baja de las montañas, arbustos que en ciertas laderas alcanzan la altura de talludos árboles. Cerca del Ha-La aparecieron pinos, robles, castaños, acebos y bambúes. También oyeron balidos de venados. Habían sido advertidos de que tuviesen cuidado con los osos y tigres, pero no vieron a ninguna de estas fieras.

Como es normal en aquellas aisladas regiones, funcionaba el «telégrafo primitivo». Los pueblos siempre sabían cuándo se acercaban los visitantes.

Después de dejar atrás los bosques de rododendros se encontraron cerca de una comunidad

muy próxima a Trongsa. Al llegar al pueblo quedaron desconcertados al ver que no salía a esperarlos, como de costumbre, el jefe, que con sus secuaces solía aguardarlos en las afueras, para escoltarlos con gran pompa a beber *chang* y escuchar los discursos de bienvenida.

Como no aparecía ser viviente alguno, la sorprendida misión diplomática entró en la desierta aldea, cuyas puertas y ventanas estaban cerradas y atrancadas. Parecía que una plaga hubiese asolado el lugar. Se preguntaban cuál sería la causa de aquel extraño estado de cosas y siniestro silencio cuando por fin un emisario de la autoridad, más valiente que el resto de los al parecer asustados pobladores, salió y se acercó con precaución al cortejo procedente de Gangtok.

Se cambiaron saludos. Pareció aclararse el ambiente; gradualmente se abrieron las puertas, y los lugareños, ya más tranquilizados, fueron apareciendo.

La jungla de rododendros atravesada por el coronel Weir y su grupo era al parecer una zona altamente sospechosa, reputada como refugio del muy temible Abominable Hombre de las Nieves, y había circulado el rumor de que los visitantes habían encontrado a uno y lo traían con ellos.

Sheila Crosbie, esposa de un senador de Dublín, viaja mucho y escribe relatos de sus experiencias viajeras. Cruzó la India en el verano

de 1958, acompañada de su hijo, y llegó hasta Katmandú.

Nosotros le habíamos escrito una carta pidiéndole información sobre el lama chino de quien ya hemos hablado anteriormente, aunque dudábamos de su existencia. Sin embargo el lama chino está bien vivo.

Cuando la señora Crosbie llegó a Nepal se dirigió a la *Stupa,* residencia del lama, que se encontraba en las afueras de Katmandú.

La religión practicada por el lama y sus seguidores es la forma pura del budismo. Los visitantes entonan las plegarias con la ayuda de la rueda de rezos.

La señora Crosbie pidió al lama una entrevista privada y le mostró nuestra carta, rogándole que le aclarase ciertos conceptos que nos intrigaban.

La *Stupa* consiste en una casa particular de rezos en el interior de un patio circular. El exterior del círculo se encuentra rodeado de casas de dos pisos, del tipo de construcción corriente en tales comunidades. Estos edificios exteriores están ocupados por los familiares y domésticos.

La señora Crosbie se encontró con uno de los hijos del lama, pero durante su larga estancia en Katmandú sólo tuvo contacto con la hija, que se llamaba Darling.

Al regresar a Inglaterra, en la primavera de 1960, la señora Crosbie pudo ampliarnos la información que de ella habíamos recibido en 1958.

Nos dijo que, educada en un convento, Darling estaba bautizada con este nombre. Esto sorprende, por ser el cristianismo irreconciliable con la fe y práctica del budismo. El lama chino tiene un carácter completamente lugareño, y su hija ha viajado algunas veces por los pueblos de las colinas acompañando a su padre en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Ha participado en peregrinaciones con las diferentes tribus; pero la mayor parte del tiempo permanece en casa o visita a sus amigos de Katmandú. Una vez fue a la India en una excursión cultural. Darling es una mujer educada y una voraz lectora de literatura occidental.

El lama chino recibió a la señora Crosbie en sus habitaciones privadas del *Stupa*. Estaban suntuosamente amuebladas, con adornos de estilo victoriano, y la rueda de rezos, de plata, ocupaba un lugar destacado. El lama llevaba una túnica de seda, y durante la entrevista estuvo sentado en un canapé también de estilo victoriano, con las piernas cruzadas. Mantenía los brazos plegados, con las palmas de las manos hacia arriba, en señal de benevolencia. Las paredes estaban cubiertas con cortinajes. Informó a su visitante sobre los programas de su vida diaria con sus discípulos y peregrinos, pero fue Darling la que respondió a las preguntas concernientes al Abominable Hombre de las Nieves.

Darling describió minuciosamente los tres tipos de Yeti que existen, según se lo había con-

tado el padre sherpa de una amiga suya raptada por uno de ellos.

Un tipo del Abominable Hombre de las Nieves suele tener una estatura de cuatro a cinco metros; el siguiente tipo es una especie de dos y medio a tres metros de altura, y finalmente viene el tipo que tiene aproximadamente sólo un metro cincuenta centímetros.

Estos datos coinciden poco más o menos con las informaciones del año 1953 mencionadas en el capítulo anterior.

Darling parecía completamente seria cuando contaba cómo su amiga había sido raptada. Manifestó que solía ser costumbre del Yeti capturar de vez en cuando a hermosas jóvenes..., si podía. Las llevaba a sus refugios en las montañas. Ni siquiera los huesos de las muchachas desaparecidas se encontraban jamás.

Según el sherpa que informó a Darling, el macho Yeti, cuando captura una chica humana, la oculta de los demás de su especie, especialmente de las hembras, y finalmente dispone de ella.

El sherpa le contó que su hija había sido capturada por un Yeti de gran tamaño, que respondía a la descripción corriente: pelos largos y rojizos y un cráneo alargado y puntiagudo.

Esta información sobre el llamado Yeti es, como siempre, de segunda mano. El relato hecho por Darling de lo sucedido a su amiga era en el fondo un verdadero drama. Cuando regresó a Londres Sheila Crosbie con su hijo pudimos oír

textualmente aquella declaración, porque había impresionado en cinta magnetofónica su entrevista con la hija del lama. Darling hablaba bastante bien el inglés y se oía muy claramente.

En primer lugar narraba cómo estuvo alejada de Nepal durante algún tiempo para completar su educación; después explicaba que la chica raptada había sido compañera suya de colegio en la infancia. Al regresar de su viaje fue cuando se enteró, por el sherpa padre de la chica, de lo que le había sucedido.

Darling hablaba del Yeti que se había llevado a su amiga de la infancia como si el raptor fuese el Rakshi-Bompo. Posiblemente el sherpa exageró en cuanto a la estatura del raptor de su hija, ya que se dice que el llamado Rakshi-Bompo es el más pequeño de la especie, como ya hemos mencionado al principio de este libro.

Sin embargo este informe se ajusta a la versión de Michael Ward sobre las huellas de 1951, en que Sen Tensing describe la clase más pequeña de Yeti como perteneciente a la especie de «devoradores de hombres».

Darling declaró también que a las hembras del Rakshi-Bompo les gusta así mismo capturar machos humanos, si pueden hacerlo, y añadió que, poco tiempo antes que la señora Crosbie visitara Nepal, un Rakshi-Bompo había sido cogido cuando destrozaba un campo vecino de mijo.

Resultó impresionante escuchar la voz de Darling, aunque en cinta magnetofónica, relatando

un hecho sin duda increíble para los oídos occidentales por su fantástico carácter.

Además, como algo accesorio, la señora Crosbie conoció, por la hija del lama chino, algunos aspectos de las costumbres éticas y religiosas de Nepal.

Dijo que para evitar transgredir la ley que prohíbe el acto de la *suttee* (1), y también probablemente para eludir el oprobio religioso a las viudas que no han cumplido con este rito, muchas de las mujeres están casadas por poderes con un árbol. La razón dada para esta extraña ceremonia es la larga longevidad del árbol, de modo que siempre sobrevive a su «esposa».

El marido humano es, pues, siempre un segundo esposo, ya que el árbol es el primer marido, y por tanto aquél puede morirse antes que su mujer, sin consecuencias para ella. Al sobrevivirla el árbol, ella no tiene ya que quebrantar ninguna ley prohibitiva moderna, y tampoco falta a los preceptos de su ley religiosa. Esto parece muy complicado, pero no deja de ser corriente en la actual sociedad de Nepal.

Desde luego no existe la *suttee* en el verdadero budismo, pero muchas antiguas costumbres indias se conservan aún en Nepal.

Todo lo que la señora Crosbie escuchó en el *Stupa* nepalés, y que tan bien recogió para nosotros, debe ser considerado con cierta reserva,

(1) Antigua costumbre india de inmolar a la viuda en la hoguera funeraria de su marido.

recordando las tradiciones que siempre constituyen el fondo de esta cuestión del Yeti.

Durante parte de la entrevista con el lama chino se sentó ella en el suelo con las piernas cruzadas. La rodeaba un intenso y extraño aroma. El piso aparecía bellamente pulido con algún misterioso ingrediente. Más tarde dijo que se trataba de una superficie de barro coloreada con sangre de buey e incrustada luego en una especie de cemento.

Hace algún tiempo Tom Slick, un hombre de negocios tejano que perdió mucho tiempo y probablemente dinero tratando de seguir el rastro del Yeti, pues sentía por ello una verdadera chifladura, se propuso rodar una película en Nepal. Peter Byrne se prestó a ayudarle, probablemente con el doble propósito de encontrar una prueba concreta de la existencia del Abominable Hombre de las Nieves y aprovechar el tema para sacar una película.

Con Slick nos encontramos casualmente a principios del año 1938, al contemplar en la pantalla una película proyectada en el paraninfo de la Sociedad Zoológica de Londres: una película en color que aquél había traído del Himalaya y en que aparecía una supuesta mano del Hombre de las Nieves. Era una mano momificada por el tiempo. Slick había sacado una vista de aquella mano cuando a él y a su equipo les fue mostrada en el monasterio de Pangboche, donde se encontraba en aquel tiempo.

Era oscura, con la piel arrugada y huesos amarillos en forma de garras. Proyectada en el fondo de un chal blanco, la mano estaba acompañada de un individuo de la complexión de un gorila, posiblemente un aborigen, para que sirviera de comparación.

En la época que vimos la proyección en color, en presencia de su propietario y del doctor Osman Hill, prometimos a Slick no hacer en nuestro libro mención de ello, pues él temía que la publicidad pudiera obstaculizar sus futuras investigaciones sobre el Yeti. Mas ahora no vacilamos en dar cuenta de la película, porque su existencia fue revelada en un artículo por Albert Maisel.

Aquella mano, sin embargo, no pertenecía a una especie desconocida. Slick y otros la analizaron durante bastante tiempo, y después de ello parece que aquél también está convencido de que la procedencia de la mano no es la que él creía. Si ésta fuese de remotos tiempos, como decían, habría sido mostrada ya a otras famosas expediciones que se habían detenido antes en Pangboche, lo mismo que les enseñaban el cuero cabelludo.

Bastante tiempo después de este encuentro, en marzo de 1960 para ser más exactos, preparamos una reunión con Margaret Darvell. Ya hacía tiempo que teníamos deseos de entrevistarnos con algún miembro de la expedición Cho Oyu de 1959, formada sólo por mujeres.

Presentada la oportunidad, entablamos cono-

cimiento con una de aquellas valerosas mujeres, con intención de escuchar de modo directo detalles de aquella expedición, que terminó con la muerte de su jefa, Claude Kogan, y de su compañera Claudine van der Straten. De este modo también tendríamos posibilidades de saber si en su excursión habían oído algo relativo al Abominable Hombre de las Nieves.

La señorita Darvell nos refirió cómo en Namche Bazaar, y en otros lugares del Himalaya adonde ha llegado la civilización, el pueblo y los sherpas, viendo el interés de los occidentales por el Yeti, hablan de este tema con cierta sofisticación, o por lo menos eso parece. Quizá sea una máscara para ocultar lo que saben a los investigadores de Occidente, o bien lo hacen para fomentar el turismo, que beneficia grandemente los intereses de la comunidad.

Peter Byrne, que cuando ellas llegaron allí llevaba ya dos años en el Himalaya investigando sobre el Yeti, se interesó por su proyecto y las acompañó hasta su campamento base. Así nos lo dijo Margaret Darvell. Al parecer Byrne tomaba muy en serio la existencia del Yeti, pero al preguntarle al respecto no quiso revelar los resultados obtenidos en su minuciosa investigación. Como lo que importaba a las mujeres era el asalto al Cho Oyu, no se preocuparon más del interés que mostraba Byrne por el Yeti.

Por la naturaleza de la montaña cada vez eran establecidos a mayor altura los campamentos, y

sus instalaciones quedaban más expuestas que las de otras escaladas al Himalaya.

Margaret Darvell tuvo que quedarse a unos seis mil quinientos metros de altura a causa de la rotura de un vaso de una pierna, y el médico de la partida le prohibió proseguir la ascensión.

Ninguna huella anormal fue vista durante la expedición. Una cosa que sorprendió a Margaret Darvell fue la abundancia de liebres enanas en las proximidades de la base, a unos seis mil doscientos metros de altura. En aquella altitud del Himalaya hay solamente hielo, nieve, rocas y cantos rodados, no existiendo aparentemente una vegetación capaz de sostener una fauna. Sin embargo hay cuevas. Hicimos comentarios sobre lo que comerían las liebres en aquellas alturas inhóspitas, y aventuramos la posibilidad de que se alimentaran de hongos comestibles o de líquenes tal vez escondidos en las hendiduras. Aquellos pequeños y graciosos animales debían de vivir de algo, y, a su vez, quizá constituían un sabroso bocado para el paladar del Yeti.

XIII

EL DREMO

Teorías, hipótesis, leyendas y referencias relacionadas con el Abominable Hombre de las Nieves surgen constantemente, y son difundidas y tergiversadas de tal forma que semejante acumulación de datos impide muchas veces, con su continuo tejer y destejer, llegar al fin deseado.

En el verano de 1959 el nombre del doctor Rinchen, ya mencionado en las consideraciones del profesor Porschniev que figuran en el capítulo V de este libro, apareció también en una información dada por Christopher Dobson en el *Daily Express*. En esta información se enfocaba la cuestión del Abominable Hombre de las Nieves y la relación que podía tener con su alejado primo el Almas. Dobson, que tenía cierta misión en Mogolia, relataba sus viajes por aquellas regiones y afirmaba que había encontrado huellas de un ser extraño, al que denominaba «hombre-monstruo».

Dobson informaba:

«Cierto día, atravesando el bosque, me encontré un *yurt* (tienda mogola) en el que habitaba

una mujer del país, gruesa, de media edad, que estaba lavando junto al río. Le di los "Buenos días", y con gran asombro por mi parte me contestó en perfecto inglés:

»— Buenos días. ¿Le gustaría tomar una taza de café?

»Yo entonces me alojaba en la residencia de verano del doctor Rinchen, el conocido hombre de letras de Mogolia, que era una persona encantadora: bronceado, bien vestido, con una cabeza leonina, melenas blancas y patillas al estilo de Mogolia.

»Charlando con él, en medio del antiguo bosque sito en la montaña sagrada, de arte y literatura de la antigua Mogolia descubrí que era una persona especializada en lo referente al Abominable Hombre de las Nieves. Me dijo:

»— Nosotros lo llamamos Almus, que significa "hombre salvaje".

»— ¿Usted cree que realmente existe el llamado Abominable Hombre de las Nieves? — le pregunté.

»— Estoy seguro de ello — contestó —, y también de que es un hombre. Una persona de baja estatura, que no conoce el fuego y que sólo habla con gruñidos parecidos a los del camello.

»Su mujer no se manifestó de acuerdo y dijo:

»— No; no es un hombre: es un oso.

»Pero Rinchen se mantuvo en sus trece. Habló de las leyendas, de la historia de un cazador que se decía había sido raptado por el Almus hacía

cuarenta años y que vivía en una cueva con la familia del Abominable Hombre de las Nieves. Era éste de la especie que él había dicho, y disponía de una cueva caliente y seca, con un gran espesor de hojas extendidas sobre el suelo.

»Rinchen añadió que hay dos tipos de Abominable Hombre de las Nieves: uno de un metro ochenta centímetros de estatura y otro de talla menor. Ambos tienen cabello largo en la cabeza, y el resto del cuerpo está cubierto por un pelaje corto.

»Una leyenda mogola dice que las Abominables Mujeres de las Nieves se sienten más atraídas por el hombre humano que por el Hombre de las Nieves. Por este motivo los hombres de las tribus que cazan en las altas montañas sienten el temor de ser raptados. Nunca mencionan al Almus, y cuando se refieren a él lo llaman "el Tío".

»Aquella conversación con una persona extremadamente inteligente me llevó a una profunda investigación sobre la historia del Hombre de las Nieves, de cuya existencia estaba él tan convencido.

»Al día siguiente fui a visitar el templo budista de Ulan Bator. La mayoría de los templos están cerrados desde que Mogolia se convirtió en un Estado comunista y a los lamas los pusieron a trabajar. Pero aún continúan abiertos unos cuantos templos, en maravillosos y llamativos edificios con tejados puntiagudos de pagoda, y sus

La cumbre del Everest, vista por encima de un bosque himalayo de rododendros, donde tal vez mora el Yeti.

Efecto de nubes a gran altura: clave de un misterio himalayo. ¿Serían acaso nubes de formas caprichosas, como estas que dibujó el difunto G. Aubourne Clarke, las figuras que F. S. Smythe vio rondar por la cima del Everest? Dan la impresión de siluetas y movimientos semejantes a los pájaros.

lamas llevan vestiduras de colores azafrán y naranja. En el templo que visité había un enorme Buda de porcelana y una fila de tableros sobre los cuales se prosternaban los lugareños para rezar. Dos filas de lamas estaban agachados, con las piernas cruzadas, en un espacio con columnas de las cuales colgaban cintas multicolores, rodeados de un denso humo de incienso. Salmodiaban una especie de canto, batiendo el gongo y soplando cuernos.

»Fui conducido a la biblioteca, donde me mostraron preciosos libros forrados de seda, algunos escritos con caracteres dorados. Cada página estaba separada. Una hoja oblonga de papel o de madera, y a veces de papiro, aparecía exquisitamente grabada y estampada en relieve.

»Y allí, entre todos aquellos libros, tuve mi segundo encuentro con el Almus, pues entre las páginas de un libro de historia natural, de una antigüedad de doscientos cincuenta años, encontramos un dibujo del Almus. Los lamas estaban convencidos de su existencia, y lo mismo creían los lugareños con quienes hablamos.

»Pero no sucedía lo mismo con los elementos oficiales comunistas, que, deseosos de que su país fuese considerado una nación moderna, se desprendieron rápidamente de las viejas leyendas y mitos, que sólo servían "para engañar al pueblo".

»Yo me pregunto si habrá regiones de Mogolia todavía sin explorar. Animales raros, camellos salvajes y caballos indómitos suelen encontrarse

allí cuando ya no existen en ninguna parte del mundo. Yo confío en que el doctor Rinchen tenga razón y que el Abominable Hombre de las Nieves exista. Después de todo muy bien puede ser que los comunistas sean realmente incapaces de explicárselo. Pero incluso para los comunistas existen muchas cosas en el cielo y en la tierra.»

El relato de Christopher Dobson, basado en su encuentro con el doctor Rinchen, originó nuevas opiniones sobre el Abominable Hombre de las Nieves en aquella parte del mundo, que fueron publicadas en Inglaterra, a excepción de la información dada por el profesor Staniukovich, que se burlaba de la existencia del ser misterioso.

El doctor Rinchen está lógicamente de acuerdo con el punto de vista del profesor Porschniev, y los resultados a que ambos han llegado aparecen en el informe del año 1958.

Las conversaciones de Dobson con Rinchen, con los sacerdotes locales y con los aldeanos han servido para aumentar nuestras sospechas de que en esta cuestión existen partidos rivales en Rusia y en Mogolia.

Una corriente de ideas se dirige en busca de la verdad, mientras que otra trata de eliminar del pasado lo que considera incultura, con miras a estimular el futuro progreso del país.

Pero los mitos y los relatos montañeses no pueden ser despreciados por completo. Algunos de ellos son como destellos de luz que iluminan el camino de la verdad.

Durante el verano de 1959 aumentó considerablemente el interés por el Abominable Hombre de las Nieves.

A continuación de la entrevista de Christopher Dobson con el doctor Rinchen, en julio de aquel mismo año, Geoffrey Thursby, otro corresponsal del *Daily Express*, envió desde Calcuta a Londres una información que fue publicada inmediatamente.

Esta información resulta de gran interés considerada desde el punto de vista de la historia natural, de la leyenda y del folklore.

Geoffrey Thursby escribe:

«Una hermosa piel azul dorada fue comprada por dos libras a un lama de un monasterio en el lejano Bután, en los confines de la India y el Tibet. La tal piel es una prueba de la existencia del misterioso Yeti — el Abominable Hombre de las Nieves —, piel que actualmente se encuentra encerrada en una caja fuerte de Calcuta y asegurada por una elevada suma.

»La historia comenzó en Bután hará un mes. Desmond Doig, uno de los pocos ingleses que han viajado por aquellos lugares, que había llegado caminando hasta el monasterio, me ha contado hoy:

»— En la puerta observé una hermosa piel azulada y dorada, de un metro cuadrado de superficie. Pregunté a mi guía de qué se trataba y me contestó que había pertenecido a un Yeti. Le dije si podía fotografiarla, y me respondió que

no valía la pena de hacerlo con aquel trozo, ya que el lama poseía una piel completa.

»Doig añadió que había visto una piel entera, sobre el sillón de un lama, en la oscuridad del monasterio. Intentó saber cómo podría conseguir aquella piel. El lama le dijo que él la había comprado a un refugiado tibetano por quince rupias (unas ciento sesenta pesetas), y que la vendería gustoso si sacaba algún beneficio.

»Doig compró la piel por dos libras y la llevó a Calcuta, donde un amigo le dijo: "Ésta es tal vez una de las pieles más valiosas del mundo. ¡Alguien podría robarla!" Y Doig replicó: "Más fácilmente robarían la piel de mi cachorro de leopardo. La pondré en una caja, en mi habitación, y ataré el leopardo a la caja."»

(Más tarde Desmond Doig nos dijo que el leopardo le había sido regalado por el maharajá de Bután.)

La historia de Geoffrey Thursby continúa:

«La piel fue identificada como procedente de un oso azul del Tibet, del cual en el mundo occidental solamente existen cinco o seis pieles, cráneos y huesos, en colecciones privadas o en el Museo Británico.

»Pero hay un eslabón que puede unir el oso azul del Tibet con el Yeti, ya que Doig me dijo: "La mujer de un oficial tibetano que conocí identificó también la piel que yo había comprado como perteneciente a un oso Dremo."

»Según las leyendas, el Dremo raptaba a las

mujeres y las llevaba a las altas montañas, a los picos más elevados. Existen en el Tibet unos versos dedicados al Dremo, y una canción en que se describe la plegaria de una joven raptada por el Dremo. Dice así:

Mi señor Dremo,
esta noche hay luna llena,
y te ruego que me permitas
regresar a mi casa
junto a mi padre,
y con mi madre,
y con los demás, junto al fuego.
Cuando esta gruesa luna sea delgada,
y cuando la delgada luna sea otra vez gruesa,
quedando como una piedra preciosa
sobre el hombro de la colina,
yo de nuevo volveré junto a ti,
a pesar de ser triste el regreso.

»Similares leyendas existen acerca del Yeti.

»Hay un punto que debe ser aclarado antes de poder establecer que el oso azul del Tibet es también el Dremo, y quizá, posiblemente, el Yeti. El oso tibetano siempre ha sido descrito como de matiz azul. El Dremo se dice que es de un tono dorado.

»Doig y yo hemos examinado juntos la piel. Tiene un metro y medio de longitud, sin las piernas. Esto haría que el animal tuviese unos dos metros de estatura, la de un hombre muy alto,

y tales dimensiones van siempre asociadas a las del Dremo y el Yeti.

»Colocando la piel contra una pared blanca, descubrimos que al darle la luz parece por un lado azul y por otro dorada.

»Cuando examinamos la piel, bellamente suave y brillante, observamos que cada pelo tenía una coloración dorada en las puntas, pero su parte inferior era azulada. Con distinta iluminación, y sobre el blanco fondo de la nieve, es posible que, según los casos, el animal parezca de tonalidad azul o dorada.

»La piel tiene un color amarillo pálido en la línea que une los hombros: uno de los matices más encantadores que puedan verse. Esta variación de color según sea la iluminación nos hizo suponer que se trataba de la piel de un Dremo. Y si el Dremo es un animal próximo a extinguirse, que se oculta en los elevados picos del Himalaya, muy bien pudiera ser el origen de la leyenda del Yeti.»

Tal vez sea en verdad el origen de algunos relatos populares sobre el Yeti, aunque solamente de un modo parcial.

El Dremo, o Dre-mon, ha sido mencionado ya en el capítulo VI al transcribir ciertos datos recogidos por W. W. Rockhill hace muchos años. Los comentarios de Rockhill sobre este animal se ajustan completamente y de un modo lógico a las especulaciones del año 1959.

Pero no aceptamos la declaración de que la

altura de dos metros esté siempre asociada a la estatura del Yeti, ya que las diversas especies del Yeti presentan distintas dimensiones.

Por muy pintoresca que sea la historia de la piel de Bután, creemos que el Dremo o Dre-mon no constituye la completa respuesta para el misterio del Hombre de las Nieves.

La descripción de los pelos no se parece en nada a la de los pelos rojizos, grises, negros o amarillentos que en diferentes ocasiones han sido sacados de pieles dudosas o de aquellos enigmáticos cueros cabelludos guardados en alguno de los monasterios del Himalaya.

No coincide con tales descripciones, aunque éstas sean de segunda mano y derivadas de informaciones de los sherpas. De todos modos, éstos y los viajeros de altas altitudes mantienen aquellas descripciones de modo firme y consecuente: la tosquedad de las capas peludas y el color variable: rojizo, gris, amarillento, casi blanco o casi negro.

Desde el punto de vista legendario existe analogía entre este moderno incidente del Dremo, con el poético relato del rapto de una doncella, y el de Rama y Sita que hemos mencionado en el capítulo IV.

El Dremo 1959 no es ciertamente una fantasía: creemos que la piel que se le atribuye pertenece en realidad a una especie de oso poco corriente y que no puede ser confundida con la de otras fieras.

Mientras estábamos trabajando en esta historia del Yeti, el doctor Osman Hill, que había visto la piel, nos dijo que también le parece todo muy raro, y que de ningún modo se comprometería a declarar que esa lujosa piel pueda ser decisiva para resolver el misterio del Hombre de las Nieves.

La piel se encuentra depositada en Inglaterra. La firma de naturalistas Rowland Ward, Lda., al conocer nuestros deseos de contemplarla, no se mostró remisa y nos dio toda clase de facilidades para examinar las pocas pieles de osos tibetanos azules existentes en la sección de Historia Natural del Museo Británico, en South Kensington. Comparada la llamada piel del Dremo con las conservadas en el museo se comprobó que eran idénticas.

El color azul de la piel es efecto de la imaginación, pues únicamente existe una ligera tonalidad en la punta y en las raíces de los pelos, muy confusa. «Dorado» sería el término más apropiado, pues la piel tiene un matiz de oro que se extiende en una gran superficie, con diferentes grados de color acastañado.

Las pieles que hemos visto en el museo tienen una variada distribución de colorido. El ejemplar de Desmond Doig es el más fino.

Cuando nuevamente nos encontramos con el doctor Osman Hill y hablamos de sus investigaciones sobre el Dremo nos dijo que después de nuestra última conversación había adquirido al-

gunas muestras raras que le habían servido para observaciones y comentarios. Una de las curiosidades que nos permitió examinar eran excrementos conservados en un recipiente de cristal. Aquello sólo sirvió para burla de los escépticos, que dijeron que, en una u otra forma, de semejante cosa había una gran abundancia por toda la tierra. Pero aquellas muestras habían sido encontradas, entre fines de 1959 y comienzos de 1960, en los montes Klamath del noroeste de California, poco más o menos en la misma región donde en 1958 fueron descubiertas las huellas gigantes de pisadas de que se ha hablado en el capítulo precedente, en unión de las referencias similares de la Columbia británica.

Aquellos restos de excrementos fueron atribuidos al responsable de las pisadas hechas por el «Pies grandes», como fue denominado por los obreros que las descubrieron. De las huellas se dijo que eran mucho mayores que la variedad del Himalaya.

Los excrementos, que pasaron al laboratorio del doctor Hill, eran oscuros, de naturaleza fibrosa, e indicaban que el ser era vegetariano en sus costumbres alimenticias, aunque en el análisis no se demostró esto de modo categórico, pues las deposiciones de algunos animales que a la vez son vegetarianos y carnívoros dependen del último alimento ingerido.

Otras muestras similares fueron encontradas en el mismo lugar, dijo el doctor Hill, pero no

era constante su naturaleza fibrosa. Tenían semejanza con las heces humanas, aunque se diferenciaban por su gran tamaño.

El fenómeno — o fábula — del «Pies grandes» había ya ocurrido con anterioridad en el noroeste de California. El doctor Hill dice que está dispuesto a continuar investigando sobre este misterio, y considerará o rechazará las pruebas que encuentre, según sea su naturaleza y el modo como se produzcan.

Con el título «Pies grandes» apareció recientemente una referencia en la revista norteamericana *True*. Hablaba del descubrimiento de huellas de pisadas de inmensas proporciones en una parte salvaje y poco frecuentada del noroeste de California, cerca de la frontera del Estado de Oregón. También se hablaba de un excremento similar a la muestra guardada en el laboratorio del doctor Hill, en la Sociedad Zoológica de Londres.

El interés fue reavivado, y como resultado de ello se emprendieron nuevas investigaciones para tratar de resolver el misterio volviendo al lugar inicial de los hechos, en Kamloops, Columbia británica.

El profesor George Agogini, de la Universidad de Wyoming, se interesó por el caso.

Tanto el fenómeno de Canadá como el de California han servido para aumentar el interés, pero también han contribuido al incremento de las burlas, por apartarse de la seriedad de una

buena investigación científica. Esto no es posible evitarlo cuando algo parece inverosímil.

Pero aun los mismos científicos y sus amigos gastan sus bromas: recuérdese lo que sucedió cuando el «descubrimiento» del cráneo Pitdown, realizado por el fallecido Charles Dawson, y que más tarde se supo que había sido una burla.

XIV

HABLA MIRA BEHN

Mira Behn (Magdalena Slade), la discípula inglesa de Mahatma Gandhi, en los últimos diez años salió de la oscuridad que se había impuesto para el mundo occidental. En la controversia que tuvo lugar en 1951-1952 acerca de las huellas expresó también su opinión. Dijo que había sido visto el Hombre de las Nieves a unos ochocientos kilómetros al oesnoroeste del Everest. Añadió que lugareños de cerca de donde ella vivía en Garhwal aseguraban haber encontrado trazas del Yeti a alturas que oscilaban entre los mil quinientos y los dos mil metros, por debajo de la zona nevada.

Al parecer, un anciano que en una noche de luna se hallaba en la montaña, posiblemente buscando alguna vaca descarriada de su rebaño, pudo ver en una ladera a un Hombre de las Nieves. Era muy alto, «lo mismo que un gigante, con grandes hombros peludos, y usaba como un abrigo de pelo». Tales fueron sus palabras. Al día siguiente el viejo vio las huellas de las pisadas. Mira Behn poseía también una segunda informa-

ción de otra persona, que le dijo haber visto un animal de pie, pero de menor tamaño, que escapaba muy aprisa.

Cuando nos enteramos de estos dos informes — varios meses antes que estuviese este libro terminado — nos pareció que tales visiones tenían cierta semejanza con el caso de aquel oficial del gobierno que muchos años antes, en un acantilado, había visto un «mono» gigante, con sus descendientes. La noticia provocó las burlas de sus compañeros, y el oficial guardó silencio sobre aquel caso el resto de su vida.

Durante su estancia en la India, en 1952, Mira Behn suplicó «que nadie disparara sobre aquel hermano desconocido de las montañas», y anunció que trataría de continuar sus investigaciones cuando se le ofreciera una oportunidad.

Al parecer, durante algún tiempo se ocupó Mira Behn del ganado vagabundo que en la India, por motivos religiosos, se deja suelto a su propio destino en diferentes partes del país. Concibió un plan de rescate y abrió un santuario en las colinas remotas, cerca de Rishikesh, donde acogía al ganado sin refugio. Este proyecto fue ampliado por otras personas en diferentes regiones de la India.

Escribimos a Mira Behn para saber si había continuado en sus investigaciones sobre el Hombre de las Nieves. Pasaron algunos meses, y en el verano de 1959 regresó a Inglaterra con la intención de publicar sus Memorias, visitar a sus

amigos y descansar de la ardua tarea que había emprendido durante muchos años en las elevadas altitudes. Nos encontramos, y este encuentro, que tanto habíamos esperado, constituyó para nosotros un gran privilegio.

Antes de ocuparnos del Hombre de las Nieves nos habló Mira Behn de sus actividades y experiencias, principalmente de los años 1954 y 1955. Cuando concibió el proyecto de rescate de ganado, el gobierno indio había legislado lo necesario para organizar el desarrollo ganadero en Cachemira, y Mira Behn fue nombrada directora honoraria. El propósito consistía en mejorar en alto grado las reservas locales de ganado.

La dirección del llamado «Proyecto de desarrollo ganadero de Cachemira» fue situada a cerca de dos mil metros de altitud, pero la zona de actividades variaba con las estaciones. En la primavera y el otoño la zona radicaba a más de dos mil metros, y en el verano, a dos mil quinientos.

Las visiones del Hombre de las Nieves y la observación de sus huellas tuvieron lugar en elevaciones de mil a mil quinientos metros, y aún más altitud, según dijo Mira Behn.

Varios informes le llegaron mientras estaba ocupada en el proyecto ganadero. Los lugareños que decían haber visto al Yeti se mostraban generalmente muy reservados cuando los interrogaba sobre esta cuestión.

Se encontraba en la región de Garhwal cuando oyó la historia del anciano que había visto la

figura del Yeti a la luz de la luna en una ladera de la montaña. Esto sucedió a unos cuarenta kilómetros más allá de Tehri, cerca del río Bhelung, afluente del Ganges.

Mira Behn describe la visión del lugareño como algo «grande y peludo». Y respecto al hombre que vio una figura similar acompañada de otra más pequeña, nos dijo que esto ocurrió cinco años antes. La criatura era una hembra, grande y gris, y otras más pequeñas correteaban a su lado.

Cuando el revuelo producido por las fotografías obtenidas por Eric Shipton de las huellas en el Himalaya, Mira Behn enseñó las fotos a los lugareños, y éstos no dudaron en reconocerlas. Dijeron que habían encontrado huellas análogas no solamente en la nieve, sino también en campos recién arados. Cierta vez uno de ellos las halló sobre un montón de desparramadas cenizas. Fueron vistas en el Garhwal y a una baja altitud: poco más de mil metros.

Un nativo que había sido soldado en el ejército indio durante la campaña de Birmania dijo a Mira Behn:

—Yo vi una vez al Hombre de las Nieves. Sucedió que al mirar hacia abajo en un declive vi de repente un gran ser peludo, de color rojizo, que descansaba al sol. Me puse nervioso; cogí una gran piedra y se la arrojé. Esto le hizo huir.

Los habitantes de aquellas regiones consideran al Hombre de las Nieves como un ser huma-

no. Mira Behn nos dijo que algunos pastores nómadas de Cachemira, llamados *gujars*, a quienes ella conocía muy bien, le aseguraron haber visto al Yeti, tanto al macho como a la hembra. Estas conversaciones con los pastores tuvieron lugar a unos dos mil quinientos metros de altura.

Los gujars y otras gentes de las colinas de aquella región llamaban al Yeti *Van-Manas*, nombre al que más adelante agregaron aún otro. Existe un enlace remoto con la pronunciación del Almas de Mogolia.

Dos años antes que Mira Behn empezara sus investigaciones sobre el Hombre de las Nieves, un Van-Manas raptó a una mujer gujar. Algunos pastores siguieron su rastro a través de collados y pasos hasta llegar a una cueva. Una gran piedra tapaba la entrada. Reuniendo sus esfuerzos lograron separar la piedra; penetraron en la cueva y acorralaron y mataron al «hombre peludo». La mujer estaba intacta.

Cabe preguntarse por qué no fue sacado el cadáver para su inspección y análisis; pero la mentalidad primitiva, y el temor a alguna complicación, indujo a los gujars a no proceder en aquel caso como debieran.

Cuando Mira Behn indicó a los hombres que le habían relatado el anterior incidente que desearía hablar con los pastores que tomaron parte en él, ellos replicaron, con toda naturalidad:

—Desde luego podemos encontrarlos, para que usted les haga preguntas; pero no le darán

el menor detalle sobre esta cuestión, porque usted es forastera y se halla relacionada con el gobierno.

Y ahora viene lo más notable: al preguntarles Mira Behn por qué el hecho de depender ella del gobierno los haría enmudecer, le respondieron sus informantes que los pastores que habían perseguido y matado al «hombre peludo» tenían miedo de ser ¡inculpados de asesinato!

Mira Behn relató otro sucedido. Este caso se refiere a dos hermanos de una aldea de Cachemira, a unos mil quinientos metros más allá de Kangan y a mitad de camino de Sonmerg, un lugar muy bello al que después del mes de mayo, cuando ya no existe peligro de aludes, se puede llegar fácilmente en coche. La altitud varía de dos mil quinientos a cerca de tres mil metros. Los hermanos eran de la clase india *Pandit*: término que indica que los así designados han recibido una educación. El suceso tuvo lugar cuando inspeccionaban los trabajos forestales del lugar.

Habían cocinado arroz para comer, y dejando la comida bajo un árbol fueron un momento a ver la faena de tala de árboles. Cuando regresaron para comer tuvieron un susto: un enorme Van-Manas, el «hombre peludo», estaba examinando la olla con el arroz. Como eran dos contra uno, al verlos dio un salto y se internó rápidamente en la jungla.

— Cierta vez en que me hallaba con los rebaños en terrenos de elevados pastos, a unos dos

mil quinientos metros de altura — continuó Mira Behn —, cavamos un canalizo de unos tres kilómetros de longitud para la conducción de aguas hasta los albergues del ganado. Un día, aproximadamente a unos dos kilómetros de los cobertizos, el hombre que vigilaba la excavación del canalillo se encontró frente a frente con un Van-Manas. El «hombre peludo» estaba parado contemplando la tierra recién removida, como preguntándose si todo aquello iba a causar trastornos en su refugio de la jungla. El vigilante, alarmado, se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido para que acudieran los trabajadores. Al oír el silbido el Van-Manas le miró y, saltando sobre el canalillo recién abierto, desapareció en el bosque.

Cada vez que Mira Behn pedía que le describieran el Van-Manas le decían que su rostro era como el de un ser humano. Cierto individuo de Cachemira, a quien Mira Behn solicitaba el mayor número posible de detalles, le señaló de repente la fotografía de un magnate de los negocios que aparecía en un periódico y le dijo:

— ¡Como éste, casi exacto, es el Van-Manas!

Cuando insistía sobre la naturaleza de la especie, los gujars respondían invariablemente:

— El Van-Manas no es un oso, ni un gran mono, ni camina sobre los nudillos como alguien ha dicho...

Cabe preguntarse si la verdad sobre el Hombre de las Nieves será descubierta a través de costosas expediciones, prometiendo crecidas re-

compensas a quien, siguiendo buenas pistas, proporcione alguna prueba física o un indicio concluyente. Este acicate económico tal vez resultase fructífero, especialmente en aquellos lugares en que el trabajo es duro y las ganancias no muy abundantes.

Semejantes a los fenómenos fisiológicos son los psíquicos. Se establece una mayor autenticidad en el trato de dos personas si el conocimiento llega de modo involuntario, esto es, de manera absolutamente natural.

En nuestro intercambio de opiniones a este respecto fue interesante comprobar que Mira Behn y nosotros, separados por miles de kilómetros de distancia, y hasta hacía poco mutuamente desconocidos, pensábamos del mismo modo.

— La manera de hallar la verdad acerca del Hombre de las Nieves es proponérselo seriamente — dijo Mira Behn —, y no por el procedimiento de aplicar una maquinaria moderna y poco familiar que no haría más que estorbar. Se requiere una infinita paciencia para ganarse la confianza ajena. El Hombre de las Nieves, sea quien sea, no ha de ser considerado una curiosidad digna de ser cazada o capturada. La humildad es necesaria en las investigaciones sobre esta especie viviente. Tiene que realizarse una aproximación casi espiritual, tal como debe hacerse con todos los seres vivos, mansos o salvajes.

»La investigación puede requerir largo tiempo, y por tanto deben llevarse provisiones; y el pro-

cedimiento debe consistir en vigilar durante la noche desde sitios ocultos, bien elegidos, a ser posible entre las ramas de los árboles.

Nos vienen a las mientes las trampas para cazar tigres usadas en algunas regiones: una vigilancia paciente durante la noche, aguantando el frío, esperando largas horas oculto entre las ramas de un árbol, hasta capturar la pieza. Para el Hombre de las Nieves no hace falta ninguna trampa: solamente una máquina de fotografiar muy potente, con teleobjetivo, que permita obtener una buena fotografía al fugaz resplandor de un flash.

El Yeti es una especie salvaje, sea cual sea su naturaleza, y se asusta de lo que no le es familiar. Estos seres salvajes pueden hasta oler a las personas extrañas y percibir sus movimientos; no resulta raro, por tanto, que cualquier perturbación los inquiete.

Mira Behn sugiere que el mejor método para avanzar en el descubrimiento sería contratar a nativos, que actuaran individualmente o en turnos de grupos reducidos. Éstos podrían rastrear al Hombre de las Nieves. Los pastores gujars son en general personas inteligentes que podrían realizar este cometido y aprender el manejo de una cámara fotográfica. Y quizás, empleando como cebo algún alimento, después de pacientes sesiones nocturnas de vigilancia, ocultos con su cámara entre las ramas de un árbol, podrían obtener algún resultado práctico.

Los métodos sencillos dan con frecuencia mejores resultados que una laboriosa preparación. A las desperdigadas observaciones y experiencias de montañeses y campesinos, desligados de una expresa investigación sobre el Hombre de las Nieves, puede otorgarse mayor autoridad, en sus esporádicos informes sobre incidentes ocurridos, que a todos los conseguidos por costosas expediciones.

Resulta interesante recordar aquí la prudencia de H. W. Tilman al subtitular «Antropología o zoología» su «Apéndice B». Todavía en los estudios e investigaciones no ha podido especificarse a qué categoría pertenece el Hombre de las Nieves, o si a causa precisamente de esta especie ha sido creada una nueva e inmediata categoría.

En otras palabras: ¿entra el Yeti dentro del reino animal, en su sentido más amplio, se encuentra incluido dentro del campo más limitado del hombre, o pertenece a una nueva categoría?

La entrevista con Mira Behn nos inclina al repaso y estudio de hipótesis, experiencias y escepticismos, e incluso a tomar en serio casos como el del Sasquatch de la Columbia británica, así como las raras historias procedentes del norte de California referentes a un «primo» de aquella especie, sin tener en cuenta de momento lo que pueda haber en ellas de grotesco o disparatado.

XV

HIPÓTESIS GEOGRÁFICAS

Lo notable de los informes que de un modo intermitente se reciben acerca del tema del Abominable Hombre de las Nieves es que la especie aparece siempre sin identificar, y ello, de modo misterioso, ocurre en zonas geográficas de la misma naturaleza.

Incidentes de inexplicables apariciones se producen dispersos y a considerables distancias unos de otros. Esto sugiere la idea de un camino en forma de S que cruzara la tierra. Los vacíos existentes se encuentran en su mayor parte, naturalmente, en los principales océanos, con la separación de continentes o la intercalación de grupos de islas.

La curva más marcada de la S se encuentra en las montañas del Pamir, en Rusia; atraviesa luego Cachemira, el Himalaya, Sikkim y Bután, y sigue por Mogolia, con sus desiertos y montañas. Desde allí una línea teórica puede ser trazada hasta las alturas del nordeste de Siberia y el estrecho de Bering, que en el pleistoceno o Gran Edad de Hielo fue una tierra unida con Alaska.

Desde este punto una línea imaginaria baja al noroeste de Canadá y las Montañas Rocosas, con una ramificación hasta la Columbia británica, donde se sitúan las leyendas del «hombre peludo», y, más abajo, hasta el lugar de los hallazgos de California.

La naturaleza de las huellas de pisadas y las informaciones sobre incidentes ocurridos en tan separadas regiones concuerdan de modo notable, y siempre se refieren a zonas muy montañosas, territorios cubiertos por la jungla o por una muy densa vegetación, y que disponen de gargantas y lugares inaccesibles para el ser humano, como ventisqueros, torrentes y cuevas.

El estrecho de Bering, formado por pequeñas elevaciones intermedias de tierra, y que en otro tiempo unía Siberia con América, tiene una anchura de ochenta y tres kilómetros, y aunque el cinturón costero de Alaska está lleno de tundras y marismas, es también considerablemente montañoso. Cadenas de montañas se alinean con altitudes moderadas de mil quinientos y dos mil metros, y algunas muy notables como los Brooks Range y las Montañas de Alaska, que llegan a tener tres mil metros e incluso más. Estas elevaciones son consideradas geológicamente como la continuación norteña de las Montañas Rocosas.

La región montañosa de los Brooks es una importante elevación de ciento ochenta kilómetros de anchura y cerca de mil kilómetros de longitud. Ya cerca de la costa descienden estas

alturas hasta los setecientos metros y forman una meseta parcialmente llana, con redondas colinas intercaladas. Allí existen erosiones, glaciares, torrentes y lagos similares a los del Himalaya y Mogolia.

Tal vez el fenómeno del Yeti, Rakshi, Almas o Van-Manas, cualquiera que sea su nombre, pueda ser explicado mediante investigaciones emprendidas, bajo una dirección científica, por pequeños grupos integrados por nativos de cada región, como sugiere Mira Behn. Cada grupo, en cooperación con expertos, exploraría lugares apartados, aún sin escudriñar, eligiendo como campo de operaciones los terrenos que reúnan las mismas condiciones que aquellos en que el fenómeno ha sido observado, con lo que creemos que se obtendrían buenos resultados.

Desde Cape Wales, en Alaska, a las montañas del Pamir hay unos siete mil kilómetros. Las Montañas Rocosas, tomando a Kamloops como centro, están separadas del Pamir unos ocho mil kilómetros, y mil quinientos kilómetros separan el Pamir del monte Everest.

Existe suficiente afinidad entre algunas de las historias del Himalaya, Mogolia y otras zonas, para sugerir la posibilidad de que haya algo «perdido y oculto tras los montes».

En Malta, cerca de un lugar llamado Birzebbuga, está Ghar-dalam, que en lengua semítica significa «La cueva de la oscuridad». Cuando durante varios años se realizaron allí excavaciones, en

el siglo pasado, se comprobó que el suelo de la cueva, que tiene una profundidad de dos a dos metros y medio, se hallaba cubierto por una espesa capa de huesos de antiguos animales de distintas especies africanas.

Según la información que circuló en un principio, parece que el único vestigio de especie humana que se halló fue un diente atribuido al hombre de Neanderthal; pero en años posteriores corrió el rumor de que también se habían encontrado algunos huesos humanos.

Una curiosa característica del hallazgo fue que la mayoría de los huesos de animales encontrados eran relativamente los de menor tamaño, lo cual sugería que los huesos mayores y los cráneos debieron de desaparecer cuando la cueva era un gran lago cruzado por una rápida corriente de agua. ¿Esta corriente arrastró tal vez solamente los residuos mayores, que se dispersaron y perdieron?

La hipótesis que ofrece este fenómeno de huesos de animales no europeos es que en otra época el Mediterráneo, incluyendo Malta, era una tierra seca que formaba parte del continente africano.

Durante la estación del calor suelen emigrar los animales hacia el norte, para buscar temperaturas más frescas, como sucede con muchas de nuestras aves migratorias, y más tarde vuelven a sus lugares de residencia habitual.

Algún cataclismo debió de tener lugar mientras los animales africanos se encontraban en

Malta: quizá la separación de continentes, y por tanto el mar actual impidió el regreso de los animales emigrados durante el verano. Solamente debió de quedar un trozo de tierra sin sumergir, la actual isla de Malta, y los animales se vieron imposibilitados para volver a África.

Esto explica por qué en la cueva de Ghardalam se encontraron en gran número los restos de esqueletos de especies no europeas, como elefantes e hipopótamos.

El gran terremoto a que nos referimos debió de ser un cataclismo de la prehistoria. Acaso entre seiscientos mil y veinticinco mil años antes de Jesucristo estaba Malta unida a Italia y servía de puente al continente africano.

Este hallazgo, en un lugar ampliamente separado de tierras en otro tiempo unidas, hace pensar que aún pueden encontrarse ocultos otros misterios, tanto de la vida animal como de la humana.

La referencia de Malta no es un ejemplo aislado de alteraciones prehistóricas de tierras, en que aún permanecen restos de animales tropicales en latitudes no tropicales. Tales muestras han sido incluso halladas en los lodos del río Támesis y en los terrenos septentrionales de Inglaterra.

El ejemplo de Malta facilita esta hipótesis, por resultar más comprensible que otros casos a causa de la relativamente corta distancia entre la costa meridional de Europa y África.

Lo que tal vez sucedió en Malta sugiere el

camino por donde el fenómeno Hombre de las Nieves pudo extenderse ampliamente por todo el mundo.

En agosto de 1959, en la publicación *Man*, revista mensual del Real Instituto Antropológico inglés, se publicó un artículo titulado *Pruebas de la vieja literatura sobre la existencia del Hombre de las Nieves en el Tibet y en Mogolia*, firmado por Emanuel Vlcek, del Instituto Arqueológico de la Academia de Ciencias de Checoslovaquia, en Praga.

En este artículo se hace una referencia al «hombre-animal», cuyo dibujo descubrió el autor en un libro tibetano guardado en la biblioteca de la Universidad de Gandan. El libro, cuya primera edición apareció en Pekín a fines del siglo XVIII, fue reimpreso un siglo más tarde en Ulan Bator, lugar cercano de donde Christopher Dobson se encontró con el doctor Rinchen en el verano de 1959.

La parte del libro dedicada a la fauna del Tibet y regiones limítrofes lleva ilustraciones del «hombre salvaje» junto con otras de monos, leopardos, águilas y diversas bestias y pájaros fácilmente reconocibles, ninguno de ellos de naturaleza mitológica.

El doctor Vlcek añade que en la segunda edición de esta obra, impresa a fines del siglo pasado, aparecen también ilustraciones similares y dibujos del «hombre-animal».

El artículo del doctor Vlcek está parcialmente

fundamentado en los hallazgos hechos en Mogolia, en 1958, por la expedición de la Academia de Ciencias checoslovaca, que trabajó en colaboración con la Comisión Científica de Mogolia. La expedición conjunta fue dirigida por el arqueólogo checo doctor L. Jisl y el arqueólogo mogol Serojub. Un doctor, ayudantes técnicos y fotógrafos, así como un grupo de estudiantes de Mogolia, tomaron parte en los trabajos y colaboraron en la investigación del doctor Vlcek, tan conocido como antropólogo.

Aunque la principal misión de la expedición consistía en establecer el lugar y naturaleza de algunos datos históricos turcos que se remontaban a la primera mitad del siglo VIII, como tarea secundaria figuraba la de organizar una investigación antropológica en Mogolia.

En el curso de estos trabajos el doctor Vlcek descubrió un libro ilustrado, que a la vez era una especie de manual médico o libro de referencias anatómicas de tiempos muy antiguos del Tibet. Los convencionales dibujos, con el estilo ornamental de aquellos pretéritos monjes tibetanos, aunque naturalmente no podían compararse con una fotografía, no dejaban la menor duda sobre si la figura representada era un mono o el «hombre salvaje». Había también dibujos de aves, leopardos e insectos, algunos de ellos con rótulos. En tibetano, chino y mogol el nombre del «hombre-animal» es, respectivamente, *samjda, bitchun* y *kumchin gorugosu*. Este último término mogol

es evidentemente una versión del *Hun-Gouriosku* que figura en el informe del profesor Porschniev (véase el capítulo V).

No puede establecerse aún una opinión sobre si existe afinidad entre el mogol «hombre salvaje» y el Abominable Hombre de las Nieves del Himalaya. Pero, fundándose en lo que parece una suposición lógica de posibles variantes, y de acuerdo con la distribución geográfica, puede adelantarse la hipótesis prudente de que, en conjunto, existe cierta relación.

«La selección natural casi inevitable da lugar a una extinción de las formas vitales menos progresivas y conduce a lo que llamaríamos "divergencia de carácter".

»Nadie debe sentirse sorprendido de que aún permanezca mucho sin explicar en relación con el origen de las especies y sus variedades.

»¿Quién podría explicar por qué alguna de las especies se extiende muy ampliamente y es muy numerosa, mientras otras especies afines tienen un limitado ámbito y son muy raras?

»Todavía sabemos menos de las relaciones mutuas de los innumerables habitantes del mundo durante las numerosas épocas geológicas de su historia.

»Estamos completamente convencidos de que las especies no son inmutables; pero las que pertenecen al mismo género son descendientes directos de otras especies generalmente ya desaparecidas.»

Estas manifestaciones son tan vigentes actualmente como cuando fueron escritas, hace cien años, por Carlos Darwin en su libro *El origen de las especies*. Como todo gran hombre, con sus conocimientos y visión se adelantó a su tiempo.

Siempre hay mucho que aprender.

XVI

EFECTOS DE LAS GRANDES ALTITUDES

Otros elementos pueden haber contribuido a crear el extraño enigma del Hombre de las Nieves en el curso de los siglos.

La nieve y la soledad de las grandes alturas puede producir visiones, como sucede con los espejismos en los desiertos.

Una historia inverosímil, por el estilo de aquella contada por el lama de Thyangboche sobre la muerte de un Yeti después de haberlo embriagado con *chang*, nos llegó de Katmandú el 2 de enero de 1959, divulgada por Godwin Speni, periodista italiano que aseguraba haber sacado una fotografía de un Abominable Hombre de las Nieves.

Dice que vio al Yeti, «un grueso animal parecido a un mono que caminaba erecto», cierta noche en que estaba acampado con dos sherpas en una cumbre del Himalaya, y al día siguiente encontró las huellas de sus pisadas. Nunca más se oyó hablar de tal foto de Speni, que de haberse tratado de lo que él creía habría figurado en la historia fotográfica y zoológica y hubiera circulado por toda la redondez de la tierra.

Ninguna explicación fue dada sobre esa falta de publicidad.

No obstante, su informe motivó una inspirada carta publicada por el *Daily Mail* en la sección de «Cartas al director». La carta, enviada por sir Hugh Rhys Rankin, de Kington, Herefordshire, decía:

«Sir: Se ha anunciado que un Abominable Hombre de las Nieves ha sido fotografiado en el Himalaya. El conocimiento de la existencia de este ser no es nada nuevo para quienes han estado practicando con los budistas Mahayana, como mi esposa y yo mismo. Esto forma parte de nuestra conocida creencia de que cinco Boddhisattvas ("Hombres perfectos") rigen el destino del mundo. Éstos se reúnen una vez al año en una cueva del Himalaya para tomar sus decisiones. Uno de ellos vive en el Cairngorms escocés. Mi esposa y yo vimos claramente a este Boddhisattva cuando atravesábamos el paso de Larig Ghru, hace unos diez años.»

La civilización tiene aún mucho que aprender, y mucho que olvidar, y puede que existan algunos hombres sabiamente elegidos y que estén por encima de nosotros en conocimientos. Pero al contemplar el estado de nuestro planeta en las últimas décadas pensamos, con el debido respeto para los cinco «Hombres perfectos», que deben de haber fracasado o que gobiernan muy malamente nuestro destino.

Volviendo a nuestro tema, debemos recordar

que entre los verdaderos incrédulos, y aun entre los que creen en la existencia del Abominable Hombre de las Nieves, se encuentran quienes, a pesar de las reacciones de orden visual, físico y mental que las grandes altitudes pueden producir, son capaces de cerciorarse de una presencia mediante la vista, el oído y el tacto. Muchos dicen haber visto al Hombre de las Nieves y oído sus gruñidos, silbidos o rugidos; pero en ciertas circunstancias tales sensaciones pueden ser debidas, en verdad, a un espejismo o ilusión producido por el hielo o la nieve.

No nos referimos a testigos que han dado una referencia definida de algo vivo y poco corriente, como sucede con las claras huellas de pisadas cuyas fotografías han mostrado. Pero algunas visiones que pueden considerarse alucinaciones tienen a veces lugar por encima de la línea nevada. También depende mucho de la reacción del individuo en aquel elevado ambiente. Además, como prueban algunas informaciones, la nieve no es siempre factor esencial en las visiones del Yeti. Por ejemplo, en Cachemira se encontraron huellas a alturas relativamente bajas.

Algunos años antes de lo sucedido en 1937 —relatado en un capítulo anterior—, cuando el veredicto parecía inclinarse a que el Hombre de las Nieves era simplemente un «oso», el fallecido F. S. Smythe dio cuenta a dos compañeros montañeros de un par de extrañas experiencias que vivió en el Himalaya. Ocurrieron durante la ex-

pedición al Everest en 1933, y a unos ocho mil quinientos metros de altura: relativamente cerca de la cúspide. Conocidas son las circunstancias que condujeron al fracaso de la expedición.

W. H. Murray relata estos dos incidentes de F. S. Smythe en su libro *The Story of Everest.* Smythe había subido solo desde el sexto campamento, situado a unos ocho mil trescientos metros, después de dejar a Eric Shipton allí para que se recobrara de una indisposición causada por la elevada altitud: había sufrido un colapso cuando él y Smythe trataban de escalar la gran ladera del Everest próxima a la cima.

En el referido libro puede leerse:

«Smythe inició el descenso hacia el sexto campamento. Desde que había partido de allí, tras dejar en él a Shipton, le había invadido la sensación de que llevaba al lado a su amigo, que parecía velar por su seguridad. Tan poderosa era esta sensación, que se sentía como atado a aquella presencia invisible, y esto le sucedió después de cruzar el Gran Corredor hasta la Cadena Amarilla, donde se detuvo para comer algo de pastel de menta Kendal. Partió el pastel en dos y, de modo instintivo, se volvió para ofrecer una mitad a su inexistente compañero. Se sorprendió al no encontrar a nadie a su lado. Continuó el descenso, pero hasta que estuvo a la vista del sexto campamento no le desapareció aquella extraña sensación de camaradería, y repentinamente se encontró solo.»

Puede ser interesante recordar que Mallory e Irving desaparecieron cerca de la cima en el mes de junio de 1924, durante su intento de llegar hasta el Everest. En la época de la experiencia vivida por Smythe, éste se hallaba en las proximidades donde aquéllos habían desaparecido: en el Gran Corredor. El hacha de Mallory fue encontrada durante aquella expedición de 1933.

Comentando el fenómeno de la sensación de un compañero invisible, Wilfrid Noyce recordó recientemente lo sucedido en la Expedición Shackleton al Antártico, cuando el barco *Endurance* fue aplastado por los hielos. Los exploradores permanecieron durante muchas semanas entre hielos flotantes, hasta que después de dieciséis días de marcha pudieron alcanzar un barco en lugar libre de hielos, el cual los llevó a South Georgia. Cuando la partida de tres personas cruzó las agrestes montañas del país en su última etapa tuvieron la extraña sensación de que no estaban solos, y que un cuarto miembro, invisible, estaba con ellos.

— Es una bien conocida experiencia — manifestó Noyce — que el sentimiento domina poderosamente, y parece que algún espíritu guardián se halle cerca, como respondiendo a las plegarias para poder sobrevivir.

Declaró que a unos siete mil quinientos metros de altura había a veces sentido la presencia de alguien, como si fuese la mitad de él mismo que flotara por encima de su actual sensación fí-

sica, en una especie de trascendente designio, consciente de la belleza que le rodeaba y como alentando a la parte mundana, su otra mitad, que iba debajo sufriendo penalidades.

No se trata más que de un doble estado mental, que cesa por completo al descender a niveles más bajos.

Tales experiencias suceden también, aunque más raramente, en las situaciones de tensión o violencia, en un ambiente fuera del habitual, sin que entonces pueda achacarse la causa a una excesiva altitud.

En tales casos parecen notarse unas vibraciones desconocidas, con las que quien las recibe parece estar acorde. Esta clase de experiencia puede quizás estar asociada con los efectos de una elevada producción de adrenalina en el cuerpo humano al encontrarse en un momento de tensión.

Es posible; pero creemos que esto parece dudoso en el ejemplo que vamos a relatar, y se trata precisamente de hechos ciertos, que demuestran la alteración que sufren los sentidos en un momento de repentina agitación extraordinaria.

En cierta ocasión reconstruí en mi memoria una escena vivida durante la última guerra. Mi madre, fallecida actualmente, mi hermano y yo estábamos paseando por una zona en que había enterradas unas bombas sin estallar, cuando una cuarta presencia — en este caso la figura de una abuela querida, muerta hacía algunos años — pa-

reció como si paseara calmosamente con nosotros, como una acompañante celosa y vigilante.

El extraño ambiente de aquella escena revivía en mi interior como en el tiempo que sucedió realmente tal acontecimiento, y en aquel momento sentí también la presencia de la cuarta persona de entonces. Y sólo se trataba de un recuerdo retrospectivo al evocar aquel pequeño grupo familiar de tres personas, con la cuarta figura paseando a nuestro lado.

El segundo incidente de F. S. Smythe que relata también en su libro W. H. Murray es el siguiente:

«La más particular experiencia le ocurrió a la una y media de la tarde, cuando estaba a unos sesenta metros por encima del sexto campamento. Smythe miró hacia la parte nordeste y vio dos objetos oscuros, parecidos a globos de papel, que colgaban del cielo. Se movían con unas lentas pulsaciones. Uno estaba provisto de una especie de toscas alas, y el otro tenía un pico como la canilla de una tetera. Las pulsaciones de dentro afuera con que se agitaban eran muy marcadas, pero más lentas que los propios latidos del corazón de Smythe. Finalmente se convenció de que se trataba de una ilusión óptica, aunque en un principio no sabía qué pensar. Trató de cerciorarse de que su vista era normal dirigiendo la mirada a picos, glaciares y valles, que identificó perfectamente; pero siempre que volvía la vista al lugar primitivo veía lo mismo y captaba las pulsa-

ciones, como si la visión estuviese sometida a algún misterioso impulso vital.

»Cuando regresó a la tienda se vio envuelto en un torbellino, y la visión desapareció para no volver.»

Esta experiencia de F. S. Smythe es una historia clásica de los misteriosos efectos que pueden producir las grandes altitudes, enigma que nunca ha sido resuelto. Tal vez aquella visión se la ocasionó una extraordinaria ilusión óptica.

El fenómeno del «Espectro de Brocken», en las montañas del Harz, Alemania, es parecido al caso mencionado. Cuando el observador se halla sobre una colina parcialmente envuelta en la niebla, en una posición tal que su propia sombra se proyecta sobre otra zona de niebla de la montaña, se configura entonces un espectro gigante, que se percibe de un modo débil a través de la neblina.

El monte Brocken, en el que suele producirse tal fenómeno, tiene solamente unos mil metros de altura.

Unas masas nubosas sobre los picos pudieron también originar la visión de aquellos extraños objetos por parte de F. S. Smythe en aquel día memorable. Pero contra esta hipótesis existen las pulsaciones de las formas enigmáticas. Sin embargo esta impresión óptica pudo ser causada por una vibración nerviosa propia, una momentánea falta de percepción visual debida quizás a la elevada altitud.

La configuración de formas fantásticas por la acumulación de nubes es un hecho corriente, que se produce no solamente a grandes alturas, sino también en todos los niveles. Estos errores ópticos pueden ser sugeridos especialmente cuando las nubes tienen un tinte oscuro y se presentan claramente recortadas, lo que las hace aparecer como si fuesen sólidas.

Las visiones del Abominable Hombre de las Nieves girando en la niebla, con efectos de formas fantásticas, sobre las colinas o en pistas montañosas, pueden considerarse falsas visiones influidas por las condiciones atmosféricas y el estado del tiempo.

Aun teniendo en cuenta la posible anomalía de las reacciones humanas a grandes alturas, y considerando incluso la posibilidad de curiosas ilusiones ópticas a bajas altitudes, las numerosas visiones del Yeti, revisadas las informaciones de los distintos casos, no pueden considerarse todas producto de la imaginación o de la atmósfera.

Las pruebas dadas por los sherpas y los pastores, y las definitivas huellas de pisadas, de ningún modo pueden considerarse incursas en aquella categoría.

Los hechos son demasiado numerosos para ser rechazados como sospechosos en todos los casos. Por lo demás, existen incidentes verosímiles que hemos mencionado y que tuvieron lugar a relativamente bajas altitudes.

Y en cuanto al misterioso silbido oído en la

noche, más tarde atribuido al Yeti durante la fase de aclimatación sobre el Imji en 1953, su mención no procede ni de un sherpa, ni de un lugareño: fue oído por sir John Hunt y por Wilfrid Noyce, aunque después fue un sherpa quien identificó aquel silbido como la llamada de un Yeti.

XVII

EL HOMBRE DE LAS NIEVES CAMINA

El Yeti no es una leyenda, aunque sí lo son algunas de las historias que de él se cuentan.

Cuando se trata de imágenes completamente míticas se nos aparecen con una aureola de completa irrealidad, y, aunque nuestra imaginación se recrea con la fantasía, no podemos aceptar el hecho. Éste no es el caso del Hombre de las Nieves, pues tenemos con frecuencia la impresión de su autenticidad.

Vamos a resumir a continuación los principales aspectos de la cuestión, presentados ya en los capítulos precedentes:

Primero. — La geografía de los lugares donde el animal misterioso, según las informaciones, ha aparecido. En su mayoría son de similar naturaleza, y esto sugiere que algunos de los rumores acerca de especies desconocidas pueden tener fundamento; pero, también, que las visiones no corrientes pueden referirse muy bien a subespecies ya reconocidas.

Relacionado con este aspecto del problema está el hecho de la separación de masas terres-

tres en la prehistoria, que, al convertirse en los actuales continentes, puede explicar la persistencia de algunas mínimas y raras especies en regiones aún sin explorar.

Completamente aparte del tema del Himalaya aparecen informaciones sobre raros descubrimientos en medio de junglas o montañas agrestes, en las que lentamente se va abriendo paso la civilización.

Segundo. — Determinadas condiciones atmosféricas, especialmente en grandes altitudes, producen en los seres humanos ciertos efectos de difícil interpretación, que pueden ocasionar visiones inmateriales del Abominable Hombre de las Nieves. El hecho de que se produzcan estas alucinaciones, causadas por el ambiente que rodea al espectador, no puede ser motivo, sin embargo, para sospechar de todo lo que se percibe.

Tercero. — Creemos que debe ser descartada la hipótesis de que algunos ermitaños y otros místicos del Himalaya son a veces, en parajes elevados, tomados erróneamente por el Abominable Hombre de las Nieves. Ningún nativo familiarizado con tales apariciones ocasionales y que conozca la vida de aquellos hombres «sabios» puede caer en semejante error.

Cuarto. — Se hallan las diferentes y abundantes descripciones de acuerdo con el país de origen.

Es interesante recordar que, a excepción de los recientes relatos de los pastores de Cachemi-

ra, comunicados por Mira Behn, la base de comparación de lo que se cuenta por el Himalaya se inclina más por la especie antropoide que por otra cualquiera. En el Tibet y en algunas regiones de Mogolia esta medida favorece al oso, mientras que en otras regiones de Mogolia y en Malaca las sugestiones tienden hacia el «hombre salvaje peludo»: el aborigen.

Revisando las versiones norteamericanas y canadienses sobre supuestas y misteriosas especies, creemos lo más prudente abstenernos de seguir tomando en consideración algunas de las curiosas historias de aquella parte del mundo.

Aunque estamos convencidos de la buena fe y seriedad de los investigadores norteamericanos y canadienses en la cuestión de las razas misteriosas, no estamos tan seguros de los exploradores de aquellos lugares remotos, poblados de montañas densamente cubiertas de bosques, en que se sitúan las apariciones y huellas. Si bien en el mapa se sugirió una S como línea de distribución del ser misterioso, y tales regiones figuran en la mencionada línea, en este libro sólo se hace referencia a ellas a causa de los informes recibidos de allí sobre el descubrimiento de especies sin identificar, así como por los curiosos ejemplares enviados a la Sociedad Zoológica de Londres.

Volviendo al indiscutible habitante del Himalaya, el Yeti, existe algo más que simples referencias y que se aparta de los informes procedentes de otras partes similares del mundo, aunque éstos

no deben ser rechazados por completo. Desde luego presenta más visos de realidad la existencia del Hombre de las Nieves que la de ciertos animales imaginarios.

Las ocasionales visiones y los extensos y diferentes informes y fotografías de huellas sin identificar son demasiado numerosos para considerar que se trata de un mito.

No es creíble que las semiapariciones del Yeti y sus huellas puedan repetirse tanto en el curso del tiempo, y si sólo se tratase de una supercherría o de un mito, no existirían tantas pruebas que salen a la luz tras la cortina de supersticiones, leyendas e informaciones no confirmadas.

Quinto. — Éste es el punto de más fuerza, y se fundamenta en las huellas de pisadas encontradas en el glaciar Menlung. Su carácter no puede ser negado.

En esta búsqueda de la verdad, la religión y la psicología deberían, tal vez, darse la mano con la biología y la antropología para estudiar este enigma de la naturaleza, que bien puede ser un acto de Dios en forma primitiva para conservar un secreto que no habrá de desvelarse hasta mucho tiempo después, con un fin determinado. ¿Constituye, quizás, el Hombre de las Nieves materia para un nuevo principio, cuya iniciación habría de partir de las profundidades primitivas en el caso de que nuestra peligrosa humanidad, que ha evolucionado hasta tan alto nivel, se destruyese a sí misma? La idea de una fuerza vital pri-

mitiva oculta, conservada en estado latente, que hubiese de responder a un nuevo plan, es, tal vez, un pensamiento melancólico; pero como ese concepto del Hombre de las Nieves Celestial nos llegó de improviso, causándonos un efecto peculiar y fascinante, lo mencionamos, aunque nuestra mente, inclinada al realismo de las cosas, lo rechace, como hará todo el mundo.

El orgullo del *Homo sapiens* en considerarse el señor supremo de la creación puede, a veces, oscurecer su percepción en lo que afecta a admitir la *existencia* de Una Mente Suprema, que se encuentra por encima de todo organismo creado, organismo del que forma parte el hombre, al que se permitió elevarse al plano de la reflexión, al del libre albedrío y juicio individual. Si el hombre se perfeccionó partiendo del salvajismo propio de las bestias hasta alcanzar un elevado plano humano, y, en su lucha por abrirse paso hasta la luz, eligió entre el bien y el mal, esto obedecía a algún fin evolutivo que las grandes mentes de la tierra no aciertan a calibrar, a pesar de que a veces cruza su cerebro un rayo solitario de luz.

Es posible, pues, que el misterio del Yeti obedezca a un motivo.

Esperamos que éste sea descubierto por medios suaves, no violentos, y que pueda llegar a ser clasificado.

Estamos de acuerdo con Mira Behn en que el mejor procedimiento es el de la no agresión. Algunos alegarán que es expuesto enfrentarse desar-

mados a un ser de fuerzas desconocidas, que puede atacar acuciado por el temor; éste suele ser el primitivo origen de todas las crueldades e injusticias que el hombre ha padecido, ya agrupado en masas, ya individualmente.

Mira Behn sonreía cuando le recordábamos las palabras que se le atribuyeron hace algunos años, con las que abogaba por una aproximación pacífica al «hermano desconocido de las montañas».

Quizás algunos de nuestros amigos tengan razón cuando opinan que el Yeti no debe ser molestado en el lugar misterioso donde reina desde hace tanto tiempo.

El recuerdo de las montañas nevadas, los bosques y sus leyendas, así como la sencillez y afabilidad de las remotas comunidades montañesas, parece predominar en la mente de Mira Behn en cuantas ocasiones hemos conversado. Cierta brevísima historieta del folklore himalayo, que nos refirió, acude a nuestra pluma como adecuado colofón:

«Un día estaba paseando por la ladera de una montaña y vi a distancia lo que podía ser y creí que era una bestia. Me acerqué y vi que era un hombre. Me acerqué más y vi que era mi hermano.»

APÉNDICE

Añadimos este apéndice porque nos han llegado nuevas y relevantes opiniones que apoyan los datos y antecedentes reunidos en nuestro libro.

Varias referencias de prensa sobre el Abominable Hombre de las Nieves figuran en las páginas precedentes. Estas referencias las hemos incluido porque algunos de sus datos podían constituir como eslabones en la cadena de la información, aunque en sí mismos no tuvieran tanta importancia como el resto de las hipótesis y pruebas. Sin embargo servían para ayudar a la formación estructural del caso.

Esta norma ha sido ahora sólidamente justificada con la publicación en la prensa de una importante información relativa a este tema.

El artículo a que nos referimos apareció en el *Lancet* del 6 de junio de 1960. Se trata de una reputada publicación médica, que consagró mucho espacio a dar a la cuestión del Hombre de las Nieves el serio carácter científico que merece, por encima de todos los comentarios humorísticos y fuera de tono.

Del artículo, titulado *Gigantes con los pies fríos*, son los siguientes fragmentos:

«Aun en pleno siglo XX existen muchos núcleos poblados y regiones casi sin explorar en el mundo, y en varias de éstas ha surgido el rumor de la existencia de grandes animales que aún esperan su descubrimiento científico y clasificación.

»La publicidad dada al Abominable Hombre de las Nieves del Himalaya no cabe duda de que constituye un tributo a la aureola de misterio que rodea a las montañas más elevadas de la tierra. También puede deberse en parte a la atracción ejercida por el nombre dado a ese ser misterioso, seguramente resultado de una batalla perdida con el dialecto local.

»... Una de las mejores fotografías de una pisada fue tomada por Shipton en 1951. Tenía ésta una longitud aproximada de treinta centímetros y unos diecinueve de anchura, con un ancho de talón de dieciséis centímetros.

»Al principio se sugirió que las huellas habían sido dejadas por un langur — un mono de cola larga —, pero no existe nada que apoye tal idea. Más plausible es la sugerencia de que las huellas sean de un oso; pero todas las informaciones de las muchas huellas descubiertas parecen probar el avance en dos pies del ser desconocido.»

El *Lancet* expresa opiniones que coinciden con algunas de las nuestras expuestas en capítulos precedentes:

Cree que existe una zona de distribución en

otras partes del mundo además del Himalaya.

Considera inadmisible la teoría del langur, ya que no tiene en cuenta la longitud de la cola, apéndice que en alguna ocasión rozaría el suelo, dejando su huella, lo cual nunca ha sucedido.

Finalmente, le parece inverosímil la hipótesis del oso, porque los nativos son incapaces de confundir las huellas del Hombre de las Nieves con las de un oso.

El *Lancet* sustenta la teoría de que la criatura, si es un animal, vive bajo las crestas nevadas y sale por las laderas montañosas cuando necesita sal en su dieta. Encuentra su alimento mineral en los líquenes que crecen sobre las rocas.

Otra referencia considera que la especie debe de ser a la vez vegetariana y carnívora, según se desprende del análisis de las heces encontradas, lo que está de acuerdo con opiniones autorizadas.

La vegetación no crece en las elevadas altitudes en que algunas de las huellas más claras del Yeti han sido descubiertas. Esto hace suponer que sus medios de subsistencia están por debajo de la zona nevada y que sólo se remonta a lo alto cuando lo precisa.

El *Lancet* concluye:

«Ahora que el Himalaya es más frecuentado que antes por montañeros, las informaciones podrán acumularse más rápidamente, y este misterio, uno de los más populares, pronto dejará de serlo.»

POSDATA

por H. W. TILMAN

Con placer mezclado con desconfianza acudo al requerimiento que me hace el autor de este compendio para que añada un epílogo. Placer, porque para mí significa recordar tiempos pasados en el Himalaya; y desconfianza, porque algunas de las autoridades aquí citadas — entre las que me encuentro incluido — son a menudo calificadas de lunáticas o visionarias.

Desde que en 1937 el Abominable Hombre de las Nieves escapó por poco a su extinción a manos del gran montañero F. S. Smythe, y el diario *The Times* nos dio una formidable información, tomé un gran interés por sus andanzas y por las no muy frecuentes informaciones de su continuada existencia.

No obstante, ante la lectura de las pruebas reunidas aquí, correspondientes a un lapso de cincuenta años, no puede menos de invadirme la sensación de su endeblez.

Aparte las huellas, que considero la prueba más reveladora, y de la cual me propongo hablar

a continuación, tenemos aquí los informes de cuatro testigos de vista. Felizmente puedo añadir un quinto testigo que se ha pasado por alto. Pero ¿qué valor tiene un testimonio si no es corroborado?

Primeramente, en el capítulo V, figura el científico ruso doctor A. G. Pronin. Los científicos rusos, desde luego, pueden parangonarse con nuestros propios científicos; sin embargo los rusos son unos embusteros profesionales en todo lo que se refiera al crédito o descrédito de su país. Pero cuando quieren apuntarse el tanto de haber sido los primeros europeos que han visto al Abominable Hombre de las Nieves — caso que nada tiene que ver con las directrices de Carlos Marx —, me siento inclinado a creer que el profesor vio algo verdaderamente.

Sin embargo, lo que haya visto lo dejo en conjeturas, ya que no intento ejercer presión sobre la investigación. Tal vez habría sido además inútil la especulación, pues al parecer la criatura se suicidó: «Desapareció por el borde de un acantilado de unos quinientos metros de altura.» De ningún modo me siento voluntariamente capaz de seguir al profesor Porschniev y a sus colegas al interior de Mogolia y al desierto de Gobi, por muy interesantes que resulten sus relatos.

Como la prueba es principalmente un rumor, nada concreto hay en que poder hincar el diente. Estos profesores rusos — que yo imagino como hombres lanudos, con falaces ojos soñadores —

son tan capaces de ver a través del espacio como de solucionar los intrincados problemas de ajedrez que aparecen en *Pravda*; sin embargo pueden reírse de nosotros tras sus grandes barbas blancas.

Y si ya estamos bastante preocupados con el misterio del Himalaya, ¿para qué acudir junto a las medrosas liebres del desierto de Gobi?

Otro caso, que figura en el capítulo VII, es el que se refiere a un empleado desconocido y a una localidad también desconocida, donde aquél proclama haber visto casi al mismo diablo. Tampoco estamos en condiciones de contradecirle.

En el mismo capítulo aparece un tal William Knight, que indudablemente vio a un hombre. Consideremos el lugar: está por debajo de los dos mil metros, más allá de Gangtok, la capital de Sikkim, no lejos de la ciudad y en la pista mulera principal trazada en el valle. País difícil para el Hombre de las Nieves. Si no fuese por la descripción que hace Knight de los brazos, muslos, piernas y pecho del «terrorífico» ser, diríamos que lo que vio fue un lepcha. Éstos son los aborígenes de Sikkim, desconfiados, gente de la jungla, que cazan con arcos y flechas. Son mucho más claros de color que el sikkimés corriente, completamente amarillo; sin ningún pelo en el rostro, pero con cabello abundante en la cabeza. Responden perfectamente a la descripción dada por Knight, excepto en que son de más endeble complexión.

El hecho de que sus acompañantes, a los que menciona con ocasión del incidente, lo encontraran todo natural confirma mi creencia, ya que ellos pensaron que sólo habían visto a un lepcha, sin nada de extraordinario.

La historia contada por Slavomir Rawicz en el capítulo X, aunque circunstancial, resulta sospechosa. Apareció antes en un libro titulado *The long walk*, donde se describe una peligrosa y ardua jornada a pie en época de guerra, cruzando desde Mogolia al desierto de Gobi y desde el Tibet a la India. Por las pruebas, mejor dicho, por la ausencia de ellas, varios viajeros experimentados consideran que casi la totalidad del viaje es puramente imaginativa, y que solamente en una pequeña parte es verdadera.

Aparte que cae por completo fuera de límites, en el capítulo XII se menciona el hallazgo en la Columbia británica del Sasquatch, nombre que en mi opinión puede muy bien haber sido inventado por aquellos falsos graduados de la Universidad de Oslo. Cuando en un principio hablé con ellos, pues me tomé la molestia de interrogarlos, el relato que me hicieron de su descubrimiento me hizo pensar que resultaba demasiado bonito para ser verdad, a pesar de haber situado su hallazgo en un lugar tan apropiado para el caso como Eureka.

Finalmente, entre los testigos de vista que hemos estado revisando, hay uno que se ha escabullido prudentemente de las investigaciones de

nuestro autor. El hecho consta en el libro *A photographic tour in Sikkim*, escrito por A. M. Tombazi e impreso en Bombay en edición privada.

El incidente ocurrió en 1925, y de nuevo la escena se desarrolló en Sikkim, en un tiempo en que la línea nevada estaba solamente a unos dieciséis kilómetros de la grieta Zemu, un lugar al parecer muy frecuentado por el Abominable Hombre de las Nieves, como se verá.

Se hallaba el autor en su tienda cuando fue llamado por sus sherpas, y Tombazi describe del modo siguiente lo que pudo contemplar al salir de aquélla:

«Un intenso resplandor me impidió ver nada durante algunos segundos, pero pronto localicé el objeto que querían indicarme. A doscientos o trescientos metros de distancia, abajo en el valle, se delineaba una figura que semejaba un ser humano. Marchaba erecto, y se detenía de vez en cuando para arrancar algo de los rododendros enanos. Al poco rato se ocultó detrás de la espesura de la maleza y desapareció, pero no antes que se proyectara oscuro sobre la nieve, viéndose que no llevaba ninguna vestidura. Examiné las pisadas: eran similares en forma a las de un hombre, pero tenían de quince a diecisiete centímetros de longitud. Las marcas de los cinco dedos y del empeine se veían claramente, pero la del talón estaba confusa. Las huellas pertenecían indudablemente a un bípedo. Por las investigaciones realizadas me enteré de que ningún hombre había

ido en aquella dirección desde que comenzó el año. Los culis, naturalmente, dieron rienda suelta a sus fantásticas leyendas de demonios y Hombres de las Nieves. No obstante la verosimilitud de una trama urdida por nativos, no existe la posibilidad de creer estos deliciosos cuentos de hadas.

»No estoy en condiciones de dar una opinión definida; puedo solamente reiterar, con un suficiente grado de certeza, que la silueta del misterioso ser era idéntica a la que podría ofrecer una figura humana.»

Tombazi, a pesar de sus «fantásticas leyendas» y sus «deliciosos cuentos de hadas», resulta evidentemente un buen testigo involuntario.

Por otra parte da muestras de ser un frío y meticuloso observador, uno de la vieja escuela, con sus amables referencias a los culis; pero ¿qué es lo que en realidad ha visto él? De su explícito relato se deduce que tanto los osos como los monos langures deben desecharse. (Por otra parte los osos son desconocidos, o muy raros, en Sikkim. El diario himalayo de Hooker, que versa principalmente sobre la historia natural de Sikkim, no los menciona.)

Evidentemente debía de tratarse de un hombre o de un mono. Los lepchas se confinan exclusivamente en las partes más bajas, en los valles cálidos de Sikkim, y creo inaceptable la suposición de que algunos hombres pecadores o ascetas moran en cuevas sitas en lugares altos. Nunca

me he encontrado con un indio o un tibetano que, por muy penitente o asceta que fuese, pasara su vida por encima del límite inferior de la zona nevada.

Nos queda la hipótesis del mono. Pero las huellas de las pisadas de un mono tienen solamente la mitad de longitud que las medidas por Shipton, aunque estas últimas pudieran haberse alargado un poco por la fusión de la nieve.

Estoy convencido de que Tombazi vio al objeto de nuestras inquisiciones. Pero es una lástima que tanto Pronin como Tombazi, un ruso y un italiano, carecieran del instinto para la caza. De haber estado en su lugar un inglés, con su innata afición al deporte cinegético, no tendría yo ocasión de escribir estas líneas.

Volvamos ahora a la prueba de las huellas. Éstas por lo menos no son producto de la imaginación: realmente han sido vistas, medidas y fotografiadas. Debe, pues, contarse con ellas, sobre todo desde que los expertos pueden reconstruir un cuerpo a partir solamente de una tibia, un fragmento de cráneo o un simple diente. Si las impresiones digitales de una persona pueden conducirla al cadalso, no veo razón para que unas huellas de pisadas no puedan servir para establecer la existencia de una clase peculiar de hombre.

Admitimos, desde luego, que la nieve es un medio imperfecto para recoger huellas; pero nuestro poco considerado amigo el Hombre de las Nieves nunca ha dejado las suyas en la arena,

ni en el lodo de la boca de un glaciar, ni en la morrena.

El tiempo y la temperatura pueden borrar o alterar casi inmediatamente unas huellas, y por ello, ante su contemplación, surgen las conjeturas entre los científicos, como sucede en el cuento:

«— ¡Huellas! — dice Piglet —. ¡Marcas de garras! ¡Oh, Pooh! ¿Tú crees que son de un Woozle?

»— ¡Quién sabe! — contesta Pooh —. Nada puede asegurarse cuando se consideran trazas de patas o garras.»

También han surgido dudas, naturalmente, respecto a las huellas fotografiadas por Shipton, mencionadas en el capítulo XI. Los naturalistas difieren por completo sobre la atribución de las huellas a un oso o a un mono langur. Desgraciadamente no pueden ser atribuidas a ninguno de los dos animales, ya que ninguno encaja realmente en la cuestión, aparte que no es verosímil encontrar a un oso o a un mono langur vagabundeando a seis mil metros de altitud.

La ingeniosa interpretación dada a estas huellas por Tschernezki es difícil de refutar. Este conocido zoólogo ha reconstruido la figura del productor de las huellas en la forma de un ser con las piernas macizas como columnas y unos dientes temibles que surgen a través de manojos de pelos castaños: una figura, en fin, con la que ninguna partida de montañeros se encontraría sin emprender al instante una fuga desordenada y rápida, por considerarlo así necesario.

Tan bien como con esta pieza de evidente importancia, mi propia creencia en el Hombre de las Nieves, o en la existencia de algún extraño ser capaz de dejar semejantes impresiones de sus pisadas, quedó perfilada al poder contemplar por mí mismo ciertas huellas encontradas.

La primera ocasión fue en Karakorum en 1937, en la parte superior del glaciar Biafo, en el llamado Lago Nevado, a unos seis mil metros de altura. Dos sherpas — el deportista extranjero era uno — y yo estábamos solos. No había caza ni vegetación de ninguna clase en un radio de veinticinco kilómetros, y la aldea más próxima se hallaba a unos sesenta kilómetros. Las huellas estaban en línea recta, unas detrás de las otras, con una separación de cuarenta y cinco centímetros; medían veinte centímetros de diámetro, casi en forma circular, y unos treinta centímetros de profundidad. Posiblemente tenían una antigüedad de dos o tres días, y estaban considerablemente alteradas por la fusión de la nieve, pues el tiempo era bueno y soleado.

Seguimos las pisadas durante unos dos kilómetros hasta que desaparecieron en un terreno rocoso. Las huellas venían de un glaciar encharcado, donde evidentemente aquel ser había bebido, y al día siguiente observamos huellas semejantes en la otra parte del Lago Nevado.

Los sherpas las creían pertenecientes a la variedad más pequeña de Yeti, la cual, según ellos, se alimenta de carne humana, mientras que en

regiones más lejanas se abastece de la de los yacs.

Mi observación de que nadie había visitado el Lago Nevado desde hacía treinta años, y que, por tanto, al no haber hombres debía de tener el Yeti una hambre devoradora, no pareció gustar a los sherpas tanto como yo esperaba.

Unos días después, en un valle lleno de glaciares, unas huellas de pisadas de oso común fueron reconocidas como tales por los sherpas.

Al año siguiente, durante el camino de regreso del Everest, me encontraba de nuevo solo con dos sherpas. Estábamos en Sikkim, sobre el glaciar Zemu, intentando cruzar la hasta entonces incruzable grieta Zemu, a unos seis mil metros de altura. El tiempo era de cerrazón; la nieve, blanda, y la fotografía, imposible.

Cuando nos afanábamos en subir una ladera cómoda para alcanzar el collado observamos una simple línea de pisadas, que por su aspecto debían de ser de aquel mismo día o del precedente. Nos sentimos un poco desilusionados al suponer que nos había precedido algún otro escalador, y miramos a todos lados ansiosamente para ver quién se nos había adelantado en cruzar la grieta; pero al otro lado no había huellas. Realizamos la bajada y después la ascensión sin mayores dificultades y cruzamos el glaciar.

Más tarde, al hacer averiguaciones en Darjeeling, nos enteramos de que ninguna partida había estado en el glaciar Zemu aquellos días.

Supe luego que el último que había estado

en la grieta Zemu había sido el mayor Hunt — hoy sir John Hunt —, y le escribí. Él había estado allí diez meses antes, y, aunque resultase raro, también vio la línea de huellas. Le parecieron pisadas, y se interrumpían al borde del acantilado de hielo, donde habrían utilizado la cuerda para descender. También él supuso que las huellas pertenecían a un escalador hasta que se enteró de que solamente su grupo había estado cerca del glaciar Zemu en aquella época.

«¿Fue cruzada la grieta el año pasado, y por quién?», inquiría John Hunt al final de su carta. Yo me limité a responderle que las huellas debían de haber sido dejadas por el Abominable Hombre de las Nieves.

Es curioso que la primera idea de Hunt, como la mía, fuese que las huellas debían de ser de algún escalador, y que los sherpas nunca mencionarán en seguida la palabra Yeti, que es lo primero que se les ocurre cuando oyen hablar de alguna huella un poco extraña.

La ausencia de marcas de los dedos de los pies creo que debe ser achacada a la fusión del hielo. Si esta hipótesis es negada, no vemos otra posible solución. Cada vez se hace más probable que el objeto de nuestras pesquisas sea alguna especie de mono. Nosotros imitamos a nuestros superiores. El Hombre de las Nieves de la grieta Zemu, pues así debo llamarlo, ¿no pudo acaso calzarse un par de botas desechadas por alguno de los miembros de las tres expediciones alema-

nas que estuvieron instaladas en el glaciar Zemu cuando su intento de escalar el Kangchenjunga?

Odette Tchernine concluye su libro expresando su esperanza de que pronto será resuelto el misterio y descubierto el Yeti.

Yo no tengo semejante esperanza. Las elevadas montañas del Himalaya seguirán guardando su remoto misterio. «Cuando lo desconocido llegue a ser conocido se reconocerá la falsedad de antiguos conceptos: perderá su virginidad, y aquel misterioso poder de atracción que posee todo lo desconocido se esfumará también.»

Esperamos que aún por muchos años seguirá intrigándonos el misterio del Abominable Hombre de las Nieves, y que continuarán apareciendo sus huellas sobre la nieve más o menos eterna, asustando a los sherpas y confundiendo a los zoólogos.

INDICE

PRÓLOGO 5
PREFACIO 9
I. Fundamento zoológico 15
II. Huellas a partir del año 1921 33
III. Los diversos nombres del Hombre de las Nieves 43
IV. Raksha en el *Ramayana* 55
V. Las investigaciones rusas 71
VI. Rastros e informaciones 91
VII. Henry Elwes y el Hombre de las Nieves . 107
VIII. Teorías y cueros cabelludos 117
IX. Otras misteriosas criaturas 137
X. Experimentos de Vladimir Tschernezki . . 151
XI. Algunos testigos 163
XII. Desde las Montañas Rocosas al Himalaya . 171
XIII. El Dremo 189
XIV. Habla Mira Behn 203
XV. Hipótesis geográficas 213
XVI. Efectos de las grandes altitudes . . . 223
XVII. El Hombre de las Nieves camina . . . 233
APÉNDICE 239
POSDATA, por H. W. Tilman 243

COLECCIÓN TODO PARA MUCHOS

Temas del máximo interés intelectual y literario en volúmenes de modernísima presentación.

1. *Rusia en autostop*, Fabio Rocca. (Con ilustraciones.)
2. *Stalingrado y yo*, Mariscal Von Paulus.
3. *Babbitt*, Sinclair Lewis (Premio Nobel).
4. *Los secretos del Servicio Secreto alemán*, W. Schellenberg.
5. *Freud (Psicoanálisis sexual)*, Emil Ludwig.
6. *El deshielo*, Ilia Ehrenburg.
7. *La rueda de los ocios*, Camilo José Cela.
8. *Un soviético en Europa*, Víctor Nekrasov.
9. *La impura*, Guy des Cars.
10. *El rapto Peugeot*, Ives Trené. (Con ilustraciones.)
11. *Mis mejores páginas*, Pío Baroja.
12. *El libro de los misterios*, Gustav Büscher.
13. *Mis mejores páginas*, Azorín.
14. *Dios en un espejo*. Mons. Oliver Sandbow.
15. *Un hombre acabado*, Giovanni Papini.
16. *El judío internacional*, H. Ford.
17. *El crepúsculo de los filósofos*, Giovanni Papini.
18. *Cleopatra*, Emil Ludwig.
19. *El libro de las maravillas*, Gustav Büscher.
20. *Orfeo negro*, Violante do Canto.
21. *Así opino yo*, François Mauriac.
22. *Crimen y castigo*, Fedor Dostoyevski.
23. *Memorias de Fouché*. (Con ilustraciones.)
24. *Bolívar, el eterno traicionado*, Juan Guasch.
25. *Sendas equívocas*, Stefan Zweig.
26. *Cuatro*, Emil Ludwig.
27. *Masculinidad*, Giovanni Papini.
28. *La vida cotidiana en el antiguo Egipto*, Pierre Montet.
29. *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, Washington Irving.
30. *La lucha contra el mundo*, Stefan Zweig.
31. *El traidor*, Somerset Maugham.
32. *El sexo inútil*, Oriana Fallaci.
33. *El mito de Roosevelt*, John T. Flynn.
34. *El villano en su rincón*, Lope de Vega.
35. *Largo viaje al paraíso*, Alberto Vázquez-Figueroa.
36. *Jacqueline Kennedy y la Casa Blanca*, Diana y David Heller.
37. *En la ciudad natal*, Víctor Nekrasov.
38. *Damas (La «dolce vita» en Norteamérica)*, Raymond Chandler.
39. *Wagner*, Emil Ludwig.
40. *Kira*, Víctor Nekrasov.
41. *La vida cotidiana en Babilonia y Asiria*, Georges Contenau.
42. *Mi lucha*, Adolfo Hitler.
43. *Princesas y concubinas de China*, Bernard Llewellyn.
44. *Petrogrado*, Andrei Bieli.
45. *Amor y dinero*, Erskine Caldwell.
46. *España en mi recuerdo*. (Con ilustraciones.)
47. *Pensadores y farsantes*, Giovanni Papini.
48. *El jugador*, Fedor Dostoyevski.
49. *Diez obras maestras*, José Castellano.
50. *Ana Karenina*, León Tolstoi.
51. *Axelle*, Pierre Benoit.
52. *El mundo ignorado*, Vittorio G. Rossi.
53. *El camino del mal*, Grazia Deledda.
54. *Adolescencia encadenada*, François Mauriac.
55. *Mariona Rebull*, Ignacio Agustí.
56. *El viudo Rius*, Ignacio Agustí.
57. *La dama y su hombre*, Guy des Cars.
58. *Las últimas horas de Mussolini*, Franco Bandini. (Con ilustraciones.)
59. *Regina*, Hermann Sudermann.
60. *La superstición a través de los tiempos*, A. Ruffat.
61. *Cautiva del harén. - Generaciones*, Pierre Benoit.
62. *El billete estrellado*, Vasili Aksionov.
63. *El buen Dios sin confesión*, Paul Vialar.
64. *A punta de lanza*, Antonia Guinduláin.
65. *Los amantes de Teruel*, Juan Yagüe de Salas.
66. *La batalla*, Claude Farrére.
67. *Un palmo de tierra*, Grigori Blakanov.
68. *El escuadrón blanco*, Dorothy Desana.
69. *La Atlántida*, Denis Saurat. (Con ilustraciones.)
70. *El Yeti*, Odette Tchernine. (Con ilustraciones.)
71. *El mundo. ¿De dónde viene? ¿Adónde va?*, Raymond Cartier. (Con ilustraciones.)
72. *Penélope hace su guerra*, Oriana Fallaci.
73. *Vaticano puertas adentro*, Benny Lai.
74. *Historia de los concilios ecuménicos*, J. Delgado Sánchez.
75. *Dioses, héroes y monstruos*, Antonio C. Gavaldá.
76. *Cirugía histórica*, W. J. Bishop.
77. *Jessica, la rebelde*, Marjorie G. Lowe.
78. *Cacerías en la taiga de Manchuria*, Nicolás Baikov.
79. *El jurado*, Hugo King.
80. *El largo verano egipcio*, Fernando P. de Cambra.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 PTAS.

EDITORIAL MATEU — San Gervasio, 84 — BARCELONA - 6

70

COLECCIÓN

TODO PARA MUCHOS